

YOLANDA PATERAKI

VILMA,
UNA CHICA
MUY ESPECIAL



YOLANDA PATERAKI

**VILMA,
UNA CHICA MUY ESPECIAL**

YOLANDA PATERAKI

VILMA,
UNA CHICA MUY ESPECIAL
Novela infantil

Con dibujos de Vangelis Kontitsis

Traducción de
Panagiota Papadopoulou
Patricia Sánchez Soto
María Zarco Gallardo

Granada 2015



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos
Director de Serie: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN

Título original: Βίλμα το κορίτσι – αίνιγμα

Autora: Yolanda Pateraki

Traducción: Panagiota Papadopoulou, Patricia Sánchez Soto,
María Zarco Gallardo

Nº en la serie: 1

pp.: 222

1. Literatura. 2. Novela infantil

© de la edición griega: Εκδόσεις Ψυχογιός Α.Ε.

© de la 2ª edición española: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

C/ Gran Vía, 9-2ªA, 18001 Granada/ Fax: 958-220874

Texto revisado por Mª Salud Baldrich López

Maquetación: Andrei Dresviankin Yudin

ISBN: 978-84-95905-56-7

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra preceptiva autorización.

ÍNDICE

El Pueblo de los Fantasmas	9
El Pueblo Grande	19
El señor Jarílaos causa daños irreparables	31
Un éxito increíble.....	41
La mala experiencia de Estelios.....	49
Un breve viaje repleto de obstáculos e incidentes	59
Horas de interminable agonía	73
Donde el señor Anestis juega un papel importante	83
En la feria.....	91
La gran decisión	103
La vuelta a la tristeza, nuevas aspiraciones.....	109
Las gemelas celebran su cumpleaños	117
Tiempos extraños, llenos de inquietudes y esperanzas	133
Una propuesta interesante	147
Un trágico descubrimiento.....	161
Una noticia y ¡qué noticia!	175
Vilma para todos y todos para Vilma	181
Un sueño que se hace realidad.....	197
Un regalo para siempre.....	211



El Pueblo de los Fantasmas

En un lugar muy muy lejano, escondido en un valle, vivía una familia especial. El padre, Alberto, era un artesano habilidoso que desde hacía mucho tiempo creaba obras maestras con madera, con piedra y con barro; la madre, Cristina, era una mujer muy inteligente que vendía todo lo que su marido fabricaba; Estelios, el hijo de ocho años, ayudaba a su padre en su trabajo; y el abuelo Jarílaos, el padre de Cristina, era un hombre mayor, vigoroso y muy culto pero muy despistado. El abuelo Jarílaos había estudiado electricidad y mecánica en América y era el único profesor de Estelios porque en aquel pueblo, donde sólo vivían unas diez o doce familias, no había ningún colegio.

Algunos se preguntan cómo un hombre tan instruido como el abuelo vivía en un pueblo perdido en la nada, el Pueblo de los Fantasmas, como era conocido en la zona. Y

naturalmente, allí formó una familia extraña. Pero si uno quiere saber lo que pasó hace mucho tiempo, debería leer una historia interesante aparecida en los periódicos americanos: «Jari Ment, fabricante de piezas electrónicas y director técnico de la conocida empresa Yuvifirst, se escapó de la cárcel. Ment había sido condenado a diez años de prisión por haber hecho explotar el taller electrónico de Yuvifirst. La policía, los agentes secretos y el cuerpo de seguridad rastrearon toda la zona».

Jari Ment, consiguió escaparse de las autoridades americanas. Iba de un sitio a otro buscando un lugar seguro donde no pudiesen encontrarlo y llevarlo de nuevo a la cárcel. Por eso, se escondió durante bastante tiempo. Finalmente decidió pasar el resto de su vida en un pueblo pequeño e insignificante que no apareciese ni en los mapas.

Así, una mañana oscura, porque ni el sol y casi ni el día se dignaron a salir en este valle, el señor Jari Ment llegó con su esposa Elvira y su hija de doce años, Cristina, y se instalaron en el Pueblo de los Fantasmas.

Su adaptación no fue nada fácil porque venían de un país moderno donde disponían de todo lo que querían y se encontraron con un pueblo que tenía alrededor de treinta habitantes y casi todos eran incultos.

El pueblecito casi siempre estaba a oscuras. Las calles que había eran sólo para los burros, los caballos y demás ani-

males. En las casas no había agua y todos iban a buscarla a la única fuente que había al principio del bosque, el Bosque de los Duendes. Así era llamado por los aldeanos el bosque que estaba al final del pueblo. La mayoría de ellos vivía gracias al bosque. Unos vendían madera y otros fabricaban con ella objetos, los cargaban en los animales y en los carros y los llevaban a las ferias para venderlos.

Lo único bueno que se puede mencionar de este pueblo pequeño y olvidado era que tenía luz eléctrica y que cada domingo pasaba un vendedor ambulante que cargaba su burro con todo lo que se pueda uno imaginar. Se llamaba Anestis y los domingos que iba al pueblo, se celebraba el día de los regalos por la alegría que llevaba con su mercancía. Este vendedor aceptaba encargos y los llevaba siempre el domingo siguiente.

Jarílaos Mentikidis y su familia se convirtieron inmediatamente en uno de sus mejores clientes. Encargaban libros y cuadernos para Cristina ya que sus propios padres le estaban enseñando a escribir, y también pedían la vajilla y las telas para su nueva casa. La casa estaba situada a la entrada del pueblo y la habían comprado por muy poco dinero a una pareja muy simpática que había decidido abandonar el lugar para ir a un pueblo vecino, el Pueblo Grande, para que su hijo Alberto estudiase con un famoso artesano, el mejor fabricante de objetos de madera. Cada vez que el

señor Anestis iba al pueblo, se tomaba un café en la primera casa, la de Jarílaos Mentikidis y siempre, además de los encargos, le llevaba el último periódico. La costumbre de Jarílaos era leer el periódico por la mañana y bajar por la tarde a la única cafetería del pueblo. Allí contaba las noticias a los demás y las animaba con muecas y bromas y por eso todos lo esperaban con gran entusiasmo.

Esto siguió así durante muchos años, incluso cuando algunos en el pueblo ya tenían radio y más tarde televisión. Muchos eran los que nunca se querían perder el «telediario» de Jarílaos. Era una de las pocas ocasiones que tenían para reírse.

No había juguetes en el pueblo, o por lo menos, no eran juguetes con los que los otros niños jugaban: muñecas, pelotas, soldaditos, coches... El vendedor ambulante los llevó un par de veces pero los niños no los compraron porque no sabían lo que eran y no se interesaron por ellos.

Lo único que podían comprar eran objetos de madera defectuosos. Los compraban en la tienda de Cristos, que vendía todo lo que un hombre podía imaginarse. El señor Cristos los ponía encima de una o dos cajas en orden y así, de vez en cuando, algún niño cogía un caballo mal hecho o una figura con forma de hombre y los utilizaba como muñecos para sus juegos.

El lugar donde vivían era yermo y casi todo el año estaba repleto de nieve y de hielo. El pueblo estaba formado por quince casitas y dos tiendas para atender las necesidades de los poquísimos habitantes. Al final del pueblo estaba el bosque con un lago que casi siempre estaba helado. Los habitantes no podían ni sembrar ni cosechar porque nada llegaba a crecer en los oscuros y pedregosos barrancos. Sus vidas eran muy limitadas y no tenían ninguna alegría, sólo estaban contentos cuando llegaba la feria. Los aldeanos ganaban dinero con los objetos de madera y barro que habían llevado para venderlos. Era tanta la alegría que invitaban a todo el pueblo a compartirla.

En casa de Jarílaos Mentikidis nadie se aburría sino todo lo contrario. Los tres habitantes de la casa estaban allí entretenidos desde por la mañana hasta por la noche. Siempre estaban creando algo pero siempre esto se estropeaba.

Para explicarlo mejor habrá que mencionar que el señor Mentikidis no fue condenado injustamente durante diez años en América. Porque, por un lado, era un buen artesano pero, por otro, era muy distraído.

Tenía ideas asombrosas, hacía investigaciones, experimentos, lleno de alegría entraba y salía del taller, que había construido en una habitación de su casa, y por un descuido o por una desgracia inesperada o por una distracción siempre lo echaba todo a perder. Entonces, se ponía serio y pensativo, pero por muy poco tiempo. Muy rápidamente volvía en sí

y empezaba con las risas y las bromas. Después, recogía los restos de su último... descubrimiento, los despedía con mucha tristeza, en realidad indiferente y sonriente, y empezaba con otra idea que le había venido a su cabeza en el momento del destrozó.

Sus «descubrimientos» eran desde los más sencillos hasta los más complicados. Por supuesto, tenía siempre como colaboradoras y ayudantes a su mujer Elvira y a su hija Cristina, que ya se había hecho mayor y había leído muchísimos libros bajo su vigilante mirada y ahora era su mano derecha.

Lo bueno que tenía el pueblo, como ya hemos dicho, era la luz eléctrica, hecho que los aldeanos valoraban especialmente. Era su lujo y su orgullo. No tenían otras cosas pero luz, sí que tenían. Pero una noche muy oscura las luces de las casas no se encendieron. Los hombres no estaban preparados para tal carencia, no sabían qué hacer ni cómo enfrentarse a la oscuridad ni cómo moverse.

A pesar del frío que hacía, todos salieron a las puertas de sus casas y cada uno preguntaba a su vecino si tenía alguna vela que le pudiera prestar. Por supuesto, no eran cosas que se pudiesen encontrar rápidamente porque los aldeanos se habían acostumbrado a la luz eléctrica y no habían previsto guardarlas en un sitio donde poderlas encontrar fácilmente en caso de necesidad. Así que, encendieron cerillas pero éstas no solucionaron su problema.

Entonces, Jarílaos Mentikidis salió de su casa y se quedó de pie delante de su puerta. Todos los habitantes del pueblo lo apreciaban y lo querían mucho y cuando charlaban entre ellos lo llamaban «el culto». En cuanto lo vieron salir con algo en su mano que daba luz, se reunieron alrededor de él.

— ¿Veis esto? —dijo enseñándoles un platito de té que tenía un poco de aceite y algunas mechas de algodón encendidas—. Con esto pasaremos la noche hasta que se arregle la avería eléctrica. He hecho dos platitos. Guardo uno para mí y tú, vecino mío, toma el otro para ti, ve a tu casa y hazte el tuyo. Después, da el mío a la casa siguiente para que lo vean y se hagan uno para ellos. Luego, que ellos se lo vayan dando de unos a otros y así hasta que todo el pueblo tenga uno para poder pasar la noche con un poquito de luz.

Los vecinos se entusiasmaron con la buena idea que había tenido «el culto». Todos prepararon sus platitos, los encendieron y como era fácil de hacer, prepararon uno para cada habitación.

Avivaron el fuego de las chimeneas y se pusieron al calor del fuego con sus lucecitas para pasar las horas hasta irse a dormir.

Pero más o menos una hora después... ¿Qué era eso? ¡Casi todas las casas empezaron a brillar en el mismo momento! Destellos por aquí, destellos por allí y aparte de estos destellos que iluminaban el Pueblo de los Fan-

tasmas, empezaron a oírse por todas partes gritos y chillidos. Si los fantasmas viviesen aquí de verdad, alguien diría que en aquella noche todos los fantasmas habían decidido atacar al pueblo.

Por supuesto, en la casa del señor Mentikidis la situación no era mejor. Aquí todas las habitaciones brillaban, se oían gritos y ninguno de los tres miembros de la familia sabía qué hacer. El que no hacía nada más que entrar y salir y dar instrucciones era el señor Jarílaos que tuvo la brillante idea de inventar las mechitas de algodón. Cuando se terminó el aceite, se rompieron los platitos y empezaron a arder todos los manteles, las mesas de madera y los taburetes donde los campesinos los habían dejado. Naturalmente, con el primer fuego que se encendió en una habitación, comenzó el pánico. ¡Imagínate la situación cuando empezaron a romperse uno a uno todos los platitos que estaban en todas las habitaciones y en todas las casas y el fuego se extendió! ¿Cómo no gritar cuando uno ve todo esto? Así los aldeanos no pasaron aquella noche en la oscuridad porque las últimas llamas del incendio no se extinguieron hasta el alba.

Por la mañana llegó el personal para reparar la avería eléctrica pero se encontró con un pueblo desierto. No había nadie en las calles. Todos dormían a pierna suelta, excepto el señor Jarílaos que regresaba del Bosque de los Duendes

con un cántaro de agua en la mano, sucio y despeinado con los pantalones medio quemados por el fuego. Los dos encargados de la reparación empezaron a burlarse de él.

— ¿Oye, qué pasó aquí ayer por la noche? ¿Un ataque de los duendes y de los fantasmas? —dijeron riéndose.

— Casi... —murmuró el señor Jarílaos—. Digamos que se acabó el aceite...

Y los dos empleados, que no tenían ni idea de lo que eran las mechas impregnadas de aceite que alumbraron las casas durante toda la noche, no entendían nada de lo que les dijo el señor Jarílaos. Uno le hizo señas al otro, indicándole que ese hombre no estaba muy bien. ¿Qué relación tenían los duendes y los fantasmas con el aceite? ¡Claro que tenían relación! ¡Cómo no iban a tenerla!



El Pueblo Grande

Aquella noche terrible pasó pero para los habitantes del Pueblo de los Fantasmas no fue fácil de olvidar. El fuego, ya fuese grande o pequeño, había dejado una huella profunda en las casas que eran en su mayoría de madera. Por supuesto, si uno piensa que el trabajo de los aldeanos era construir objetos decorativos y de otro tipo, como cucharas, bastones, fuentes, y todos de madera, es fácil comprender la magnitud de la catástrofe. Muchos de sus talleres habían quedado inservibles. Además, muchos de los objetos que se habían preparado para la feria del año, que se iba a celebrar el mes siguiente en el Pueblo Grande, se habían quemado. Muchos estaban que se tiraban de los pelos y otros, los más

fuertes, intentaban poner en orden las pocas cosas que les quedaron para reparar los daños cuanto antes.

El señor Jarílaos cayó en una profunda depresión. Aunque nadie le había dicho nada, reconoció que él era la causa de la catástrofe. Cuando les mostró el platito con las mechas, debió decirles que tuvieran cuidado porque el algodón se terminaría pero no lo pensó. No lo pensó ni para los demás ni para su propia familia. En su casa se habían perdido cosas muy valiosas que su mujer había preparado durante años para dárselas a su hija cuando tuviera su propia casa. Además, el señor Jarílaos había empezado una investigación, que según dijo a Elvira y a Cristina, iba a conmocionar al mundo. Esto era lo que más le importaba. Muchos de sus documentos con datos y cálculos que hace meses había terminado, se habían quemado. ¡Tenía que empezar otra vez desde el principio ese proyecto tan difícil!

Mientras permanecía sentado con la cabeza entre las manos, intentando superar la desgracia, una idea inesperada le vino a la cabeza: ¡nada hubiese pasado si las casas tuvieran agua! ¡Agua abundante para apagar inmediatamente el fuego! La catástrofe sucedió porque tenían que ir corriendo hasta el Bosque de los Duendes con cubos y cántaros y llevar el agua desde allí. Pero mientras iban y venían, lo que ya estaba apagado revivía. ¡Por eso ocurrió la desgracia!

«¡Tengo la solución!» pensó el señor Jarílaos. «Como no hay una instalación de agua en las casas, diré a los habitantes del pueblo que construyan en sus patios un depósito. Lo llenarán de agua de la fuente y lo tendrán preparado en caso de necesidad». ¡El proyecto le pareció genial!

Corrió a contárselo a su mujer y a su hija:

— ¡Elvira! ¡Cristina!

Las dos mujeres no estaban de acuerdo con él. ¡Un depósito! Si no lo vaciaban a menudo para limpiarlo, se convertiría rápidamente en un foco de suciedad y de mosquitos, le dijeron.

Sin embargo, el ambicioso proyecto de Jarílaos se llevó a cabo. Después de lo que les había sucedido por el fuego, casi todo el pueblo estuvo de acuerdo con él.

— Cristina —dijo a su hija la mañana siguiente—, prepárate. Mañana iremos al Pueblo Grande. Tengo que comprar láminas de metal para el depósito.

— ¡Iré, papá! —dijo Cristina emocionada— ¡Qué suerte! ¡Yo también quería ir para comprar un jersey y unos libros!

— Al final van a instalar los depósitos... —murmuró su mujer y movió la cabeza—. Anda Jarílaos mío, que cuando se te mete una idea en la cabeza, no hay quién te la saque.

El camino para ir al Pueblo Grande tenía senderos anchos, repletos de piedras que se habían desprendido de

la montaña por el mal tiempo. A pesar de los meneos y de las sacudidas, ninguno de los viajeros se quejaba. Los tres tenían sus razones. Jarílaos soñaba con que en todas las casas del pueblo hubiese un depósito, los hombres yendo y viniendo a la fuente con los cubos y cántaros para llenarlos de agua y él disfrutando de los agradecimientos y de los halagos.

Cristina deseaba con todo su corazón ir al Pueblo Grande. Recordaba que hace años había ido con sus padres y le gustó mucho. Las grandes tiendas con todo tipo de artículos, la librería con los estantes repletos de libros, las joyas falsas y auténticas de las mujeres... quería volverlo a ver todo todo y disfrutarlo aunque no pudiese comprarlo.

Con este viaje Cristos tenía la oportunidad de adquirir mercancía nueva para su tienda. Pensó que se acercaba la época de la feria; los aldeanos del pueblo irían a vender los objetos de madera que se habían salvado del incendio y todos los que fabricaran hasta entonces. Regresarían al pueblo con dinero. Si su tienda tuviera cosas nuevas para vender, entonces le iría muy bien en su trabajo. Además tenía otro motivo para ir al Pueblo Grande, allí vivía su amigo que le había vendido la casa a Jarílaos cuando vino por primera vez al Pueblo de los Fantasmas. Esta era una buena oportunidad para visitarlo.

Pasaron dos horas y media o casi tres cuando el carro del Pueblo de los Fantasma entró por fin en la carretera de las afueras del Pueblo Grande. Aquí pararon ya las sacudidas que habían agotado a los tres y todos empezaron a disfrutar de la belleza de las cimas de las montañas que se alzaban a su izquierda y llegaban tan altas que parecían tocar el cielo.

Cristina había empezado a impacientarse. Ahora que se acercaban, la distancia le parecía interminable. De repente, cuando tomaron una curva, se encontraron con las primeras casas del pueblo que estaban encaramadas en una ladera. Eran completamente blancas y los tejados brillaban y relucían bajo los rayos del sol.

Cristina se emocionó. ¡Qué bonito era el sol y qué desafortunados aquellos que en su pueblo no lo veían casi nunca!

El carro por fin se paró en la plaza del pueblo y Cristos que conocía muy bien el lugar dijo:

— Nos bajamos aquí, dejo el carro allí, voy al río para dar agua al animal y nos vamos a comprar las láminas. Mientras, Jarílaos, siéntate con Cristina en la cafetería y tomaos un café. Ahora vengo.

La cafetería estaba llena, fue difícil encontrar una mesa con dos sillas libres. En cuanto Jarílaos y Cristina entraron, todos se dieron la vuelta para mirarlos con curiosidad. ¡Caras nuevas! ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían y qué querían?

Su curiosidad no duró mucho. El señor Jarílaos le pidió al camarero información cuando éste se acercó para preguntarles qué querían tomar.

— Dime, chico —le dijo— ¿sabes dónde puedo comprar laminas de metal?

— ¿Laminas de metal? ¿Qué clase de laminas de metal?

— Para fabricar un depósito.

— ¡Ah! Vaya a Juan, el hijo de Apóstolos, al final de la calle central. Él vende láminas de metal. Si no tiene, te diré otro sitio a donde puedes ir.

Ésta no fue la única información que les dio el chico. Cristos llegó y los encontró en un momento. Pidió un café con mucha azúcar y preguntó por su amigo, Estelios Sismanidis.

— ¿El señor Estelios? —preguntó perplejo el muchacho— ¿Cuánto tiempo hace, señor, que no viene por aquí?

— Por lo menos un par de años —dijo pensativo Cristos.

— Entonces no sabe la noticia. El señor Estelios y su mujer fallecieron el año pasado. Primero ella y después de cinco o seis meses él. Eran buenas personas y se querían mucho ¡Dios los tenga en su gloria!

— ¿Y su hijo Alberto?

— Alberto aprendió el oficio, fabrica piezas de madera muy bellas y las vende.

— ¡No me digas! ¿Tiene una tienda?

— No, va de aquí para allá y viene en ferias.

— ¿Dónde puedo encontrarlo?

— ¡Uf! —hizo el chico—. No sé qué decirte porque está en todas partes y en ninguna: a veces aquí y a veces allí. Si tienes suerte lo podrás ver más tarde.

El señor Cristos tuvo suerte: no le dio tiempo a terminar su café cuando la puerta se abrió y entró un muchacho guapo con un gran saco colgado del hombro.

— ¡Alberto! —lo llamó el muchacho en cuanto lo vio— ¡Este señor te busca!— dijo mientras señalaba a Cristos.

Alberto lo reconoció enseguida.

— Bienvenido Cristos —dijo sonriente acercándose a la mesa— ¡Me alegro mucho de verte!

Cristos le presentó al señor Jarílaos y a Cristina. Se sentaron todos juntos durante horas.

Alberto conocía bien el Pueblo Grande porque vivía allí. Sabía quién fabricaba láminas de metal y quién las cortaba, qué tienda tenía las vitrinas más bonitas y dónde estaba la librería.

— Te llevaré a todas partes. Vamos a empezar por las láminas porque necesitan unas horas para prepararlas. ¿Te parece bien? —dijo volviéndose hacia Cristina—. Dejamos allí a tu padre, nosotros nos vamos y te enseño todo lo que quieras.

Dijo esto clavando sus ojos en los de la chica. Cristina se quedó sin voz. ¡Era la primera vez que conocía a un chico tan guapo! Su corazón empezó a latir muy rápido.

Lo peor de todo fue sentir que se ponía rápidamente roja. Con un gran esfuerzo, logró contestar:

— Sí, por supuesto, primero iremos a lo de las láminas.

Pagaron y se levantaron. Alberto, con la expresión más natural del mundo, cogió a Cristina por el brazo y la condujo hacia la puerta de la cafetería.

— Venid todos aquí —dijo.

Llegaron a la calle principal del pueblo. Estaba asfaltada, no era muy ancha pero tanto a la derecha como a la izquierda había muchas tiendas.

Cristina miraba los escaparates maravillada.

— ¡Esto es muy diferente del Pueblo de los Fantasma! —dijo en voz alta.

— Hay diferencias pero no es mucho mejor —dijo Alberto—. Me encanta el Pueblo de los Fantasma porque allí pasé mi infancia y cuando mi padre os vendió la casa y venimos al Pueblo Grande para que aprendiese el oficio de tallar la madera, me preocupé mucho. Siempre lo eché de menos.

— A pesar de eso no has ido a verlo —dijo inmediatamente el señor Jarílaos—. Ya puedes ir cuando quieras.

— ¡Tengo una buenísima idea! —dijo Cristos que hasta aquel momento no había dicho ni una palabra—. Volverás a nuestro pueblo para siempre.

— ¿Y de qué trabajo? —preguntó Alberto.

— Trabajarás allí —contestó el señor Jarílaos.

— Y encontrarás a alguna buena chica —dijo Cristos mirando a Cristina— para casarte y formar una familia.

Alberto pareció pensarlo.

Quizás tengas razón —dijo girándose de repente hacia la muchacha—. ¿Y tú, Cristina, qué piensas de todo esto?

La muchacha se puso roja. La lengua se le había hecho un nudo... con un gran esfuerzo logró balbucear:

— Yo... yo... Por supuesto que estoy de acuerdo.

Alberto la miró a los ojos durante un momento interminable. Con aquella mirada esperaba averiguar por qué la respuesta fue tan indecisa.

El hombre de las láminas no estaba en la tienda y el señor Jarílaos no consiguió ponerse de acuerdo con el aprendiz que estaba allí. Así que se quedó con Cristos esperando al dueño. Alberto y Cristina los dejaron y se marcharon. Acordaron volverse a ver dos horas después en la conocida «Posada de la esquina roja» para comer todos juntos.

— ¿Y ahora, Cristina? —dijo Alberto sonriente en cuanto se quedaron los dos a solas— Dime ¿por dónde quieres empezar la visita?

— Por la librería, si no te importa —dijo la chica amablemente—. Quiero mirar algunos libros para leer.

— ¿Importarme? ¡Todo lo contrario! Yo también busco un libro. ¡Vamos!

Pasaron casi una hora en la librería, buscaban en todos los estantes. Cristina quería comprar dos o tres novelas, así que leyó todas las sinopsis hasta que se decidió. Alberto buscaba libros con imágenes de esculturas de donde pudiera copiar modelos para tallarlos en la madera.

Cuando salieron de la tienda, los dos estaban entusiasmados: cada uno había encontrado lo que deseaba. Sonrientes y felices, como si se conociesen desde hacía años, se cogieron de la mano y continuaron charlando como dos buenos amigos.

En las tiendas del pueblo no había muchas personas. Rara vez se veía algún cliente. Cristina, sonriente, se paraba cada poco en algunos escaparates y los miraba. Alberto la chinchaba continuamente.

— ¿Pero no decías que no tenías intención de hacer ninguna compra? —le dijo— ¿Por qué te gusta todo tanto? Vais a necesitar un carro más para regresar al pueblo. No cabrá todo en el carro de Cristos.

— Si tuviéramos dinero para gastar, encontraríamos otro —respondió despreocupada la chica.

Cuando habían recorrido casi todas las tiendas del centro del pueblo, Cristina decidió comprarse un jersey rojo.

— ¿Me lo puedo probar? —preguntó a la vendedora—. Vivo lejos y si no me queda bien no podré cambiarlo.

Se lo probó y Alberto estuvo de acuerdo en que le quedaba muy bien.

— Eres una muñeca —respondió la vendedora—. Te deseo que te cases pronto —dijo y miró a la chica y al muchacho.

— Eso no tardará —respondió el chico fijando sus ojos en Cristina, otra vez con una profunda mirada—. ¿Cristina, tú qué opinas? ¿Estás de acuerdo?

Cristina lo miró perpleja ¿Qué era esa pregunta? ¿Qué quería saber él, así, de repente? ¿Si ella estaba de acuerdo con la boda o acaso lo decía para chincharla otra vez?

Afortunadamente la vendedora habló y ayudó a Cristina a salir de la incómoda situación.

— ¿Y qué mujer no quiere casarse con un hombre tan guapo y joven? ¿Qué pregunta es ésa?

— Así es —añadió Cristina sonriendo tímidamente.

— De modo que estás de acuerdo —volvió a decir seriamente y miró de nuevo a Cristina—. Esto me interesa saberlo.

En la «Posada de la esquina roja» ya estaba el señor Jarílaos y Cristos bebiendo vino cuando volvieron los jóvenes.

— ¡Qué buena pareja! —dijo Cristos cuando los vio llegar juntos. ¿Qué opinas, Jarílaos, del asunto?

Jarílaos se quedó pensando durante un momento.

— Eso es una decisión de mi hija, no es asunto mío —respondió—. ¿Pero tú cómo sabes lo que el muchacho quiere?

— No es tan tonto para no estar de acuerdo. Una chica tan guapa, joven y de buena familia, con todas sus virtudes... ¿Qué le falta?

Cristos parecía que lo había programado porque tres meses después, en el Pueblo de los Fantasma, durante los cuales Alberto fue y volvió como mínimo unas veinte veces, se celebró una espléndida boda. Los invitados eran todos los habitantes del pueblo y muchos amigos del novio que vinieron juntos del Pueblo Grande.

Así el joven volvió a su casa y al pequeño y oscuro pueblo que estaba escondido en un valle, al pueblo donde rara vez se veía el sol. Aquí Alberto se instaló para siempre.



El señor Jarílaos causa daños irreparables

Habían pasado seis o siete años de la boda de Cristina. Todo iba bien y la joven pareja vivía feliz y enamorada. Por supuesto, los cuatro habían permanecido unidos. El nacimiento de su hijo Estelios, que ya tenía doce meses, ayudó a hacer la familia más grande. El abuelo Jarílaos y Alberto trabajaban juntos en el taller de Jarílaos y hacían verdaderas obras maestras con sus manos. Todos admitían que hacían las mejores creaciones de todo el pueblo.

Alberto, que había aprendido al lado del famoso artesano Franguistas, había logrado superar a su maestro. De repente un día, le vino la inspiración de crear un caballo a tamaño real e instalarlo en el patio de la casa hasta que encontrara un cliente para venderlo. Constantemente intentaba terminarlo. Incansable y lleno de buen humor y

de energía consiguió por fin llevar a cabo su idea. Un mediodía, el caballo de madera fue transportado del taller al patio. Parecía tan real que pudo confundir a los vecinos.

— Parece que Mentikidis compró un caballo —dijo Tasos, el vecino, a su mujer.

— ¡No! No es del señor Jarílaos, es de Alberto y lo compró para ir y venir al Pueblo Grande —le contestó ésta.

Jarílaos estaba muy orgulloso de la hazaña que había conseguido su yerno. Reconoció que era un artesano importante. Había dibujado las partes del caballo y Alberto había ejecutado el diseño. Pero estaba inquieto. No quería crear algo sin voz, un simple objeto de madera. Quería intentar darle vida, ponerlo en movimiento y hacerlo relinchar. Para esto activó todos sus conocimientos e hizo varios experimentos en su laboratorio.

«¿Dónde me llevará? Al final lo descubriré», dijo y se lo repitió a sí mismo.

Un atardecer, a la hora en la que los pocos habitantes del Pueblo de los Fantasmas cerraban sus casas y se sentaban cerca de las chimeneas encendidas, se escuchó de repente un ruido horrible que venía de la casa de Alberto.

¡BOOM!

Junto con el ruido, llamas verdes, moradas y rojas empezaron a salir de la ventana que estaba entreabierta.

— ¡Dios mío! —gritó Elvira y corrió hacia la habitación grande que Jarílaos y Alberto habían convertido en taller.

— ¡El invento! —dijo Cristina, dejando la sopa en el fuego y salió corriendo fuera.

— ¡Jarílaos! ¡Alberto! — se oían las voces de las dos mujeres con angustia, mientras intentaban abrir la puerta que se había atascado. No hubo respuesta.

Desesperadas empezaron a golpear y la puerta no se movía con nada.

— ¡Cristina, corre a buscar a Tasos! ¡Pídele que venga con una palanca de hierro para romper la puerta —gritó Elvira.

Cristina fue rápidamente. No necesitó llegar hasta la casa del vecino porque todo el pueblo había oído el ruido y la mayoría ya estaba delante de la casa. Cada uno decía una cosa sin saber cómo ayudar y junto con ellos estaba Tasos. Dos hombres, los más fuertes, consiguieron en poco tiempo romper la puerta. El taller estaba envuelto en llamas y había humo por todas partes. Las dos mujeres se precipitaron al interior del taller, en algún rincón, Elvira encontró a Alberto inconsciente. Lo agarró y lo sacó pronto de allí. Cristina, con algunos de los que habían llegado allí, intentaba encontrar a Jarílaos y apagar el fuego. Pasó una hora y las llamas empezaban a retroceder después de mucho esfuerzo. Elvira, con un pañuelo mojado en la nariz, con lágrimas que inundaban sus ojos a causa del humo y el corazón a mil por horas, buscaba a su marido en el taller entre las llamas que todavía no se habían apagado.

— ¡Mamá! ¡Encuentra a papá! —gritaba Cristina una y otra vez confundida, mientras intentaba hacer volver en sí a su marido mareado y herido.

Mientras tanto, sin que todo esto fuese suficiente, la sopa que Cristina estaba preparando cuando se produjo la explosión, se estaba quemando y empezaba a salir humo.

Cuando la casa estaba llena de vecinos que habían venido a ayudar, cuando el agua y los restos del incendio habían inundado el patio y los cubos vacíos estaban tirados en el suelo... justo en ese momento que la situación era trágica y las mujeres lloraban: «¡Oh, Jarílaos que las llamas te tragaron de repente, tan joven, tan bueno, tan capaz!», apareció Jarílaos vivo y sonriente.

— ¡En nombre de Dios! ¿Qué ha pasado aquí dentro? —refiriéndose a lo que pasaba en el umbral de la puerta.

— Ja... Ja... ¡Jarílaos! —se escuchó en ese momento una voz de todos—. Ja... Ja... ¡Jarílaos!

Al minuto, Cristina y Elvira se lanzaron sobre él, mientras Alberto se levantaba.

— Sí, soy yo. ¿A qué se debe este recibimiento? —preguntó perplejo, mientras su mujer y su hija lo abrazaban fuertemente.

— Creíamos que... nos imaginamos que... —dijo Cristina.

— Pero ¿Qué pasa? ¿Qué es toda esta perturbación? —preguntó mirando alrededor. Entonces su mirada se diri-

gió a Alberto que tenía dos gasas en la frente—. ¿Alberto, hijo mío qué te ha pasado? ¿Te has dando un golpe? ¿Y de dónde viene este humo? —dijo preocupado y fue al lado de su yerno.

Alberto lo miró muy fijamente y movió la cabeza.

— ¡El... el... el invento! —dijo sólo.

— ¡Oh! ¡No! ¡Ahora lo recuerdo! —respondió Jarílaos—. Dejé todo a medias porque tenía que ir corriendo al Bosque de los Duendes para encontrar una madera especial... —y mientras decía todo esto, tranquilo y sonriente, de repente empezó a gritar—. ¿Has dicho el invento? ¿El invento? ¿Qué ha pasado? ¿No has desenchufado el cable? Está prohibido dejarlo más de un minuto ¡Cómo! ¡Cómo! ¡Alberto! Hemos destruido... se han quemado los cables y se ha fundido todo el material. ¡Dios mío, qué desgracia!

Alberto se enfadó mucho esta vez.

— ¿Qué yo lo dejé, padre, o tú te fuiste sin decir palabra? Yo tallaba la madera en la otra punta del taller, y al rato escuché algo como un silbido. Entonces vi como hacías la conexión de los cables y corrí.

Jarílaos se desplomó en un sofá y escondió su cara entre las manos.

— ¡Ay! ¿Por qué? ¿Por qué? —dijo.

Los aldeanos, viendo que se habían apagado las últimas llamas, empezaron a irse poco a poco.

— ¡Muchas gracias amigos y vecinos! —balbuceó Elvira—. Nos habéis salvado. No lo olvidaremos nunca.

— Nosotros nos hemos salvado —murmuró Jarílaos—. ¿Y mi invento? ¡He perdido tanto esfuerzo! ¡Tantos cálculos! ¡Y tenía tantos planes en la cabeza, qué si se hubiesen hecho realidad...! ¡Ay! ¿Por qué? ¿Por qué soy tan desafortunado?

— Distráido diría yo —murmuró Alberto—. Distráido y peligroso. Ahora entiendo, papá, por qué tenemos que tener cuidado mientras estamos haciendo experimentos.

Jarílaos en su desesperación no escuchó nada de esto. Se sentó un momento en el sofá y de repente se puso de pie.

— Voy a tomar un poco de aire —dijo.

— Ya es de noche, quédate aquí mejor. Prepararé la comida —dijo Elvira preocupada.

Ya sea porque tenía otras cosas en la cabeza, o porque no escuchó lo que le había dicho su mujer, Jarílaos no le dio ninguna respuesta. Avanzó con grandes pasos hacia la puerta, la abrió y salió a la calle.

La noche se extendía por todos los lugares. Las calles estaban vacías y una helada amenazaba con tapar bajo su capa a todas las víctimas que cayesen en su trampa. Jarílaos estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de nada. Empezó a caminar con dirección al Bosque de los Duendes. Su mente trabajaba sin parar.

— ¡No se trata de dejarlo! ¡No puede ser! No voy a parar de trabajar y retomaré el proyecto enseguida. ¡Nadie ha pensado nunca en hacer realidad un invento como el mío! ¡Seré el primero y el último! Todo el mundo me admirará. ¡Por fin entenderán qué quiere decir Jarílaos el inventor!

Esto y otras cosas se decía y se las repetía mientras paseaba, sin pensar dónde iba y por qué. Así llegó a los primeros árboles del bosque.

Sin embargo, era de noche y no se dio cuenta porque los aldeanos habían podado estos árboles para no obstaculizar el transporte de la madera que cogían de allí para sus trabajos. Jarílaos distraído y absorto en sus pensamientos, tan agradables ahora que lo habían llevado a un gran entusiasmo, no se dio cuenta de que andando todo recto entraba en el Bosque de los Duendes.

Seguro que si hubiese sabido hacia dónde iba, se hubiese dado la vuelta enseguida. Todos los que vivían desde hacía años en el pueblo sabían que, cuando caía la noche, el mismo bosque que les regalaba la madera que les ayudaba a vivir, estaba encantado. Dos o tres aldeanos le habían dicho que cerca de allí al anochecer sucedían historias raras. Mientras paseaban por allí habían escuchado canciones espeluznantes, las canciones de los duendes, como las llamaban; habían visto al bosque brillar con una extraña luz celeste; habían escuchado voces roncadas, que los invitaban a

divertirse con las almas de los árboles. Ellas, cuando anochecía, salían de los troncos donde se escondían durante el día y se divertían. Por esta razón lo llamaban el Bosque de los Duendes.

Jarílaos, cuando estaba en su sano juicio, creía en todo esto y nunca se quedaba en el bosque cuando anochecía. Pero ahora, arrastrado por sus pensamientos, por sus cálculos, que ya habían comenzado en su cabeza, y con la creencia de que su invento lo sacaría del anonimato y lo haría famoso, no entendió cómo llegó hasta el corazón del bosque. Lo peor de todo era que no sabía dónde estaba y cuando empezó a volver en sí y a la realidad, una densa oscuridad lo rodeaba. De repente, algo lo agarró del hombro. Entonces, se asustó muchísimo.

— ¡Déjame! ¡Déjame, te digo! —e intentó con torpes movimientos escaparse. Pero en lugar de conseguir soltarse con las sacudidas, empeoró la situación. Entonces, comprendió que estaba en el Bosque de los Duendes, el pánico lo inundó y se quedó boquiabierto. Empezó a luchar con sus manos gritando como un loco y amenazando al bosque. Pero a su amigo invisible no le dio pena. Lo tuvo prisionero hasta que lo obligó a dejar las amenazas y a empezar las súplicas:

— ¡Por favor, duende, déjame! ¡Déjame volver a mi casa y no diré a nadie que me torturaste así!

Rogó durante mucho tiempo sin conseguir nada y al final no aguantó más. Las rodillas se le doblaron y cayó al suelo. Sólo entonces se liberó de las densas ramas de los árboles que lo habían agarrado tan fuerte. Creyendo que sus súplicas fueron escuchadas, agotado psíquica y mentalmente, empezó a arrastrarse a cuatro patas, buscando una manera de salir del bosque. En un momento vio a lo lejos algo que brillaba. «Salvado», pensó y se dirigió hacia allí.

Arrastrándose, ensangrentado y desgarrado lo encontraron Elvira y los dos vecinos que habían ido a buscarlo.

Los tres, con el farol que llevaban, vieron desde lejos una criatura que aparecía entre los árboles arrastrándose. Les dio tanto miedo que quisieron salir corriendo del bosque. Creían que era un duende que había salido para perseguirlos porque lo habían molestado. Afortunadamente, Elvira los paró. A pesar de toda su preocupación por la desaparición de muchas horas de Jarílaos era la más serena de los tres.

— ¡Eh! ¡Esperad! ¿Dónde vais? ¡Creo que lo que vemos es Jarílaos!

Los dos se pararon, Elvira dio dos pasos hacia adelante y gritó:

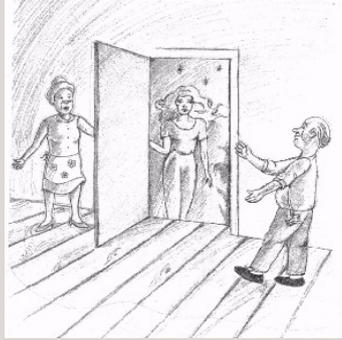
— ¡Jarílaos! ¡Jarílaos!

— ¡Elvira! —se oyó una débil voz— ¡Sálvame!

Esa noche fue una pesadilla para toda la familia. Jarílaos, durante su sueño intranquilo, parecía que luchaba con los duendes del bosque y se despertaba gritando disparates. Elvira, en vano, intentaba tranquilizarlo. Jarílaos se despertaba un momento e inmediatamente se dormía y empezaba a delirar otra vez. Por fin, amaneció. Un día oscuro vino a sustituir la noche. El pueblo se despertó; los aldeanos empezaron sus trabajos y Jarílaos, aunque no había descansado durante toda la noche, se levantó por la mañana muy pronto y con muchas ganas fue a su taller con lápiz y papel en la mano. Elvira curiosa e inquieta lo siguió para ver qué quería hacer. Su inquietud se convirtió en sonrisa cuando vio a su marido buscando varios cables estropeados, anotando los daños, observando sus herramientas y los dos bancos medio quemados. Y como si no pasara nada, lo escuchó repitiendo ciento de veces:

— ¿Dónde me llevas? Yo voy a hacer realidad mi invento y que no te quede ninguna duda, Elvira mía.

Si Elvira tuvo o no alguna duda, no lo sabemos ni lo sabremos nunca. Lo que sabemos es que Jarílaos volvió rápidamente a construir su taller, hizo nuevos cálculos, nuevos planes y se encerró dos mañanas con Alberto, empezaron a hablar y volvieron a trabajar llenos de optimismo y entusiasmo.



Un éxito increíble

Elvira y Cristina habían empezado a preocuparse. Jarílaos y Alberto estaban cada día más raros. No había amanecido aún, todavía era de madrugada, todo estaba oscuro en el Pueblo de los Fantasma, y los dos ya habían empezado a trabajar. Recién duchados y bien vestidos se lanzaban al taller con una taza de café o leche en la mano. Al principio, en cuanto entraban, empezaban a golpear algo como si clavasen una tabla pero muy rápidamente el ruido paraba y no se oía nada, parecía que no trabajaban hombres allí. Cuando las mujeres empezaban a preocuparse por si les había pasado algo y estaban apunto de abrir la puerta, escuchaban risas y voces alegres y las mujeres se miraban sorprendidas y sin palabras. ¿Qué les había pasado al yer-

no y al suegro? ¿Estaban volviéndose locos? Esto pasó durante tres días. Al final, Elvira no aguantó más.

— Cristina, hoy vamos a resolver el misterio —dijo a su hija.

Así, en el momento en que los dos hombres empezaban a reírse, abrió la puerta del taller con Cristina y el pequeño Estelios detrás de ella y dijo:

— ¿Qué broma es esa que os hace tanta gracia? ¿Por qué os reís tanto? ¿Nos la contáis para que nos riamos nosotras también?

Los dos hombres se quedaron sin palabras por un momento, exactamente el tiempo que las mujeres necesitaron para ver un gran tronco de madera sin la corteza. Lo tenían encima de uno de los bancos y lo estaban tallando.

— Elvira, —dijo Jarílaos de manera muy seria— ¿no sabes que me molesta que estés entrando y saliendo del taller? Por favor, cierra la puerta y déjanos trabajar.

Antes de que la mujer obedeciera, el pequeño Estelios ya había entrado en el taller y estaba delante del banco de trabajo.

— Papá y abuelo fabrican una mujer —dijo perplejo.

En cuanto escucharon esto, Elvira y Cristina se colocaron en un momento cerca del banco.

— ¿Una mujer? ¿Qué mujer? —preguntaron.

Los hombres se miraron.

— Ahora ya no lo soporto más, Alberto. Tenemos que contárselo —dijo Jarílaos casi angustiado.

— Si se lo decimos tienen que prometernos que no se lo van a contar a nadie y así en el pueblo nadie se enterará. Será nuestro secreto —dijo Alberto y miró a su hijo.

— Papá, yo te juro que no se lo contaré a los niños. Hazme tu ayudante y la haremos más guapa —le suplicó el pequeño.

— ¡Ya veremos! ¡Ya veremos! —respondió su padre—. Necesitamos todavía mucha calma y concentración.

— Todas nuestras esperanzas para hacernos famosos se basan en esta mujer. Las cosas no son fáciles.

— ¿Y os volveréis famosos por tallar una estatua de madera? —preguntó Elvira.

— ¿Y quién te ha dicho, Elvira mía, que será sólo una estatua? —dijo Jarílaos—. Será una mujer de verdad. ¿Qué me estás contando de estatuas ahora?

— ¡Vaya! ¿Qué es lo que dices? —dijo Cristina mirando a su marido.

— Lo que digo es la verdad —dijo Alberto—. Nuestra mujer hablará, pasará...

— ¡Ssss... ya es suficiente Alberto, basta ya! —gritó Jarílaos—. Ya les hemos contado bastantes cosas. Ahora, fuera y dejadnos trabajar. No os quiero aquí dentro otra vez.

— Me parece que no están muy bien —dijo Cristina—. En lugar de hacer algún adorno bonito para venderlo en la feria del Pueblo Grande, se ponen a trabajar para hacer de un tronco, un hombre. ¿Será posible?

— Y ahora hacéis una mujer, antes fue el caballo que tenemos en el patio, ¿Qué vendrá después? ¿Quién comprará una estatua de madera?

— Además, dicen que la van a hacer andar —dijo Estelios metiéndose en la conversación.

— Una cosa es lo que uno quiere y otra lo que puede conseguir. ¿Qué se creen, que la van a hacer andar y pasear?

— Pero lo han dicho, abuela —dijo el niño impresionado por las palabras de su abuelo.

— Tú, Estelios mío, no escuches estas tonterías —dijo Elvira—. Mucho ruido y pocas nueces...

Pasó el tiempo, mucho tiempo. Hacía tres o cuatro meses desde que las mujeres descubrieron el nuevo invento de sus maridos. La vida continuaba igual: los hombres encerrados en el taller y las mujeres bordando y tejiendo junto a la chimenea. Afuera una helada caía sobre el pueblo y sólo en caso de necesidad uno salía de la casa.

Una noche Alberto y Jarílaos salieron del taller antes.

— ¿Cómo es que no trabajáis más? —preguntó Elvira—. ¿Pasa algo?

— ¿Qué va a pasar? —dijo Alberto y miró sonriente a su suegro.

— Tenemos hambre y frío —dijo Jarílaos—. ¿Habéis cocinado sopa?

— Sí, hemos cocinado sopa, una sopa deliciosa —respondió Cristina y se levantó a poner la mesa.

Estelios, que estaba estudiando en un rincón, cerró diligentemente el libro y se acercó a su padre.

— Papá ¿Qué tal la estatua? ¿Cómo va? —preguntó—. ¿Ha empezado a andar o todavía no?

Jarílaos y Alberto se miraron. Los dos estaban esperando que el otro contestase pero en ese preciso momento, llamaron a la puerta.

— ¿Quién será a estas horas?

Estelios corrió a abrir. En la puerta se paró una muchacha joven que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo y lo miraba.

— ¿Qué quiere, señora? —preguntó el niño.

— ¿Puedo entrar? —dijo muy tranquila—. Tengo frío y hambre.

— ¡Mamá! ¡Papá! —gritó el pequeño.

Cristina, que en ese momento estaba dejando la sopa en la mesa, fue hacia la puerta abierta.

— Mamá, la señora quiere entrar —dijo Estelios—. Tiene frío y hambre.

— ¿Quién es y de dónde viene? —le preguntó cautelosa Cristina.

Pero antes de que la desconocida pudiera darle la información que le había pedido, Jarílaos llegó a la puerta.

— ¿Puedo entrar? —le preguntó la chica en cuanto lo vio—. Tengo frío y hambre.

— Por supuesto, entra. ¡Vamos! Estábamos poniendo la mesa. La desconocida entró sin decir ninguna palabra más y se sentó en la mesa.

— Tengo hambre y frío —dijo otra vez.

Elvira, a la que no le gustaban las visitas de noche, le sirvió un plato de sopa. La muchacha la miró muy muy bien pero no la tocó.

— ¿No tenías hambre? ¡Venga, come! —dijo Jarílaos—. Coge la cuchara y empieza.

Entonces, cogió bruscamente su cuchara y empezó a comer y a comer y, a pesar de que la sopa se había terminado, seguía sumergiendo la cuchara en el plato vacío.

— Creo que has comido demasiado —le dijo el abuelo—. Es suficiente por ahora. Levántate de la mesa y siéntate junto al fuego para que entres en calor ya que dices que tienes frío. ¿No?

La muchacha sin decir palabra, se levantó y se puso delante del fuego.

— ¿No dices gracias? —le preguntó Jarílaos.

— Gracias —dijo con una voz simpática y tranquila y se sentó en el sillón.

— ¿Cómo te llamas? —le preguntó Cristina.

La muchacha fingió mirar el fuego distraída y no le respondió. Entonces intervino el abuelo.

— Mi hija te ha preguntado cómo te llamas

Y llegó una respuesta que nadie esperaba:

— No tengo nombre. He venido aquí para que me bauticéis.

— ¿Qué dices? ¿De qué estás hablando?

Las dos mujeres, inquietas por el miedo de que en casa se les hubiese metido una loca, miraron a sus maridos.

— ¿Qué pasa ahora? —preguntó Cristina en voz baja.

— ¿Qué va a pasar? Comió, entró en calor... ya es hora de que nos deje en paz —dijo Elvira también en voz baja.

— Chica, creo que es hora de que te vayas —replicó Jarílaos.

— ¿De irme? No voy a ninguna parte. Primero me bautizaréis —dijo con voz amenazante.

— Alberto —dijo Cristina—, vamos a sacarla fuera.

Pero Alberto y Jarílaos soltaron de repente una risa que sorprendió a sus mujeres.

— El asunto no es para reírse —dijo enfadada Elvira mirando a su marido.

— El asunto, sí que es de risa —respondió él y se dirigió a la muchacha y le dijo—. Pide perdón inmediatamente por haber hablado así antes.

— Perdón —dijo la chica.

— ¿Y ahora te vas a ir? —le volvió a decir Jarílaos muerto de risa.

— No, me quedaré para que me bauticéis —dijo otra vez y no se movió del sitio.

— Como insiste —dijo el abuelo—, vamos a bautizarla. ¿Cómo queréis llamarla?

— ¡Vilma! —propuso Alberto.

— ¿Estáis de acuerdo? —dijo Jarílaos.

— Sí, sí. La llamaremos Vilma y nos vaciará la despensa —dijo Elvira de una manera seca.

— Pues Vilma será tu nombre —dijo el abuelo.

— Y ahora tenéis todos que besarme —dijo Vilma.

Se levantó inmediatamente de la silla y extendió sus manos, que todavía llevaban los guantes. Primero la besaron los hombres y Estelios. Después, se acercó Cristina con gran indecisión. Cuando estaba ya cerca, muy cerca de la mejilla de Vilma, se escuchó un grito que retumbó en todas las paredes.

— ¡Es de madera! ¡Dios mío! ¡Mamá, es la mujer que estaban construyendo!

Lo que vino después no se puede contar. Sólo se puede decir que aquella noche la familia Mentikidis y la familia Sismanidis hicieron una fiesta que duró toda la noche. Cantaron, brincaron y bailaron hasta el alba.



La mala experiencia de Estelios

¡Vilma se volvió la niña más mimada de la familia! Todos charlaban con ella, la molestaban y se reían muchísimo cuando daba esas respuestas tan inteligentes. Evidentemente, esto sólo sucedía cuando Jarílaos estaba cerca y excepto Alberto, que era el único que lo sabía, nadie se daba cuenta.

Los dos hombres, Jarílaos y Alberto, continuaban encerrados todos los días en el taller y trabajaban. Trabajaban mucho hasta bien entrada la noche.

— Bueno, ya tenemos a Vilma... —dijo un día Elvira que no comprendía por qué trabajaban hasta tan tarde— ¿Qué es lo que estáis creando ahora?

— ¿Por qué te come la curiosidad, cariño? —respondió Jarílaos—. Cuando lo que fabriquemos esté listo, te

lo enseñaremos y espero que reconozcas, y que todo el mundo reconozca, que soy un gran inventor y que Alberto es un gran artista.

Elvira, sin obtener la respuesta que esperaba, se acercó a su marido y le dio un beso en la mejilla.

— ¡Pero si ya sois perfectos! ¡No necesitáis trabajar más! Es hora de enseñar a todo el mundo lo que valéis.

— Sí, eso sucederá dentro de unos meses pero todavía no puede ser, necesitamos tiempo y trabajo —le dijo.

— Dime Jarílaos —continuó Elvira—, ¿por qué habéis metido otra vez en el taller el caballo de madera que fabricasteis? Es grande y ocupa mucho espacio.

— Tenemos que mejorar unos detalles —le respondió su marido—. Pronto volverá a su sitio, ¡ya verás!

Pasó una semana y una oscura mañana en la que los tejados de las casas estaban cubiertos de gotas de humedad y de rocío, los dos hombres salieron muy temprano de la casa. Tiraron algo de madera y prepararon un espacio nuevo en el patio. Luego, volvieron a entrar en el taller y Alberto sacó el caballo de madera y lo condujo hasta la zona que habían preparado. Ese caballo estaba tan lleno de vida que los que lo habían fabricado no podían creer como aquellas maravillosas manos le habían dado vida: conseguir que se mueva, que levante una pata, que mueva la cola, que relinche...

— ¡Incréible! —dijo Alberto asombrado—. Hemos conseguido desarrollar las nuevas tecnologías y por supuesto, hemos obtenido su máximo rendimiento.

— ¡Ves —respondió Jarílaos—, gracias al progreso de la ciencia tenemos mucho más a nuestra disposición para perfeccionar nuestro invento! Tenemos los chips, la tarjeta de memoria, los micrófonos estereofónicos especiales... Todo nos es de gran ayuda. Si nos basamos en esto, podemos construir objetos de madera y darles vida. Tenemos que conseguir todavía dos cosas —continuó Jarílaos—: primero, hacer que la cara de Vilma no parezca de madera, y segundo, enriquecer el vocabulario de Vilma.

Alberto se rió.

— ¿Podemos conseguir —dijo— que responda correctamente a cada pregunta? ¿Cómo podemos lograrlo?

Jarílaos se rascó la cabeza y permaneció en silencio. Alberto tenía razón ¿Cómo se podría conseguir eso?

— Es difícil —murmuró—, difícil pero no imposible. A ver... A ver... —volvió a murmurar y con grandes pasos desapareció tras la puerta del taller.

¡Estelios, que ya tenía ocho años, se volvió loco con el caballo! Su padre lo despertó, lo subió a la silla de montar y empezó a darle varias órdenes a Castanulis, como lo llamaban.

— ¡Castanulis, mueve la cola!

El caballo la movía.

— ¡Castanulis, relincha!

Y así lo hacía el caballo.

Estelios tiraba de las riendas. Empezó a dar él solo las órdenes a su compañero de madera. Le daba una orden, le daba otra, le decía todo lo que se le venía a la cabeza. Alberto lo miraba y disfrutaba con el entusiasmo de su hijo. En aquel momento, se abrió la ventana del taller y Jarílaos lo llamó:

— Alberto, ven un momento, te necesito.

Alberto fue a bajar al pequeño de Castanulis pero el niño no quería bajarse. Empezó a suplicar:

— ¡Papi, déjame un poquito más aquí arriba! ¡Por favor...! Ve con el abuelo y luego vienes otra vez...

— ¡Estelios, ten cuidado y no te caigas!

— Tendré cuidado, mucho cuidado. No te preocupes ¿De qué tienes miedo? ¿Acaso soy un bebé?

Alberto se fue con paso rápido del patio y entró en el taller. Estelios siguió montado en el caballo, jugaba, reía y estaba contento. Sin embargo, sin bajarse del caballo, le dio a Castanulis una orden que le costaría caro:

— ¡Castanulis, salta y corre!

Naturalmente, Castanulis hizo lo que le dijo el pequeño jinete. De un salto salió del patio y se lanzó a la calle desbocado mientras el pobre Estelios se esforzaba por mantenerse encima del caballo, gritando:

—¡Papá! ¡Papá!

Encerrados en el taller y concentrados en los chips, los dos hombres no escuchaban las voces del niño, ni veían que el patio estaba vacío, sin el niño y sin el caballo.

— Alberto, si pudiésemos poner un chip auxiliar en el tobillo derecho de Vilma conectado a la pila de litio, creo que podríamos conseguir que suba escalones ¿No crees?

— Lo intentaremos. Quiero darle la posibilidad de que haga movimientos independientes, para que reaccione como un hombre. Así será una muchacha perfecta.

— Para que sea una muchacha perfecta, como dices, seguro que necesitamos cambiarle la cara. Deberá tener piel normal en lugar de madera.

— Eso es lo más fácil —dijo Alberto riéndose—. La llevaré a un amigo mío que es cirujano plástico y hace milagros en las caras, quiero decir, en caras verdaderas. Espero que consiga lo mismo con Vilma y la transforme.

Jarílaos se frotó contento las manos.

— ¡Nuestra Vilma sorprenderá a todo el mundo! — dijo— ¡Sorprenderá a todo el mundo!

Antes de que llegase el momento de disfrutar de un futuro de felicidad, se escuchó la voz de Cristina que llamaba a Estelios

— ¡Estelios! ¿Dónde estás, mi niño? ¡Deja ya de jugar! ¡Vamos dentro!

Entonces, Alberto se acordó de que había dejado al niño encima del caballo. En ese mismo instante, abandonó a Jarílaos y corrió hacia el patio. La sorpresa se la llevó cuando no vio ni a Estelios ni al caballo.

— ¡Dios mío! ¡El niño! —gritó— ¿Dónde está el niño?

Mientras tanto, Cristina, que no tenía la respuesta, salió fuera para llevarlo dentro. Allí encontró a Alberto fuera de sí, corriendo de un lado para otro en la calle, gritando el nombre del pequeño:

— ¡Estelios! ¡Estelios! ¡Estelios!

En cuanto Castanulis empezó a correr, Estelios se quedó desconcertado. Gritaba, lloraba y tiraba de las riendas para parar la interminable carrera del caballo desbocado. Había apretado sus pies alrededor del vientre del animal y se cogía fuertemente para no caerse.

Algunos aldeanos oían sus voces y salían a sus puertas a pesar de que todavía era muy temprano. Veían al caballo y veían al pequeño jinete que gritaba. Algunos, sin saber que el caballo era de madera, intentaban detenerlo. Castanulis no escuchaba nada; corría y galopaba y el pobre Estelios apenas conseguía mantenerse encima del caballo.

Un pueblerino pensó en avisar a los padres del niño pero la casa estaba bastante lejos, estaba en el otro extremo del pueblo. Se dirigió con paso diligente hacia allí. En la calle vio a Alberto, que iba hacia el lugar más rápido que una

bala, como se suele decir. Estaba despeinado, sin gorro, no llevaba ni siquiera abrigo que era necesario por el frío excesivo que hacía en el Pueblo de los Fantasmas.

— ¡Señor Alberto, su hijo! —le gritó el pueblerino desde lejos, señalándole con la mano el camino que había seguido el caballo con el pequeño.

— ¿Cuándo lo viste?

— Hará una media hora. Está encima de un caballo que corre como loco y pensé en ir a avisarte.

Alberto no se paró, corría jadeante, siguiendo el camino que le había señalado el pueblerino. Ni vio al caballo, ni vio al niño. De repente un pensamiento le hizo temblar.

En el otro extremo del camino, el sendero se hacía estrecho, escarpado e inaccesible en la ladera rocosa. Los aldeanos no iban por allí porque era peligroso; algunos extranjeros especialistas que habían ido con intención de explorar aquel punto, se marcharon sin conseguir nada. Si el pueblerino le había señalado la dirección correcta, el caballo corría rápidamente hacia ese sendero y Estelios no conocía las órdenes necesarias para detenerlo. Con este pensamiento, la sangre de Alberto se heló. ¿Qué podía hacer ahora? No había tiempo para pedir ayuda pero aunque lo hubiese, ¿qué ayuda podría pedir? Continuó el camino desesperado, sus lágrimas corrían a raudales y le impedían ver claro.

Estelios, agotado de los golpes locos y por la agonía, empezó, sin darse cuenta, a aflojar los pies del vientre del caballo. Le dolían las manos de apretar las riendas y la cabeza le zumbaba como cientos de abejas. No se sentía bien. El estómago se le retorcía, los ojos estaban empañados y apenas comprendía qué le estaba ocurriendo.

En la casa la situación no era mucho mejor. Cuando Cristina salió al patio y vio que el caballo faltaba y que Estelios no estaba por ninguna parte, comprendió lo que había sucedido y se puso a gritar como una histérica.

— ¡Estelios, hijo mío! ¡Estelios mío! —y como era natural, estalló en lágrimas.

Elvira salió rápidamente.

— ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el niño?

— Ha desaparecido —gritó la madre—. ¡Hemos perdido a nuestro niño! ¡Hemos perdido a nuestro Estelios! Se montó en ese maldito caballo y quién sabe adónde lo llevará.

Elvira, en cuanto se dió cuenta de lo que pasaba, corrió hacia el taller. Dentro, Jarílaos estaba fabricando algo rodeado de cables, baterías, chips, micrófonos y un montón de artículos electrónicos.

— ¡Jarílaos —gritó Elvira— el caballo con el niño no está en el patio! ¡Ha pasado algo! ¡Ha pasado algo, rápido! ¡A la porra vuestros inventos! ¡Hemos perdido al niño! ¡Mamaita mía, qué nos ha pasado!

Jarílaos salió sin entender qué pasaba. En aquel momento se encontraba en su mundo: el mundo de sus inventos, el mundo de la ciencia. Después de que Elvira hablase, gritase y chillase, Jarílaos volvió a la realidad.

— ¿Estelios ha desaparecido con el caballo? —dijo— ¿Con el caballo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué ha hecho el tonto? ¡Ahora no podrá pararlo! ¿Qué hacemos? —y salió del taller.

Toda la familia salió a la calle, y naturalmente se encontraron con los demás aldeanos que se habían enterado de la noticia.

El pequeño Estelios, en su aprieto, sin saber qué hacer y qué decir, murmuró a Castanulis con sus últimas fuerzas:

— Para de correr y vamos a casa...

¡Milagro! Castanulis se paró, dio la vuelta y sin correr, tomó a paso lento el camino de vuelta. El niño sin comprenderlo, inclinó la cabeza sobre el lomo del animal y se desmayó.

En esta posición se los encontró Alberto que había seguido el camino que le indicó el pueblerino.

Con el corazón en un puño, ordenó a Castanulis que se parara. Cogió al niño en su regazo e hizo que volviese en sí. Cuando vio que no le había pasado nada grave, se montó en el caballo, siempre con el pequeño en el regazo. Después mandó a Castanulis ir despacio a casa que estaba en el otro extremo del pueblo.

Castanulis hizo exactamente lo que dijo Alberto y en poco tiempo, Cristina los vio volver desde lejos:

— ¡Papá! ¡Mamá! ¡Ya vuelven! —gritó y una enorme alegría sustituyó al miedo.

Todos corrieron a recibirlos. Estaban tan contentos de que a su hijo no le había pasado nada, que se olvidaron de regañarle. Lo besaron, lo abrazaron y lo recibieron como si fuese un pequeño héroe.

Afortunadamente, todos eran justos y sensatos y no se exigieron responsabilidades unos a los otros por lo que había pasado. Sus vidas eran difíciles y luchaban todos los días por salir adelante: tal mezquindad no tenía lugar entre ellos, ni facilitaría nada. Finalmente, todo estaba bien y ésta era su filosofía. Si alguien quiere vivir mejor, de vez en cuando tiene que pensar un poco de esta manera.

A pesar de los miedos y las objeciones de Cristina, el caballo permaneció en su sitio. Cuando Estelios se montaba en el caballo y le daba órdenes, el animal no las escuchaba, parecía que estaba sordo. Castanulis permanecía derecho, orgulloso pero inmóvil.

Excepto Alberto, nadie sabía por qué el animal estaba inmóvil. Después de la aventura de su nieto y para evitar tener el corazón en un hilo, Jarílaos simplemente desconectó la batería.



Un breve viaje repleto de obstáculos e incidentes

Sólo habían pasado unos meses del terrible incidente de Estelios, cuando una mañana, antes de que amaneciese, el carro de Cristos atravesó las callecitas oscuras del Pueblo de los Fantasmas y se paró delante de la casa de Jarílaos. Cristos esperaba impaciente a Jarílaos y a Alberto para cargar la mercancía, como habían acordado, y dirigirse al Pueblo Grande.

Los dos hombres tardaban en salir y a Cristos no le gustaba mucho esperar. Bajó de su carro y vio que había luz dentro del taller, así que pensó que podía ir a echar una mano para cargar más rápido y marcharse a la hora acordada. Empujó con cuidado la puerta, que no estaba bien cerrada, e intentó entrar. Dio el primer paso y en lugar de ver pequeñas obras maestras

de madera, que era lo que esperaba de Jarílaos y Alberto, se quedó perplejo porque allí, delante de él, encima de un banco largo, vio a una mujer que parecía estar muerta y a los dos hombres intentaban envolverla en una sábana blanca.

¡El hombre se quedó sin voz! ¿Qué podía hacer ahora? ¿Les decía qué los había visto? ¿O fingía no haber visto nada y ayudaba a los dos asesinos a hacer desaparecer el cadáver? Después de pensarlo rápidamente, Cristos estuvo seguro. Le habían pedido ayuda con la intención de ir lejos y tirar por un precipicio cerca del Pueblo Grande el horrible paquete. Luego, volverían al Pueblo de los Fantasmas y fingirían ser honrados, trabajadores, buenos padres de familia y seguirían viviendo con el aprecio y el cariño de los aldeanos. Cristos permaneció inmóvil durante unos dos minutos junto a la abertura de la puerta. Todos sus pensamientos se mezclaron en su cabeza, se mareó. Sintió que se le cortaba la respiración. Con mucho cuidado y sin hacer ni el más mínimo ruido, dio un paso atrás, encagó la puerta para que pareciera cerrada y volvió a encontrarse en la oscura y helada calle, al lado de su carro, frente a la casa de los dos asesinos como los había empezado a llamar. Otro pensamiento se le vino a la cabeza: irse y esconderse durante un par de días para no sentir remordimientos por haber ayudado a encubrir un crimen. Pero, en cuanto decidió ponerse en marcha, la

puerta del taller se abrió y los dos hombres aparecieron. Llevaban, cada uno por un lado, un largo cajón de madera que para Cristos era un ataúd y lo sacaban fuera.

— ¡Vamos Cristos, ayúdanos a meter esto en el carro!
—dijo Jarílaos.

Cristos estaba quieto como una estatua y los miraba como un tonto.

— ¿Qué te pasa, Cristos? —dijo Alberto—. Cógelo rápido que es muy pesado.

Y Cristos permanecía inmóvil, no hablaba pero bruscamente cambió de actitud. Se acercó rápidamente y les echó una mano. Subió al carro para colocar mejor el cajón y se volvió de repente muy diligente y servicial. Suegro y yerno, contentos porque habían conseguido no golpear y no dañar por ningún lado la mercancía, le dijeron a Cristos que esperara dos minutos, entraron en la casa y salieron con Cristina y Elvira que les desearon un buen viaje y un buen regreso a casa.

Cristos, que a partir de ahora se mantuvo alerta, no pudo averiguar si las dos mujeres sabían lo del cadáver o por el contrario, no tenían ni idea. Le dio mucha alegría el hecho de haber actuado con sangre fría y diligencia al mostrar que los ayudaría con la carga porque pensaba que si hacía cualquier otra cosa, los dos hombres sospecharían de que sabía lo que tenían dentro del cajón y su vida correría pe-

ligo. Lo más probable sería que lo descargasen en la calle y él mismo diría que había sucedido un accidente. Así fingiría que no tenía ni idea y por lo menos no corría peligro pero siempre estaría alerta. Si se cruzaban en la calle con la guardia civil, les diría la verdad y así ni él estaría en peligro ni nadie más del Pueblo de los Fantasmas porque los asesinos estarían en la cárcel. El plan parecía admirable. Empezó el camino hacia el Pueblo Grande y ya había empezado a pensar en la vuelta al pueblo y en el recibimiento de los aldeanos. Les contaría el suceso y el papel que él había desempeñado y lo esperarían para honrarlo como a un héroe. La pequeña sonrisa que se le dibujó en la cara fue la cima de su loca alegría que había empezado a tomar dimensiones enormes en su cabeza.

Por otra parte, Jarílaos y Alberto, sentados en la parte trasera del carro, iban pensando en sus cosas.

— En cuanto lleguemos al Pueblo Grande —empezó Alberto—, iremos a buscar a Nikitas. Le explicaré que el asunto tiene que quedar completamente entre nosotros y veré qué puede hacer.

— Si está de acuerdo —dijo Jarílaos—, le daremos el paquete y que se encargue del resto. Así en el futuro, será nuestro colaborador permanente. Debes dejárle esto muy claro.

«¡Vaya!» pensó Cristos que no se había perdido ni una palabra de lo que decían los dos hombres detrás. «De modo

que hay un tercero en el asunto y en el Pueblo Grande..., parece que los asesinos tienen la intención de matar a más personas y de llevarlas al otro. Tengo que enterarme del motivo. ¡Ay Dios mío! ¿Qué nos espera a los desafortunados? ¡No es suficiente nuestra pobreza!».

Después de bastantes horas en el camino, por fin llegaron al Pueblo Grande. Aunque Cristos tenía en la cabeza la idea de entregar a los dos asesinos a la guardia civil, se armó de paciencia para averiguar quién era ese Nikitas que colaboraba con ellos, con la intención de entregar a los tres delincuentes juntos a la guardia civil. Si lo conseguía, si lograba su hazaña, sería perfecto y se convertiría en el héroe del pueblo. En cuanto llegaron a la plaza, Alberto le pidió a Cristos que parase en la cafetería, quería saber dónde estaba la casa de su amigo para ir a buscarlo. Cristos se ofreció a bajar para pedir la información que Alberto necesitaba.

— Quedaos sentados con vuestro... (casi dijo con vuestro cadáver) con vuestra mercancía y voy a preguntar. ¿Cómo se llama tu amigo?

— Nikitas Filaretu y es médico.

— ¿Médico? —dijo asombrado Jarílaos y en ese instante lo entendió todo y se rió— ¡Claro! ¡Médico! ¡Sí, por supuesto, médico! — recordó y siguió riéndose.

Jarílaos y Alberto se miraron y se rieron.

— Cristos cada vez está más raro —dijo Jarílaos.

— Antes era otra persona —dijo Alberto.

— ¿Qué le vamos a hacer? Los años pasan Alberto, pasan y la mente se consume...

Cristos fue corriendo hacia la cafetería y se dirigió directamente al camarero que lo conocía.

— Cristos ¿Cómo tú por aquí? Siéntate que te invito a un café.

— No, amigo mío, ahora no puedo, otro día. Ahora busco la casa de Nikitas Filaretu.

— ¿El médico? Está arriba de la plaza, en el tercer callejón a la izquierda, la primera esquina.

— ¿Conoces al médico?

— Por supuesto que lo conozco ¡Es un señor excelente!

— ¿Eso piensas?

— ¿Qué dices?

— Nada, nada. Digo que yo no lo conozco pero lo conoceré. Lo conoceré yo y tú y todo el mundo...

El camarero lo miraba extrañado.

— Aquí en el Pueblo Grande, todos lo conocen —dijo.

— Si bueno, lo conocen... —volvió a decir Cristos y se dio la vuelta para irse—, pero ahora lo van a conocer mejor...

En cuanto Alberto y Nikitas se encontraron, se dieron un fuerte abrazo.

— ¡Alberto! ¡Amigo mío! ¡Hace años que no te veo!

En un momento, los dos amigos se pusieron al día de sus vidas pero inmediatamente Alberto le explicó el motivo de su visita:

— Nuestra Vilma es un robot de última tecnología que habla y se comporta como una persona. Mi suegro es muy inteligente, un verdadero investigador, estudioso e inventor y se hará rico y famoso en América si no es descuidado y distraído. ¡Por ser distraído, hizo que el taller de la empresa donde trabajaba saliese por los aires mientras hacía un experimento! Lo condenaron y todavía lo persiguen pero se refugió en el Pueblo de los Fantasma donde sigue trabajando. Ha conseguido hacer milagros y uno de ellos es Vilma. Él hizo todo lo electrónico y yo lo artístico. Ahora te necesitamos como cirujano plástico que eres. Queremos que sustituyas la madera de la cara, de las manos y de las piernas por piel para que Vilma se convierta en una persona de verdad ¿Podrás hacerlo?

— Hoy en día la ciencia lo puede todo —dijo—. Trae a vuestra Vilma para que la vea.

Alberto corrió al carro muy contento.

— ¡Rápido! ¡A descargar! —dijo—. ¡Nikitas ha aceptado!

Jarílaos y Cristos bajaron con mucho cuidado el paquete y lo apoyaron en el marco de la puerta.

— ¿Queréis que os ayude a llevarlo dentro? —se ofreció Cristos.

— No estaría mal que nos echases una mano —dijo Jarílaos.

Así los tres subieron la mercancía al segundo piso mientras Nikitas les esperaba en la puerta.

Nada más entrar, Cristos se puso a mirar cuidadosamente todo lo de alrededor.

— ¡Cristos! —le dijo Alberto— ¿Dónde nos vemos luego?

— ¿Dónde me veréis? Sí, en... la plaza, allí, en la plaza... nos veremos —dijo Cristos mientras bajaba de dos en dos los escalones.

Nikitas no podía creer lo que estaban viendo sus ojos cuando vio a Vilma. La chica lo saludó de una manera muy graciosa, le preguntó cómo estaba, si le gustaba el invierno o prefería la primavera...

— Es difícil —dijo y volvió a decir—, es difícil pero no imposible. Sé que es un robot pero se comporta como una persona.

Los dos creadores estaban orgullosos por su logro.

— Ahora depende de ti —dijo Alberto— que llegue a ser una persona de verdad.

— Haré todo lo que pueda; pero os digo que esta obra maestra debe conocerla todo el mundo —dijo el médico.

Nikitas se acercó con paso rápido a un armario con espejo. Lo abrió y empezó a sacar de allí diferentes materiales y a colocarlos encima de una estantería que estaba cerca de una cama cubierta con papel grueso y blanco. Allí acostaron a Vilma.

— Empezaré primero por las piernas —dijo Nikitas— y veremos el resultado, continuaré y la cara la dejaré para el final. Mientras tanto, podéis hacer otras cosas. Para las

piernas necesitaré por lo menos una hora. Es una pena que esperéis aquí dentro.

Jarílaos estuvo de acuerdo con Alberto en ir al mercado para comprar algunos materiales que necesitaban. Después, volverían a la casa de Nikitas para ver cómo habían quedado las piernas de Vilma y decidir si continuaría el resto con el mismo procedimiento.

Yerno y suegro salieron entusiasmados de la casa del médico.

— Si Nikitas lo consigue, no habrá ya ningún problema —dijo Jarílaos.

— Nikitas está seguro de que lo va a conseguir —afirmó Alberto—. Y nosotros ya veremos lo que hacemos con los chips, la batería y los movimientos independientes que queremos darle.

— Alberto, hijo mío, no te preocupes. Ya lo he pensado. Por eso iremos al mercado. Me hacen falta algunas cosas. Nuestra Vilma será en poco tiempo una señorita casi real.

Hablando llegaron al mercado y entraron en una tienda que vendían artículos eléctricos y electrónicos. Era una tienda grande que abastecía a todos los pueblos de la región y para ello estaban equipados con los artículos y las maquinarias más modernas. Jarílaos estaba en su salsa. Buscó aquí, miró allí, eligió algo de más abajo e iba y venía de un mostrador a otro con los ojos de par en par y la cesta de la compra llena.

Cada poco añadía algo más a su compra y decía:

— ¡Alberto, mira allí! Esto también es necesario, es el chip de movimientos. Sabes dónde vamos a utilizarlo ¿no?

La hora pasó y los dos hombres no se habían dado cuenta. En ese momento, Alberto miró el reloj.

— Creo que tenemos que volver —dijo el yerno y lo cogió del brazo para llevarlo a la caja.

— ¿Ya? ¿Ahora? —protestó como un niño pequeño—. ¡Todavía no lo he visto todo!

— Sí pero Vilma nos espera... —susurró el yerno.

— ¡Vilma! ¡Ah! Sí... Vilma...¡Entonces vamos, no perdamos tiempo!

Pagaron y con paso rápido e impaciente salieron para ir a la casa del médico.

El médico estaba muy concentrado en el trabajo que había empezado. Cubrió las piernas de Vilma con una especie de gasa compacta, se la pegó y la untó con una sustancia blanca. Después empezó a hacer algún trabajo y cada poco echaba un vistazo para ver el resultado. Había pasado casi media hora y el médico miró satisfecho las piernas de Vilma, que ya no parecían de madera sino de piel blanca de verdad, completamente blanca. Preparó un gran tazón con pintura en color carne y empezó a pintar. En el momento que terminó de pintar el último dedo del segundo pie, llamaron a la puerta. Nikitas sonrió.

«Sí que os habéis dado prisa» pensó y continuó hacia la puerta:

— Vilma es una muñeca, vamos a verla... y abrió la puerta. Pero en lugar de ver a sus dos amigos, se encontró con dos guardias civiles que le apuntaban con pistolas, mientras un tercero con la orden de un cuarto con mayor rango, le ponía unas esposas.

Nikitas se quedó perplejo cuando los dos guardias civiles lo empujaron contra una silla que encontraron cerca de ellos y lo ataron allí, y todavía más, cuando apareció el guardia civil de más rango que era su conocido comandante.

— Bien, Nikitas —empezó el comandante con una voz severa—, nunca me lo hubiera esperado de ti. He escuchado que un médico de nuestra región vende en el mercado negro órganos humanos de los que se acaban de morir. Pero creía que eran otros. ¡Mira cómo se puede equivocar el hombre! Por ti, ponía la mano en el fuego.

— ¿Pero qué dices? —dijo asustado el médico—. ¿Que yo vendo órganos? ¿Te has vuelto loco, Karakostas? No tengo ni idea de lo que estás hablando. Ha tenido que ser un malentendido, estoy seguro.

El comandante se rió de manera irónica.

— ¿Qué no tienes nada que ver con esto, granuja? Fingías ser mi amigo y te estás burlando de mí. Ahora lo comprendo todo. Date cuenta de que ahora ya te he pillado y no

te vas a poder escapar. ¡Dime inmediatamente dónde se esconden tus colaboradores!

— ¿Mis colaboradores? ¿Qué estás diciendo, Karakostas? ¿Quién colabora conmigo? No colaboro con nadie.

— Nikitas —dijo con tono amenazante el comandante—, ¿acaso quieres que te rompa la cara para que confieses? ¡No juegues conmigo porque sabes que soy muy serio en mi trabajo!

— Te digo que yo no... —dijo el médico pero recibió un fuerte puñetazo en el estómago de uno de los guardias civiles.

En aquel momento llamaron a la puerta otra vez. Nikitas respiraba con dificultad. El tercer guardia civil, el que le había dado el puñetazo al médico, abrió la puerta con una pistola en la mano.

Jarílaos y Alberto permanecieron con la boca abierta. Hasta que se recuperaron de la sorpresa, los dos guardias civiles los habían esposado y los bajaban a los tres a empujones. Los metieron dentro de un coche de policía que esperaba en la calle. En vano gritaban, pedían explicaciones y preguntaban para saber el motivo por el que se los llevaban. Los guardias civiles los amenazaban enfurecidos y los llevaban esposados como si fueran vulgares delincuentes.

Lo único que les dijeron, en cuanto llegaron a la cárcel era que tenían derecho a no hablar sin presencia de su

abogado. Los hombres pasaron una noche terrible en celdas separadas: no podían comunicarse y no tenían ni idea del motivo por el que se les culpaba. Ninguno de dos habitantes del Pueblo de los Fantasmas conocía a un abogado.

Por un momento un pensamiento pasó por la cabeza de Jarílaos: ¿lo habrían detenido por lo que había pasado en América? Habían pasado muchos años desde entonces y era imposible que fuese por ese motivo. ¿Por qué lo habían detenido junto con Alberto y el médico?

Seguro que se quedarían toda la vida en la cárcel si Nikitas no contactaba con un abogado.

Dos días y medio después, salían de la cárcel acompañados por el mismo comandante, que no sabía qué decir a Nikitas y a los otros dos ciudadanos honrados, ni qué hacer para justificar su comportamiento. El pensamiento de los tres fue el mismo: dar un fuerte puñetazo en la boca a Cristos que, sin compasión, confundido por sus propias fantasías, había denunciado a la guardia civil un asesinato y el transporte de un cadáver al médico.

Pero algo así no podía pasar porque Cristos, cuando se enteró de la metedura de pata, desapareció. Los tres inocentes habían pedido que no diesen detalles de Vil-

ma y afortunadamente, nadie lo hizo. Si preguntaban en alguna parte por Cristos, nadie lo había visto. Así, Jarílaos, Alberto y Nikitas dejaron de perseguirlo. Lo único que les preocupaba ahora era terminar la piel de Vilma y encontrar una manera de volver al taller, al Pueblo de los Fantasma.



Horas de interminable agonía

El médico, Jarílaos y Alberto caminaban a paso rápido hacia la casa de Nikitas. El suegro y el yerno habían decidido quedarse allí hasta que su amigo terminase su trabajo y después buscar algún medio de transporte para volver a su pueblo. Desgraciadamente, nada de lo que pensaban se cumplía porque las desgracias continuaban. Entraron en la casa, en la consulta de Nikitas y se quedaron boquiabiertos y con los ojos de par en par. La cama junto al armario del espejo estaba vacía y el grueso y blanco papel donde había estado tumbada Vilma estaba sucio y arrugado, como si alguien se hubiese limpiado con él.

Entonces una voz salió de las tres bocas a la vez:

— ¡Vilma! ¿Dónde está Vilma?

Los tres empezaron inmediatamente a buscarla como locos. Salían y entraban de las habitaciones; miraban debajo de la cama donde dormía Nikitas, buscaban en el almacén de la cocina, en el baño... pero Vilma no estaba en ninguna parte.

Desesperados se dejaron caer en los sillones. ¿Y ahora? ¿Qué podían hacer ahora? Jarílaos estaba asustado, casi no podía respirar. Alberto, que no estaba en una situación mucho mejor, intentó buscar una solución.

— No os preocupéis, la encontraremos pronto. No puede haber desaparecido —dijo y lo repitió.

De repente Nikitas tuvo una idea:

— A lo mejor la cogieron los guardias civiles y la tienen en comisaría.

— ¿A Vilma? —preguntó Jarílaos— ¿Qué quieren hacer con ella?

— ¿Dices que han arrestado a un robot? —bromeó Alberto. Nikitas se levantó.

— De todos modos llamaré al comandante por si la hubieran visto. Aunque si no se la han llevado ellos, deben buscarla porque todo lo que pasó es culpa suya. Nos crearon muchos problemas y encima ¿perderemos ahora a nuestra Vilma?

— Bien dicho —estuvo de acuerdo Jarílaos—. Queremos a nuestra Vilma aquí y no nos importa ninguna otra cosa.

Nikitas telefoneó al comandante pero las noticias no fueron buenas.

— ¿Traerla aquí? —dijo—. No, eso no ha sucedido. Sólo os trajimos a los tres con nosotros.

— ¿Pero entonces cómo ha desaparecido Vilma de mi casa? —volvió a preguntar Nikitas.

— No tengo ni idea —respondió el comandante—. De todos modos no estamos involucrados en esto.

— Lo pasado, pasado está —insistió Nikitas—. Al menos ayúdanos, Karakostas, a encontrarla.

El comandante se quedó callado y enseguida se comprometió a enviar dos guardias civiles para que la buscaran por el pueblo.

— No se preocupen, les aseguro que en una hora la habremos encontrado.

— Pero... —dijo Nikitas— puede que alguien se la haya llevado a su casa o la tenga escondida para llevársela a otro sitio más tarde ¿Qué hacemos ahora?

— Nikitas, te digo que haré todo lo que esté en mis manos.

El médico colgó el teléfono pero las esperanzas de encontrar a Vilma no eran muchas.

— No puedo saber quién entró en mi casa y se la llevó —dijo Nikitas—. Nadie la conocerá y nadie la ha visto.

— Piensa quién pudo haberlo hecho —dijo Alberto— y le diremos a los guardias civiles dónde tienen que ir para encontrarla.

En aquel momento Jarílaos se paró en medio de la habitación y se golpeó la frente con la mano:

— ¿Cómo no le he pensado antes? ¡Vilma no ha sido rap-
tada —dijo—, Vilma puede hacer cosas por sí sola, sólo
hay que darle la orden apropiada!

Alberto lo miró perplejo.

— ¿Quién pudo haberlo hecho? Todos habíamos salido
con la policía.

— No sé... no sé... digo... —dijo otra vez Jarílaos.

Entonces Nikitas tuvo una idea:

— Volveré a llamar al comandante —dijo—. Quiero pre-
guntarle algo.

Lo llamó pero el comandante no estaba allí porque ha-
bía salido por un asunto serio, como le dijeron. Así, los
tres hombres siguieron yendo y viniendo, desesperados sin
ningún resultado.

Habían pasado dos horas desde su regreso, cuando el
teléfono sonó. Era el comandante.

— Mis hombres han rastreado todo el pueblo pero no
han encontrado vuestro robot —dijo—. Yo mismo he
supervisado la investigación pero no la hemos encontra-
do por ahora. Seguiremos buscando y os volveré a llamar
cuando tenga noticias.

— Una cosa, Karakostas —le paró Nikitas—, quizás
puedas averiguar cuál de tus compañeros fue el último en
marcharse de mi apartamento cuando nos arrestasteis.

— Puedo buscarlo —respondió el comandante— pero

¿de qué te serviría eso? Es imposible que un compañero mío se la haya llevado.

— Lo sé, lo sé —consiguió responder el médico—, simplemente quiero preguntarle una cosa.

— Si es necesario, lo buscaré y lo encontraré.

— Sí que es necesario.

— Entonces cuelga y dentro de un rato hablamos.

Nikitas colgó el teléfono y los otros, sin comprender por qué quería hablar con el último en marcharse de su casa, lo miraron con esperanza.

— ¿Estás pensando en algo? —preguntó Alberto.

— Sí, vamos a ver, quizás encontremos la punta del ovillo... —dijo el médico.

— Encontrar a Vilma es muy difícil o casi imposible —dijo Jarílaos y continuó yendo de un lado a otro de la habitación.

Había pasado casi otra hora y había anochecido, cuando sonó el teléfono.

— ¿Nikitas? ¿Eres tú? Yo soy Karakostas. Dsafiris es el mejor guardia civil de mi comisaría. Cerró la puerta y asegura que cuando salió, el robot está tumbado en la camilla que dijiste. Te lo pongo para que hables con él —dijo el comandante y le paso el teléfono a Dsafiris.

— Sí, señor médico, yo cerré la puerta. La chica estaba en la camilla de la habitación. Estoy seguro que bromeando le hablé. ¡Era tan real y tan bonita!

— ¿Qué le dijiste? —habló Nikitas a voces y apretó el teléfono—. ¿Qué le dijiste?

Dsafiris se rió.

— ¿Que qué le dije? —dijo como si encontrase la pregunta divertida—. Le dije: ahora, flor mía que estas aquí sola, levántate, vístete, ve a dar un paseo y diviértete. Ve a la montaña y recoge flores.

Dsafiris no pudo terminar de darles sus motivos cuando Nikitas ya había dejado bruscamente el auricular encima del aparato y gritaba:

— ¡A la montaña! ¡Le dije que fuese a la montaña a recoger flores! ¡Coged la linterna, el farol y vamos a la calle!

Cogieron todo lo que Nikitas les dijo y siguieron al médico que había tomado una calle en cuesta de detrás de su casa.

— Afortunadamente la montaña empieza un poco más arriba —les dijo— pero creo que es difícil que la encontremos esta noche.

— Haremos todo lo posible y a las malas nos sentaremos en cualquier sitio y esperaremos a que amanezca —dijo Alberto.

Anduvieron bastante y pasaron la última casa del Pueblo Grande, empezaban a alejarse, alumbraban algunos arbus-tos con la linterna y el farol.

— Allí empieza la montaña —dijo Nikitas a Jarílaos—. Alberto y yo la conocemos muy bien porque cuando éra-

mos jóvenes escalábamos la ladera para recoger setas y zarzamora.

Poco a poco llegaron a los primeros árboles. Iluminando lo mejor que podían, empezaron a rastrear la zona.

No era una tarea fácil porque los árboles y los arbustos eran bastante densos y las sombras los engañaban y ninguno de los tres tenía otra cosa en la cabeza que no fuese Vilma. Todos creían que la encontrarían.

Buscaban, buscaban y buscaban tanto que se metieron profundamente en el bosque. Hasta que Jarílaos afirmó:

— Yo me sentaría aquí arriba y esperaría a que amaneciese. No puedo más.

— Sentémonos —dijo Alberto dándole la razón—, porque no podemos hacer nada hasta que amanezca.

Los tres se sentaron sobre la raíz de un árbol, estaban cansados y agotados y el sueño no tardó en llegar.

El primero en abrir los ojos fue Jarílaos. Ya había amanecido. Se levantó y dio dos o tres pasos para estirar las piernas. De repente, arriba, muy cerca de sus pies, vio tiradas algunas rosas. Se agachó para recogerlas. Estaban frescas. Entonces se le vino a la cabeza la orden que le había dado Dsafiris a Vilma: le dijo que fuese a la montaña a recoger flores.

—¡Alberto! ¡Nikitas! ¡Despertad! ¡Vilma está por aquí!
Los dos se levantaron enseguida.

—¿Dónde está? ¿Dónde la has visto? ¿Qué dices?

Jarílaos no respondió sino que les enseñó las flores.

— Hizo lo que le dijo el guardia civil —dijo Nikitas entusiasmado.

— Vilma ha estado por aquí —añadió Alberto contentísimo—. Seguro que ahora la encontramos.

En cuanto Jarílaos encontró las flores, se puso de buen humor. Permaneció de pie en un pequeño claro y gritó fuerte:

— ¡Vilma, deja de recoger flores! ¡Ven hacia la cima de la montaña a encontrarme!

Los tres permanecieron en silencio y esperaron el resultado, que no tardó en llegar. Escucharon un crujido de la madera seca y pasos cerca de ellos. Primero Jarílaos y después Alberto y Nikitas, olvidándose de que Vilma no era nada más que un robot, la abrazaron y la besaron con emoción y cariño, como lo harían a su hijo si hubiese desaparecido en una noche oscura.

Aquel día Nikitas trabajó en la piel de Vilma. Cuando llegó la tarde, Vilma era ya una muchacha real. Sus mejillas eran tan suaves y tiernas que parecía que tocabas pétalos de rosas recién cortadas, la frente era como la seda, mientras que las manos y las piernas eran la envidia de las estrellas más famosas de Hollywood.

El suegro, el yerno y el médico la admiraban, no podían creer lo que estaban viendo. Llegó la hora de irse pero Nikitas no quería saber nada de eso.

— ¡Una parte de Vilma es mía! —dijo—. Quiero verla a menudo.

Pero Jarílaos y Alberto insistieron en que tenían que trabajar y así, cuando encontraron la manera de volver al pueblo, se despidieron del médico, a pesar de que éste no estuviera de acuerdo en que se fueran, y salieron para el Pueblo de los Fantasma.

Detrás de ellos, Nikitas movió el pañuelo como símbolo de despedida hasta que el carro giró cerca de la montaña y desaparecieron al final de la calle.



Donde el señor Anestis juega un papel importante

Elvira, Cristina y Estelios los recibieron con mucha alegría. Ninguno de los tres se cansaba de mirar a Vilma. ¡La encontraron estupenda! En el Pueblo Grande le habían comprado ropa nueva y unos zapatos de tacón alto. Parecía que no la habían fabricado de madera. Ahora era una muchacha preciosa.

El que estaba más emocionado era Estelios.

— ¿Vas a jugar conmigo, Vilma? —le preguntó y su asombro aumentó cuando escuchó la respuesta.

— Más tarde, porque ahora estoy cansada.

Jarílaos se rió bajo su bigote, cuando vio que los otros se quedaron con la boca abierta, sobre todo Alberto.

— Papá, ¿ya has utilizado el material nuevo que compramos para Vilma? —dijo sorprendido.

— Algo he hecho, Alberto. Nuestra Vilma pasará en un rato al taller, se quitará la ropa y se acostará en el banco de trabajo. Entonces, podré trabajar y hacer todos los cambios que Vilma necesite.

No le dio tiempo a terminar y ya Vilma se había levantado y se dirigía hacia la puerta.

— No, no por aquí, Vilma —dijo Jarílaos—, el taller está a tu derecha.

Entonces la chica giró a la derecha y en cuanto estuvo cerca de la puerta del taller, la abrió y entró. Estelios corrió detrás de ella.

— ¿Dónde vas, Estelios?

— Voy a ver si se quita la ropa y se acuesta —respondió el niño.

Vilma se quitó la ropa nueva, la dejó encima de una silla y se acostó en el banco. ¡Estelios se quedó desconcertado! ¡No creía lo que veían sus ojos!

— ¡Papi! —gritó— ¡Ya no es falsa! ¡Es de verdad! ¿Puedes decirle que me cuente un cuento?

Jarílaos se rió y le acarició la cabeza.

— Por supuesto que te contará un cuento —dijo—. Buena idea, ¿no, Alberto?

— ¿Cuál es esa buena idea, papá? ¿Qué Vilma cuente cuentos?

— Esto y no sólo esto —la conversación con Estelios le

hizo pensar en algo más. Hablaremos más tarde, cuando estemos trabajando en el taller.

Había pasado bastante tiempo. Los dos hombres seguían trabajando encerrados en el taller. Cuando Vilma salía del taller, se convertía en la compañera permanente de Estelios. El niño, de vez en cuando, la ponía a jugar con la pelota o al escondite. Otras veces se sentaban en el patio, Vilma le contaba cuentos y le gastaba bromas tan divertidas que Estelios no dejaba de reírse. El pequeño decía que había encontrado a la mejor compañera; muchas veces su madre y su abuela lo oían charlar con ella cuando le preguntaba su opinión sobre diferentes temas que le preocupaban.

— ¡Hay que ver —decía Cristina a Elvira— cómo son los niños! Estelios sabe que Vilma es un robot y sin embargo, quiere creer que tiene al lado a un amigo de verdad.

Jarílaos y Alberto trabajaban todos los días para terminar los objetos de madera que venderían en la feria del Pueblo Grande que se iba acercando. Habían perdido mucho tiempo por dedicarse al caballo y a Vilma y ahora tenían que esforzarse en fabricar tan rápido como podían porque cuanto más vendieran, más dinero ganarían para pasar el año entero.

Eran buenos artesanos y tenían buenas ideas. Por este motivo, los comerciantes del Pueblo Grande siempre les compraban para sus tiendas aquellos objetos de madera que no habían vendido durante la feria. Sin

embargo, este año no iba a quedar nada para los comerciantes porque lo que habían fabricado no llegaba para todos los días de la feria, que duraba casi una semana.

— Alberto, tenemos que hacer algo —dijo una mañana Jarílaos a su yerno—. Trabajamos mucho pero no tenemos tiempo para fabricar tantos objetos como en años anteriores y sabes que nuestra economía no va muy bien.

— Lo sé —dijo Alberto—. Pero ¿qué hacemos? ¿Y si llevamos el caballo a la feria y conseguimos un buen precio por el que venderlo?

— El caballo lo llevaremos de todas maneras —le respondió el suegro—. Lo venderemos y ahora que tenemos bastante experiencia, no tardaremos mucho tiempo en construir otro nuevo.

— Sí, bien, pero no tenemos mucha mercancía...

— El vendedor ambulante vendrá estos días y él sabe de precios y tiene buenas ideas. Lo llamaremos y hablaremos de nuestro problema. Lo conocemos desde hace tanto tiempo que ya es un amigo.

No había pasado una semana, cuando un día el señor Anestis, el vendedor ambulante, llamó a la puerta de la casa. Jarílaos y Alberto trabajaban en el taller y Estelios fue, junto con su madre y su abuela, a recoger verduras para hacer empanadas.

En cuanto escuchó el golpe en la puerta, Jarílaos miró por la ventana, vio que era Anestis y ordenó a Vilma que abriera la puerta.

— Buenos días —dijo la chica sonriendo mientras abría la puerta—. ¿Qué quiere?

El señor Anestis creía que se había equivocado. ¿Quién era esa joven tan amable? Había ido otras veces a esa casa y nunca la había visto.

— Quisiera... quiero...Jarílaos... —dijo de manera indecisa.

— Pase dentro y lo llamo —contestó la joven.

Cuando el señor Anestis entró se sentó en la primera silla que encontró cerca de él. Vilma fue al taller, abrió la puerta y entró. Inmediatamente después salieron Jarílaos y Alberto y detrás de ellos otra vez Vilma.

— Bienvenido —dijo Jarílaos—. Te esperábamos. Siéntate a descansar. Hija mía, trae al señor Anestis agua fresca y el dulce de cerezas con sirope en un plato pequeño y una cucharita.

En cuanto Vilma se fue, el señor Anestis encontró la oportunidad para hacer la pregunta que lo torturaba desde el momento en que llegó.

— ¿Quién es esta muchacha tan guapa, Jarílaos? Nunca la había visto aquí antes.

— Es Vilma, nuestra hija —respondió riéndose Jarílaos.

— ¿Tu propia hija? No la conocía —lo miró extrañado el vendedor.

— Sí, mi hija y la de Alberto —le respondió Jarílaos con un tono misterioso.

Mientras tanto, Vilma trajo en una bandeja un vaso de agua y el dulce de cerezas servido en un plato hondo de sopa.

— ¡Toma!—dijo y lo dejó al lado de Anestis que estaba desconcertado.

Alberto y Jarílaos se rieron a carcajadas.

— Esto no estaba previsto —dijo primero Alberto riéndose todavía.

— No pasa nada, no se preocupe, una orden y un chip y todo irá bien —respondió Jarílaos—. Necesita bastantes pruebas todavía para que no se nos escape ningún detalle más y... —volviendo a Anestis dijo—: Así es nuestra Vilma, le encantan las bromas.

El pobre Anestis no entendía nada. Sólo miraba como un tonto a uno y a otro. Mientras, Vilma se había sentado en una silla y parecía estar absorta en sus pensamientos.

— Bueno, Anestis —dijo Jarílaos—, hablemos que para eso has venido. Tenemos que decirte que este año no tenemos mucho material para la feria porque Alberto y yo estábamos fabricando un asombroso caballo...

— ¡Ah! Sí, quería preguntarte porque he visto uno en el patio. ¿Cuándo lo has comprado?

— ¿Qué dices, Anestis? ¿Lo quieres? —preguntó Alberto cuando vio que el hombre no había comprendido que el caballo no era real—. Vamos a verlo de cerca.

Anestis fue, lo vio y se montó en el caballo. Jarílaos, cuando había salido al patio, le puso la batería y le dio la orden:

— Castanulis, ve con Anestis hasta la esquina y vuelve a tu sitio.

Y el caballo hizo lo que le dijo Jarílaos. Anestis se entusiasmó y no se dio cuenta de que el caballo que montaba era un robot de última tecnología.

— Y ahora dime, amigote, ¿a cuánto lo vendes?

— ¿Te gusta? —dijo Alberto mostrando interés.

— Por supuesto que me gusta, si el precio es bueno...

Entonces el yerno y el suegro le explicaron todo al vendedor que estaba atónito: por qué no habían tenido tiempo de fabricar objetos para la feria, cómo se les ocurrió la idea de crear al caballo y de fabricar ellos mismos a Vilma que no era real.

De repente, el señor Anestis perdió el habla. Lo que estaba escuchando iba más allá de cualquier fantasía.

— ¡Es imposible! —repetía una y otra vez sin recuperarse—. ¡Increíble! ¡El caballo y la chica son robots! ¡Nunca se había oído algo así hasta ahora!

Le costó una hora entenderlo. Cuando empezó a volver en sí dijo:

— Entonces, ¿no habéis fabricado suficiente para vender en la feria? ¡Esto que habéis fabricado cuesta cien veces más! Amigos míos, os haréis ricos, muy ricos. Os lo digo yo. Y lo divulgaré por la feria de este año y todos irán a ver algo que hasta ahora no han visto: ¡algo imposible e increíble!

El señor Anestis se había entusiasmado. Jarílaos y Alberto intentaron convencerlo de que tenía que guardar el secreto, es decir, no tenía que decir que el caballo y Vilma eran robots.

— Anestis, ya veremos qué vamos a decir de Vilma y del caballo —le dijeron—. Tenemos muchas ideas. Lo único que queremos es que nos digas, como siempre nos dices, algo novedoso para esta feria, algo que no se haya visto hasta ahora. Lo fabricaremos.

El señor Anestis se comprometió y lo hizo. En la feria del Pueblo Grande nunca se había reunido tanta gente como ese año, y por supuesto, también fueron personas de otras regiones, más lejanas y más grandes.



En la feria

Los días pasaron uno tras otro. Jarílaos y Alberto pasaban día y noche en el taller. Su obra maestra, Vilma, era la criatura más perfecta que podían haber fabricado las manos de un hombre. Su cuerpo estaba relleno de baterías y cables pero su ropa, tan bonita, no dejaba ver nada de eso. El exterior era una chica bonita, dulce y sonriente. Sabía enfadarse y discutir cuando le regañaban, era educada y amable con todos, jugaba con los niños, les contaba cuentos y sabía cocinar diez platos de comida diferentes. En la vida real es difícil encontrarse con muchachas como ella.

Cuando los días de la feria llegaron, toda la familia se preparó como cada año para ir al Pueblo Grande. Esos días el Pueblo de los Fantasmas se quedaba vacío. Todos los habi-

tantes llevaban junto con su familia todas sus pertenencias a un lugar cercano a la feria para poder quedarse allí todo el día y poder descansar por las tardes. Las mujeres y los niños ayudaban a los hombres a transportar y a vender la mercancía.

Aquella mañana, que había amanecido más oscura que de costumbre, el señor Anestis llegó con su carro para llevar a la feria a las dos familias, a Vilma, a Castanulis y los objetos que los dos artesanos habían fabricado. Así todos juntos se apretujaron en el carro de Anestis y, sin perder más tiempo iniciaron el camino hacia el Pueblo Grande. Allí los esperaba Nikitas, que los acogería en su casa.

¡Empezó el ajetreo de la feria! Los puestos estaban llenos de todo tipo de artículos amontonados unos encima de otros: estatuillas, barcos, hombres, morteros, cucharas, y todo aquello que se pudiese fabricar con madera. Además, también podían verse telas de muchos colores, camisas, faldas, chaquetas, lencería, calcetines, zapatos, pantuflas... En algunos rincones se encontraban apilados los utensilios de menaje: platos, tazas, ollas, sartenes, cuchillos... De vez en cuando, podían encontrarse puestos repletos de juguetes defectuosos: muñecas —si es que a eso se le podía llamar muñeca—, pelotas, pulseras y collares para las niñas. Por algunas zonas de la feria, el aire olía a la típica empanada dulce de carne que los visitantes saboreaban de la mañana a la noche. Los vendedores

también se divertían mucho porque gracias a esta feria, salían de la monotonía de la vida cotidiana.

Jarílaos y Alberto habían alquilado para este año un puesto pequeño pero tenían mucho espacio alrededor. Sobre este pequeño puesto, las mujeres y Estelios colocaron trozos de madera que habían traído y los hombres colocaron al lado a Castanulis que orgulloso movía la cola y cada poco tiempo relinchaba. Vilma permanecía junto al puesto, daba la bienvenida a los visitantes y promocionaba sus productos.

— ¡Pasen y vean, amigos! ¡Vengan a ver bandejas de madera, preciosas estatuas y barcos! ¡Vengan y conozcan el caballo más inteligente que hayan visto jamás! ¡Castanulis les está esperando! —gritaba Vilma.

Muchos visitantes se paraban, no tanto para comprar, porque primero querían pasear por toda la feria, sino para echar un vistazo y comprobar si aquel caballo tan bonito, vivo y altanero tenía realmente una inteligencia excepcional. Todos lo veían y movían la cabeza para mostrar que estaban de acuerdo pero ninguno sospechaba que Castanulis fuera un robot.

Ya habían pasado los tres primeros días de la feria cuando por la tarde empezó un extraño revuelo entre los puestos. Se escuchaban algunos gritos, algunos susurros, los hombres se apartaban y abrían camino como si estuviera pasando alguna cara importante.

Jarílaos y Alberto preguntaron a su vecino qué sucedía. Éste les dijo que venía a visitar la feria el alcalde de Kefalajori, un terrateniente muy rico que era el dueño de medio pueblo.

Ninguno de los dos hombres lo conocían personalmente pero habían oído que era un buen hombre pero un padre de familia desafortunado. Decían que tenía una mujer extraordinaria que había muerto hace seis años durante el parto de sus gemelas. Desde entonces, el pobre hombre sólo luchaba para criar a sus tres hijos: el niño, era tres años mayor que las gemelas que eran dos muñequitas, como decían en Kefalajori.

El alcalde, con sus tres hijos, pasaba por el medio del pasillo de la feria, se paraban aquí y allí y compraban varios objetos de madera. Todos los que lo conocían decían que hacía esto porque quería ayudar a todos los pobres vendedores de los pueblos.

En ese momento, el niño oyó la voz de Vilma que hablaba sobre Castanulis.

— ¡Papá, por favor, vamos a ver ese caballo tan inteligente! ¡Venga! ¡Vamos! ¡Sabes cuanto deseamos que nos compres un caballito! —le dijo.

— ¡Sí, papá, sí! —se escucharon las vocecitas de Aretí y Garifaliá—. Bien dicho Nicolás, querremos un caballo.

El señor Panayotacos movió la cabeza.

— No tengáis prisa, iremos. Iremos pero sólo para ver el caballito, no lo compraremos todavía.

— ¿Pero si es como el que queremos —volvió a decir Nicolás— nos lo llevaremos?

— Ya veremos... ya veremos... —dijo el alcalde y se quedó quieto junto a un puesto con juguetes—. Pienso que deberíamos olvidarnos del caballito —añadió— y os compraré de aquí lo que queráis. ¿Qué quieres, Nicolás, una pelota de colores? ¿Y vosotras, pequeñas, qué muñequita queréis?

Los tres niños los rechazaron; juguetes tenían muchos. Ahora querían un caballo. Ya tenían la ilusión y su padre lo haría realidad si no le diese miedo de que les ocurriera un accidente. Viendo lo insistente que eran los niños, ¿qué podía hacer el pobre hombre? Se vio obligado a continuar andando hacia donde provenía la voz.

Vilma, siempre detrás del puesto, pregonaba la mercancía. En cuanto Jarílaos vio a pocos pasos de su puesto a un hombre alto y bastante joven con tres niños que se acercaba hacia él, comprendió quién era. Por este motivo, cambió todo lo que repetía Vilma y le ordenó que se moviese y hablase independientemente, algo, que por fin había conseguido con los nuevos chips. En cuanto el alcalde se acercó al puesto, Vilma empezó a hablar con ellos de una manera muy dulce.

— ¿Qué habéis dicho que queréis? ¿Un caballito? Os enseñaremos a Castanulis. Es inteligente. Papá, enseña nuestro caballito al niño.

Jarílaos ayudó a Nicolás a que se montase en Castanulis.

— ¡Nosotras también queremos subir al caballo! —dijeron Aretí y Garifaliá.

— Dejad un poco a vuestro hermano —dijo Alberto— y más tarde podréis subir vosotras. ¿Y tú, Vilma, no quieres contarles un cuento mientras tanto?

— Con mucho gusto —dijo Vilma—. Vamos al interior del puesto y os contaré el cuento del “Hada y el ruiseñor”. ¿Queréis?

En cuanto oyeron el título del cuento, las dos pequeñas aceptaron la propuesta y corrieron detrás de Vilma. Una vez dentro, se sentaron frente a Vilma y ésta empezó, con una dulce voz, a contar el cuento.

Las gemelas la escuchaban hechizadas. Nicolás conoció a Estelios y no pararon de subir y bajar de Castanulis, que todo el rato movía la cola y relinchaba. En aquel momento, Nicolás fue junto a su padre que estaba muy contento de ver a sus hijos tan felices.

— Papá, ¿qué opinas? ¿Podemos comprar a Castanulis? Parece tranquilo y un buen caballito... ¡Vamos, papá, cómpralo y te prometo que seré el mejor alumno de la clase! ¡Venga, papá...!

El pequeño agarró a su padre por la punta de la chaqueta y le tiró hacia donde estaban Jarílaos y Alberto. El alcalde, riéndose constantemente, se les acercó.

— Hijo mío, te vas a volver loco con el caballo; vamos a preguntar qué podemos hacer.

Jarílaos se acercó al alcalde y se aproximó a su oreja para decirle algo. El señor Panayotacos, el alcalde, dijo a sus hijos:

— Voy con este señor a tomar un café y un poco de agua fresca. Ahora vuelvo. Vosotros quedaos aquí hasta que yo vuelva.

A los niños les pareció fantástico. Nicolás y Estelios continuaban jugando con Castanulis. En cuanto Vilma acabó de contar el cuento del “Hada y el ruiseñor”, las dos pequeñas querían otro. Eran tales las súplicas, que Vilma se vio obligada a empezar otro cuento.

— Ahora os contaré otro cuento —dijo—. Se llama: “El hada y el pequeño y valiente Andreas”. Es un cuento muy muy bonito. ¿Queréis escucharlo?

— ¡Sí, sí! —gritaron las niñas.

Así Vilma empezó de nuevo a contarles, con su dulce voz, el cuento. Mientras tanto, los clientes se acercaban al puesto, algunos sólo para mirar y otros para comprar artículos para sus casas. Alberto parecía estar contento. Había pasado casi media hora cuando el alcalde y Jarílaos regresaron. Estaban contentos y se miraban de manera cómplice, como si hubiesen acordado algo en privado.

En cuanto Nicolás vio a su padre, se bajó inmediatamente del caballo y corrió hacia él.

— ¿Entonces? —le preguntó—. ¿Nos llevamos el caballito? ¿Lo habéis decidido?

El alcalde movió la cabeza.

— ¿Cómo no nos lo íbamos a llevar con lo que te gusta? —le respondió su padre—. ¡Por supuesto que nos lo llevamos!

Nicolás se lanzó contentísimo a abrazar y besar a su padre. Estelios fue con Alberto y le dijo bastante preocupado:

— No creía que el abuelo dijese en serio que vendería a Castanulis. ¿Es una broma, papá? Creo que lo dijo para no enfadar a Nicolás.

— Tú, Estelios, no digas nada y no te preocupes —le dijo su padre—. Te lo explicaré después.

— Bueno... —murmuró Estelios—. Me suponía que era un truco.

Alberto dejó allí la conversación y no la continuó. Estelios, como creía que tenía razón, no hizo ninguna objeción cuando Jarílaos dio la orden a Castanulis de que se fuese con el pequeño Nicolás en su lomo.

En el rato que todo esto ocurría, Aretí y Garifaliá no habían visto nada ni oído nada. Estaban absortas en el mundo del cuento... Era tan bonito y Vilma lo narraba tan bien que las dos pequeñas creían que se encontraban junto al hada y el pequeño y valiente

Andreas que llevaba a cabo importantes hazañas y conseguía grandes éxitos. El segundo cuento se terminó pero las dos chiquillas no dejaban tranquila a Vilma.

— ¡Otro! ¡Queremos otro! ¡Venga, cuéntanos uno más! ¡El último!

— No, no puede ser. Lo dejaremos para mañana —dijo su padre que acababa de entrar—. La muchacha tiene otro trabajo, no puede contaros otro cuento —dijo y clavó sus ojos en Vilma como si buscase algo.

Ella se levantó y se acercó al puesto y dijo:

— Tengo que vender algunos artículos. ¿Queréis comprar algo?

El alcalde la miraba sorprendido. Luego, se volvió y miró a Jarílaos y seguidamente a Alberto. Vio que ellos también lo estaban mirando y sonrieron.

— ¡No es posible! —dijo en voz alta— ¡No es posible! No me entra en la cabeza.

— Pues sí que es posible —le dijo Jarílaos entusiasmado porque el alcalde no podía creer que Vilma y Castanulis eran dos robots de última tecnología.

— ¡Pero os tenéis que hacer famosos! ¡Todo el mundo hablará de vosotros! ¡Nadie se puede imaginar lo que habéis logrado!

Por supuesto, ni Nicolás ni las dos gemelas habían entendido de qué hablaba su padre. El pequeño estaba

contento ya que se llevaba a Castanulis a casa y sólo esperaba que su padre hiciese la señal al caballo para emprender el camino. Por otra parte, las dos pequeñas le suplicaban para que le pidiese a Vilma que les contase otro cuento.

— Vamos, papi, dile que nos cuente otro y nosotras seremos las niñas más buenas del mundo a partir de ahora —le prometió Garifaliá.

— Papaíto, díselo y yo también te prometo que todos los días me comeré la comida sin protestar —dijo Aretí.

Entonces al alcalde se le ocurrió una idea.

— ¿Queréis que la chica se venga con nosotros a casa para que nos haga compañía? —le preguntó a las niñas.

— ¡Síííí! ¡Papá! ¡Papá! ¡Papá! —gritaron y empezaron a dar saltos mientras todos los visitantes de la feria que pasaban las miraban.

El señor Panayotacos se acercó a Jarílaos.

— ¿Cuánto quiere por el alquiler de la chica durante un mes? —le preguntó.

Jarílaos miró a Alberto.

— Nunca se nos había ocurrido alquilar a la muchacha. La tenemos para nosotros.

—Entiendo, tienen razón. Esta muchacha... —respondió y miró a Vilma con admiración—. Pero nosotros la queremos sólo para un mes.

Jarílaos respiró hondo.

— Es difícil para nosotros deshacernos de ella.

Entonces el propio alcalde ofreció una cantidad:

— Os daré 1.500 euros por un mes —dijo—. Además del dinero, os prometo que la pondré en contacto con conocidos míos de la capital y del extranjero y me encargaré de que vuestra obra algún día llegue a ser tan conocida como se merece. ¡Dejadnos a la muchacha, os la cuidaremos! ¡Estoy seguro de que la querremos mucho!

De repente, Jarílaos se preocupó. A partir de ese momento, sintió el deseo de que sus trabajos fuesen conocidos y que se reconociese su valor pero a la vez, no quería separarse de su invento. Pensó durante dos minutos y luego, se dirigió a Alberto.

— ¿Tú qué dices? —le preguntó.

— Creo que tendríamos que ponernos de acuerdo con nuestras esposas y después ya responderemos al señor alcalde —le respondió Alberto.

— Sí, sí eso es lo mejor —afirmó Jarílaos—. Si quiere, señor alcalde, pásese o envíe a alguien mañana a esta hora y ya tendremos nuestra decisión tomada.

— Muy bien, confío y deseo que tomen la decisión correcta. Les felicito por su trabajo —dijo el señor Panayotacos e inmediatamente ordenó— Castanulis, avanza por esta calle despacio.

Así el alcalde, con una niña de cada mano y con Nicolás sentado en el lomo de Castanulis, se marchó aquel día de la feria del Pueblo Grande. Detrás de él dejaba a dos valiosísimos artesanos que no sabían qué decisión tomar. El alcalde no sólo les ofreció mucho dinero por un mes, sino que también les prometió enseñar su obra a hombres que podían hacerlos famosos. Eso está muy bien pero ¿cómo iban a aguantar estar sin Vilma un mes?



La gran decisión

Nadie de la familia pudo dormir esa noche en la casa de Nikitas, que los había acogido. ¿El motivo? Vilma, por supuesto. ¿Qué hacían con ella? ¿Se la prestaban al alcalde o no? El tema era serio y llevaban horas debatiéndolo.

Finalmente, y a pesar de las diferencias, tomaron la gran decisión. El alcalde podría alquilar a Vilma durante un mes pero le recalcarían desde el principio que sería sólo por un mes. Y así fue.

El señor Panayotacos tenía una casa muy bonita y grande, con muchas habitaciones y un jardín lleno de flores. Cuando las dos niñas, su padre y Vilma volvieron allí, las pequeñas empezaron a pedirle que jugara con ellas antes de enseñarle a la muchacha su habitación.

— ¿Sabes jugar al escondite? —le preguntó Garifaliá.

— Sé jugar al escondite pero prefiero jugar a algo con la pelota —respondió Vilma.

— ¡Muy bien! ¡Podemos jugar al baloncesto! —dijo Aretí y le enseñó a la muchacha una pelota que estaba al lado de ellas.

Vilma dejó la maleta que llevaba en su mano y cogió la pelota. Miró a su alrededor detenidamente y vio en un extremo del jardín una cesta donde echaban la hojas, las ramas y las flores marchitas para hacer abono. Señaló hacia esa dirección, tiró la pelota con éxito y saltó todo lo que se encontraba dentro de la cesta.

Las niñas y el alcalde empezaron a reírse pero a Vilma no le molestó. Se agachó, cogió su maleta y esperó.

— Creo —dijo el padre— que antes de empezar a jugar, deberíamos llevar a la joven a su habitación para que deje sus cosas y descanse un poco.

Las niñas no estuvieron de acuerdo:

— Tenemos prisa porque queremos enseñarles nuestros juguetes. Ya descansará después.

— Y queremos que nos cuente cuentos...

Con la palabra «cuento» y aún con la maleta en la mano, Vilma empezó un cuento: «Érase una vez un hombre muy malo que...»

— ¡Para! —interrumpió el padre—. Vamos primero

a casa y un poco más tarde les contará el cuento. Ahora todo recto hasta la escalera.

Así Vilma, con las dos pequeñas y el alcalde detrás de ellas, entró finalmente en la casa. La joven no se paró en la entrada. Siguió recto hasta encontrar la escalera interior y empezó a subirla. Tras ella iban las dos niñas tan sorprendidas que le preguntaron a su padre:

— ¿Cómo sabe cual es su habitación? ¿Ya ha estado aquí antes?

El señor Panayotacos se dio cuenta de que había olvidado cambiar la orden que le había dado.

— Vilma —dijo— la primera puerta a la derecha, ahí está tu habitación. Entra, ordena tus cosas y espera a que te vuelva a llamar.

Las dos gemelas empezaron a protestar:

— ¿Por qué la mandas a su habitación, papaíto? ¿No es nuestra? Anda, dile que juegue con nosotras...

— ¡Por favor, silencio! —dijo el padre—. ¡Acaba de llegar a nuestra casa y ya queréis hacerla polvo! Sabéis que si no os portáis bien, se irá.

Las pequeñas no dijeron una palabra más, se sentaron en el último escalón y esperaron a que su padre decidiese llamar a Vilma.

No había pasado media hora cuando las niñas se cansaron de esperar a su amiga. Su padre sintió lástima y le

dijo a Vilma que bajara a jugar con los niños. En menos de medio minuto, Vilma se vio rodeada de Aretí, Garifaliá y Nicolás, que estaba muy contento por la vuelta que había dado con Castanulis.

— ¡Vamos a nuestra habitación, Vilma, te enseñaremos nuestros juguetes! —dijo Garifaliá.

— ¡Sí, sí! ¡Vayamos! —dijo Aretí.

Todos juntos bajaron las escaleras y entraron en una gran habitación que el alcalde había preparado para que los niños pudiesen jugar con sus juguetes. Había muñecas, pelotas, castillos, soldados, cochecitos, barcos, cocinitas y todo lo que un niño se puede imaginar, pero todo estaba desordenado.

En la pared, una estantería estaba llena de libros infantiles y abajo, una mesa rectangular repleta de lápices de colores mezclados con dibujos, cartas, plastilina y pegatinas. Enfrente, había colgada una gran jaula con un loro de muchos colores. En cuanto el grupo entró a la habitación, el loro empezó a hablar:

— Adelante, ¿qué queréis? Ahora tenéis que ordenar la habitación.

Los niños se rieron pero Vilma, muy seria, siguió la orden del loro. Empezó a recoger los juguetes y ordenó todas las esquinas. Las pequeñas se avergonzaron de que esta nueva muchacha, que acababa de llegar, se pusiese a ordenar sus juguetes, así que empezaron a ayudarla. No pasó ni

una hora, cuando todos los juguetes estaban en su sitio, los lápices de colores en sus cajas y los dibujos amontonados en un extremo de la mesa. La hora pasó y el señor Panayotacos no podía creer lo que sus hijos habían hecho con aquella original amiga.

¡Lo último que esperaba ver era una habitación tan bien ordenada!

— ¡Bravo, Vilma! —dijo a la muchacha—. Si consigues enseñarles que ordenen sus cosas, serías perfecta porque tienes que ver lo desordenados que son los tres.

Mientras el alcalde estaba hablando, el loro dijo:

— ¡Ahora, a bailar!

Y de repente, Vilma siguió la orden del loro y sin música, sin canciones, empezó a dar vueltas por toda la habitación. Bailaba con una loca tirándolo todo a su paso: sillas, cajas, la mesita... Una de las veces pasó junto al alcalde y si éste no se hubiese apoyado en la pared, seguro que lo habría tirado al suelo.

El señor Panayotacos, que al principio se había quedado asombrado con el inesperado estallido de baile de Vilma, se puso serio y cuando la muchacha pasó junto a él, le dio una nueva orden:

— ¡Vilma, ya vale! Ahora un cuento.

Vilma paró de golpe, se sentó en la primera silla que encontró y empezó, sin demora, un cuento nuevo:

— ¿Queréis, queridos pequeños —dijo—, que os cuente el de “La bruja del pino”?

Y antes de que escuchase la respuesta de los niños, empezó su cuento.

Era lo que querían los niños, así que se sentaron alrededor de ella y la escucharon con mucho interés. El que no estaba tan contento con la evolución de los hechos era el alcalde. Pensó que era una mala idea que el loro y Vilma estuviesen juntos en la misma habitación porque sin quererlo le daba órdenes y ella las obedecía. Debería llevarlo a otro sitio para que no la viese pero no sabía dónde.

El alcalde descolgó la jaula, y mientras salía de la habitación, el pájaro charlatán empezó a gritar:

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Me están secuestrando...! ¡Auxilio!

Entonces pasó algo inesperado. Los tres niños se murieron de risa pero Vilma, asustada, atacó al alcalde, le quitó la jaula y la colocó en su sitio. Luego, como si no hubiese pasado nada, siguió contándoles el cuento.

— Y como iba diciendo, mis niños, la buena bruja del pino...



La vuelta a la tristeza

Nuevas aspiraciones

La pena por la separación de Vilma era evidente en todos los rostros y en las dos familias. Aunque en esta feria habían sacado mucho más dinero que nunca y no les había quedado ninguna pieza pequeña de madera sin vender, se sentaron en el carro del señor Anestis, que los devolvería al Pueblo de los Fantasmas, callados y entristecidos.

Además, Jarílaos de vez en cuando sacaba un pañuelo y se secaba las lágrimas que caían de sus ojos. El pobrecillo vendedor ambulante no entendía nada. ¿Qué clase de personas eran éstas? Vendieron todo lo que habían preparado y ganaron mucho dinero, gracias a la muchacha a la que habían alquilado durante sólo un mes. ¿Qué más podían pedir para dar saltos de alegría? Sin embargo, suspiraban

como si hubieran perdido un ser querido. El que estaba más desconsolado era Estelios. Había perdido para siempre a su Castanulis y no tenía tampoco a su querida amiga Vilma para jugar juntos y consolarse. Así, cuando había llegado la hora de irse del Pueblo Grande, el niño se abrazó a Nikitas que también estaba muy triste. Suplicó al médico que lo dejase quedarse en su casa durante un mes, hasta el día que el alcalde llevase de nuevo a Vilma. Así volvería con ella al Pueblo de los Fantasma.

Su madre, por supuesto, tenía sus objeciones:

— ¿Cómo podría vivir un niño solo en un pueblo extraño?

— Pero estaré todo el tiempo junto a él —dijo el médico.

La idea de tener como compañía a Estelios, aunque fuera por poco tiempo, le había entusiasmado—. También tengo una hermana que tiene dos hijos, uno de la edad de Estelios y otro un poco más mayor. Se lo pasarán muy bien juntos.

Pero Cristina no estaba convencida del todo.

— Que venga mejor ahora al pueblo y lo cuidas en otra ocasión, Nikitas. De todas formas te lo agradecemos mucho.

— Pero me aburro sin Vilma y Castanulis en el Pueblo de los Fantasma. ¿No lo entiendes, mamá? ¡No quiero ir! ¡Quiero quedarme con Nikitas! —dijo el pequeño y se puso a llorar.

Entonces, entró en la conversación Alberto con una idea que se le acababa de ocurrir.

— Te quedarás aquí este mes, Estelios, con la condición de que cada mañana vayas a las clases de talla de madera de Franguistas, el famoso maestro que también me enseñó a mí. Así sí. Empezarás a aprender el oficio y si vemos que se te da bien, seguirás, y más tarde te cogemos de ayudante en nuestro taller.

Antes de que Alberto tuviera tiempo de terminar lo que decía, el pequeño saltó a su cuello y lo besó llorando, pero esta vez sus lágrimas eran de felicidad.

Cuando llegó el momento acordado para emprender el camino de regreso al pueblo, el señor Anestis, llevó en el carro sólo a cuatro personas: Elvira, Cristina, Jarílaos y Alberto. Todos estos, con la cabeza agachada, los rostros entristecidos, suspirando y con lágrimas en los ojos, regresaron por fin a su casa.

La casa les pareció vacía sin Estelios, sin Vilma y sin Castanulis. Las dos mujeres, Elvira y Cristina, para olvidar un poco sus penas, empezaron inmediatamente a limpiar y a cocinar, mientras que los dos hombres, se encerraron en el taller en cuanto llegaron.

— Ven Alberto. He pensado algo y quiero comentártelo —dijo Jarílaos.

Y Alberto lo siguió diligentemente al taller porque se dio cuenta de que la única manera de consolarse por la ausencia de su hijo y de sus obras maestras era trabajar duro.

—¿Sabes qué? —Jarílaos empezó a hablar en cuanto se cerró la puerta del taller—. Vamos a fabricar una nueva Vilma, quizás dos o tres. Ahora sabemos la manera y el mecanismo y no nos llevará tanto tiempo terminarla. ¿Qué te parece la idea?

— Estoy totalmente de acuerdo y yo también tengo algo que añadir, lo acabo de pensar ahora mismo: fabricar unas diez Vilmas pero no para venderlas. Solamente las alquilaremos para que cuiden a los niños pequeños y éstos se diviertan con ellas. Así podemos abrir una agencia en el Pueblo Grande o en algún otro lugar con mucha gente y sin muchos gastos ¡nos haremos ricos!

— Está bien tu idea, Alberto, sólo que es necesario que registremos nuestro invento para que otros no nos lo copien.

— No es un trabajo fácil de modo que no lo puede hacer cualquiera. —dijo Alberto.

— Por supuesto que no es fácil, pero hay artesanos capacitados e inteligentes. Por eso, las Vilmas tienen que ser nuestras y sólo nuestras —volvió a decir pensativo Jarílaos.

Cuando los dos hombres se pusieron de acuerdo, ya entrada la noche, salieron del taller más sonrientes y sin suspiros ni los ojos llorosos. Cuando se sentaron los cuatro a comer y Jarílaos vio cómo su mujer y su hija todavía tenían la tristeza reflejada en sus rostros, decidió compartir con ellas sus nuevas aspiraciones para consolarlas.

Elvira y Cristina se sintieron mejor cuando los hombres les contaron sus planes. Ante ellos empezó a proyectarse un nuevo futuro más optimista fuera del Pueblo de los Fantasmas. Esto podría cambiar la vida de todos ellos y principalmente la de Estelios, en el caso de que siguiera la profesión de su padre. Y ¿quién sabe? Quizás, algún día cercano o lejano, esta invención se convertirá en la razón por la que sus creadores se harán famosos. El capacitado y genial Jarílaos podrá recuperar su puesto en la sociedad, un puesto que sin querer había perdido a causa de haber hecho estallar un taller entero por sus conocidas distracciones.

El primer trabajo de Nikitas, cuando los cuatro colaboradores y sus amigos se fueron, fue coger a Estelios e ir al famoso maestro de talla de madera, Franguistas. Nikitas lo conocía y quiso convencerlo de que admitiera al pequeño como alumno. Era reconocido como único en su trabajo. Muchos de los que vivían de la fabricación de pequeños objetos de madera en los pueblos de alrededor iban a menudo a Franguistas para aprender un poco mejor el oficio y así ganar más dinero para vivir. Por eso, Nikitas no estaba seguro si Franguistas tendría horas libres este mes para Estelios. El maestro los recibió sonriente y alegre en su pequeña casa, donde también tenía su taller. El médico creía que Franguistas vivía sólo, pero se había equivocado. En cuanto entraron en el vestíbulo, vieron en una

butaca a un anciano con el pelo blanco y bigote. Llevaba puesto unos viejos pantalones grises, una camisa blanca manchada y un chaleco negro. Al lado de él, de pie, medio girada de espaldas, estaba una mujer con un pañuelo en la cabeza, que en aquel momento ofrecía al anciano un vaso.

— Buenos días a todos —dijo Nikitas al verlos.

— Buenos días —dijo también Estelios.

Pero ni contestaron ni se movieron. La única respuesta que obtuvieron el médico y el pequeño fue la sonrisa de Franguistas. Dio una palmadita a Nikitas y le dijo:

— No os conocen, por eso no os hablan. Venid para que os presente.

Cuando se acercaron, el médico y el niño comprendieron por qué los ancianos no hablaban y por qué el maestro se reía. No eran más que dos obras maestras de madera que si Jarílaos las encontrase, les daría vida como hizo con Vilma.

— ¡Es maravilloso! —admiró el pequeño—. Yo creía que solamente mi padre podía hacer esculturas de madera tan bonitas.

— ¿Y quién es tu padre, pequeño? —preguntó Franguistas.

— Un alumno tuyo, maestro —respondió Nikitas—, un alumno tuyo que te manda a su hijo para que le enseñes la profesión: Alberto, ¿lo recuerdas?

— ¿Alberto Sismanidis? Sí, por supuesto que me acuerdo. ¡Era mi mejor alumno! Una vez, lo recuerdo como si fuera ahora, fabricó una escultura y me gustó tanto, que le dije: «Para que lo sepas, hijo, en poco tiempo, si sigues así, habrás superado a tu maestro ».

— Vamos a ver —volvió al asunto que le interesaba a Nikitas— ¿el hijo podrá llegar tan lejos como ha llegado su padre? ¿Te encargarás de él?

— Por supuesto que me encargaré —dijo diligentemente el profesor—. Joven, ven mañana por la mañana a las nueve para empezar a trabajar. ¿Vale?

— Vendré, vendré como sea y le agradezco mucho que me acepte —dijo de manera educada Estelios.

— Que sepas, de todas formas, que la escultura de madera no es un trabajo fácil. Te dolerán las manos, te saldrán callos en los dedos porque para conseguir un buen resultado tendrás que tallar la pieza muchas veces. Tienes que estar preparado. Paciencia y perseverancia. Ambas palabras te serán útiles.

Nikitas y Estelios se fueron entusiasmados. El maestro había aceptado al chico y le enseñaría. Estelios, al salir de la casa de Franguistas, había empezado a hacer planes para el futuro: «Me convertiré en uno de los mejores escultores de madera, como mi padre. Iré y le ayudaré en el taller. Crearemos juntos muchas esculturas de madera

y mi abuelo les dará vida. Y entonces, el anciano y la anciana de Franguistas estarán pasados de moda. Mi padre y yo estamos orgullosos de tener junto a nosotros a mi abuelo, que con sus conocimientos, les da vida a las esculturas de madera y hace que parezcan reales. Y por esto, los tres juntos seremos insuperables».



Las gemelas celebran su cumpleaños

Aretí y Garifaliá se habían convertido en las mejores amigas de Vilma. Vilma les contaba cuentos, pintaba con ellas, vestía a sus muñecas, jugaba a la pelota y al escondite, cantaba bonitas canciones, algunas veces bailaba y era tan divertido que las dos pequeñas se reían a carcajadas.

El alcalde estaba entusiasmado con ella y con la alegría que se reflejaba en la cara de sus hijas desde el día en que Vilma había llegado a la casa.

«Realmente esta criatura es una adquisición importante» se decía a sí mismo. «Ojalá que estén bien los dos artesanos que la construyeron. No esperaba cuando la alquilé que podría tener tanta influencia sobre mis hijas. Es imposible que uno crea que es un robot. Yo también me equivoco muchas veces y le hablo como si fuera una persona. Nico-

lás que no se ha enterado de nada, se queja de todo y se enfada cuando Vilma no juega con él al baloncesto y prefiere descansar o cuidar a las niñas».

Habrían pasado unos quince días desde que Vilma estaba con ellos, cuando una mañana el señor Panayotacos la llamó a su despacho.

— Vilma, ven a mi despacho.

Vilma obedeció. Las dos niñas la miraron sobresaltadas.

— ¿Por qué la llamaste, papá? ¿Para qué la quieres?

— ¿Te hemos molestado en algo?

— ¿Qué te hemos hecho para que nos la quites?

Le llovieron las preguntas.

El alcalde sonreía acariciando las cabecitas de sus hijas y dijo:

— No os la quitaré por mucho tiempo. Solamente quiero hablar con ella un momento y os la devolveré. Sentaos fuera en el porche y esperad.

Las pequeñas dejaron de preguntar y fueron desganadas a sentarse donde les había dicho su padre. En cuanto se cerró la puerta, el alcalde ordenó a Vilma que se quedara de pie, le desabrochó el vestido, abrió discretamente un estuche con pilas y las cambió. Después lo colocó de nuevo todo en su lugar y dijo:

— ¡Vamos, hija mía! Ve a buscar a las dos niñas. Ya estás lista.

Vilma abrió la puerta del despacho y salió al vestíbulo. Las pequeñas, cuando la escucharon, se abalanzaron sobre ella. Detrás de ella venía el alcalde.

— Entonces —dijo a sus pequeñas—, Vilma y yo hemos decidido celebrar vuestros cumpleaños el domingo. Llamaremos también a otros niños para que jueguen y se diviertan. ¿Queréis?

— ¡Síííí...! —gritaron fuerte las dos pequeñas.

Inmediatamente después preguntó Aretí:

— ¿Vilma, nos harás una tarta?

Y Vilma no dijo ni pío.

— ¡Eh, Vilma! ¿Nos vas a hacer la tarta o no? —volvió a preguntar Aretí.

Pero Vilma tampoco contestó y en su lugar, contestó el alcalde.

— Vilma, ¿por qué no le dices que sí? La tarta es el mejor pastel que sabes hacer. ¿Prepararás dos tartas y colocaremos seis velitas en cada una de ellas, vale?

— ¡Síííí! —volvieron a decir las niñas junto con Vilma—. ¡Bravo, papá! ¡Bravo, Vilma!

E inmediatamente después, las pequeñas cogieron a la muchacha de la mano e intentaron llevársela. No sabían, por supuesto, que se necesitaba una orden para ponerla en movimiento e intentaron durante mucho tiempo moverla.

Afortunadamente, el señor Panayotacos vio la escena y las ayudó.

— Ve a jugar con las niñas Vilma. Yo ya no te necesito. Hablaremos de los detalles mañana o pasado mañana —le dijo.

Así Vilma se fue a jugar al jardín junto con Aretí y Garifaliá.

— ¿Quieres que juguemos al pilla pilla? —propuso Aretí a quien le gustaba mucho los juegos de este tipo.

— No, Aretí, otra vez al pilla pilla no —protestó Garifaliá—. Propongo que juguemos al escondite. Y tú, Vilma, ¿qué dices?

— Al escondite —dijo también Vilma.

— ¡Bien! Entonces venga Aretí, vamos a echarlo a suerte. Jugaremos al escondite. Eres una y nosotras somos dos. Pito pito gorgorito...

El último pito le tocó a Aretí.

— Tú, Aretí, tú la quedas —gritó Garifaliá—. ¡Venga, Vilma, nosotros vamos a escondernos en algún sitio del jardín! ¡Rápido, vamos!

Garifaliá se fue corriendo en el momento en que Aretí empezó a contar hasta veinte tapándose la cara con las manos, con los ojos cerrados y después, iría a buscarlas. Vilma se fue corriendo hacia la parte del jardín donde había muchos árboles.

— Dieciocho, diecinueve... ¡veinte! —dijo en voz alta Aretí—. Voooy, quien no se haya escondido tiempo ha tenido.

Se destapó la cara y empezó a buscar con los ojos abiertos de par en par cerca de donde la quedaba. Así, en cuanto

viera a alguien tendría tiempo para correr de nuevo hacia el lugar donde la quedaba y así no la quedaría otra vez. Miraba aquí y allí, daba dos o tres pasitos y vuelta de nuevo al mismo sitio pero, de repente, vio a Garifaliá.

— ¡Te pille Garifaliá! —dijo Aretí corriendo hacia la pared.

Garifaliá salió de su escondite y se le acercó:

— Ahora, encuentra a Vilma.

Aretí comenzó de nuevo a buscar. Buscó aquí y allí, fue al lugar donde se había escondido Garifaliá pero nada. Vilma no aparecía por ninguna parte.

— No puedo encontrarla —dijo desesperada—. Ayúdame, Garifaliá, y la buscamos juntas.

Empezaron entonces a buscarla y a llamarla.

— ¡Vilma! ¡Vilma!

No había respuesta. Buscaron por todo el jardín. Fueron incluso donde había muchísimos árboles, pero Vilma había desaparecido. Entonces un pensamiento pasó por la mente de Aretí:

— ¿Crees que se fue para siempre? ¿La aburrimos con nuestros juegos y por eso nos ha dejado?

— Vamos a decírselo a papá —dijo enseguida Garifaliá—. Él la encontrará y la traerá de nuevo.

Las dos pequeñas corrieron rápidamente hacia el despacho de su padre. De las ganas que tenían de abrir la puerta, entraron sin llamar. El alcalde les regañó:

— ¿Qué pasa niñas? ¿Cómo entráis así en mi despacho?

— Papá —dijo Aretí casi sin respiración —perdimos a Vilma.

— Parece que se fue —completó Garifaliá.

El señor Panayotacos se puso de pie.

— ¿Se fue? ¿Cómo que se fue? ¿Le dijisteis vosotras que se fuera? —les preguntó preocupado. Las niñas, sin darse cuenta, le podrían haber dado esa orden.

Casi asfixiadas le explicaron lo que ocurrió. El alcalde se tranquilizó.

— No importa. Si es así, la encontraremos —dijo y salió de la habitación.

Las dos niñas lo siguieron. Apenas llegaron al centro del jardín, el señor Panayotacos gritó:

— Vilma, donde quiera que estés escondida, sal ya.

Entonces ocurrió algo extraño. Uno de los árboles, un pino, empezó a moverse como si hiciera mucho viento. El árbol se dobló y se sacudió sin que nadie lo hubiera tocado. El señor Panayotacos fue rápidamente hacia el pino sin saber qué ocurría. Y allí la vio.

Era Vilma, colgada de una de las ramas más altas del árbol, con el vestido enganchado en una de las ramas cortadas del tronco. Se movía como una marioneta de un lado a otro y no podía hacer nada para liberarse.

Enseguida el alcalde se dio cuenta del peligro. ¿Que ocurriría si Vilma se cayera al suelo?

Sus miembros se harían pedazos, se estropearía su mecanismo y después ¿cómo se lo diría a sus fabricantes? Una noticia así les haría mucho daño. Además, él era el único responsable.

Afortunadamente, el señor Panayotacos era un hombre inteligente y muy despierto así que pensó darle una nueva orden:

— ¡Vilma, quédate quieta donde estás y espera!

Vilma se quedó quieta en el sitio y el pino paró de moverse. El alcalde llamó rápidamente al jardinero que la bajó con sumo cuidado del árbol.

— Creo que es hora de que paréis vuestros juegos locos —regañó a sus hijas—. Buscad otra cosa que hacer: pintad o contad cuentos, por ejemplo. Venga, Vilma, ve con las niñas al cuarto de los juguetes. Y jugad tranquilamente.

Vilma cogió a las niñas y entraron en la casa. También el alcalde, suspirando, volvió a entrar en el despacho para seguir con los contactos que ya había establecido con los hombres de la capital. Creía que sólo en la capital los dos maravillosos fabricantes que el destino le había ayudado a conocer, podrían hacerse famosos.

Los preparativos para el cumpleaños de las niñas habían comenzado hacía tres días. El señor Panayotacos había dado órdenes a Vilma sobre lo que tenía que preparar y ella siempre tenía que hacer todo lo que le pidiera. Las pequeñas estaban muy felices; habían invitado a muchos niños y habían preparado distintos juegos con Vilma. Su

padre, por supuesto, para alegrarlas todavía más, pidió al jardinero que atara a un pino grande un columpio. Y esa misma tarde el alcalde trajo como regalo para sus niñas un tobogán que colocaron al lado del columpio. Estaba seguro de que así, las dos niñas se divertirían mucho con sus amigas y amigos.

El domingo, el día del cumpleaños, Vilma había recibido la orden del señor Panayotacos de utilizar los ingredientes: harina, azúcar, huevos y chocolate que había comprado la cocinera, la mujer del jardinero, para que hiciera las tartas del cumpleaños y más tarde las colocara en la nevera. Para no confundir a Vilma y que no cometiera ningún error, el señor Panayotacos había cogido a los tres niños desde por la mañana y se los había llevado a un parque infantil. Así Vilma, con las órdenes que le había dado, haría las tartas tranquilamente.

Y realmente las hizo. La pobre Vilma sólo sabía una receta para dulces y ésta era para un número de personas concreto, concretamente para cinco, ya que cinco personas vivían en la casa de Elvira, quien le había dado la receta a Vilma. Así, la muchacha preparó seis tartas para cinco personas porque la harina que le había dado la cocinera era para treinta niños. Después, abrió la nevera, como le había dicho el señor Panayotacos, y metió dentro las seis tartas.

Al poco tiempo volvieron el alcalde y los tres niños. To-

dos ellos estaban muy colorados y alegres porque habían pasado una mañana inolvidable de domingo en el parque, pero inquietos porque por la tarde esperaban a sus amigos para el cumpleaños de las gemelas.

— ¿Preparadas las tartas? —preguntó Aretí justo al entrar en la casa.

— ¡Preparadas! —dijo Vilma.

— ¡Bien! —gritó Garifaliá—. Entonces podemos verlas. Y sin esperar respuesta alguna, se precipitaron las dos a la nevera. ¿Pero qué eran las voces que escuchaban?

— ¡Vilma! ¡Papá! ¡Corred, corred! ¡Venid rápido!

Los dos corrieron. Delante de la nevera, con la puerta abierta, se quedaron de pie las gemelas y señalaron las... seis tartas.

El señor Panayotacos se inclinó un poco y ¡las vio! Seis cuidadas y adornadas tartitas colocadas en los estantes. Ahora, ¿que podría decir el hombre? ¿Reírse? ¿Regañar al robot? ¿Qué podía hacer?

Se quedó pensando durante dos segundos e inmediatamente después dijo:

— ¡Bravo, Vilma, lo has hecho de maravilla! ¡Supongo que te gustan mucho los pasteles y por eso hiciste tantas tartas! ¡Tienen muy buena pinta! Pruébalas tú también.

Las gemelas bajaron la cabeza porque no esperaban las tartas de su cumpleaños así y cogidas de la mano, salieron

de la cocina. El alcalde las siguió. Pero Vilma se quedó allí. No solamente esperó, sino que obedeció la orden que le había dado el señor Panayotacos: empezó a sacar una a una las tartas de la nevera y a devorarlas.

Durante un rato, las niñas se desahogaron. Al fin y al cabo, ¿qué culpa tenía Vilma si no sabía cómo querían ellas las tartas? Cuando vino Nicolás, que estaba dando una vuelta por el jardín con Castanulis, les prometió que después de la comida, antes de que vinieran los demás niños, las dejaría que montaran en su caballo para dar una vuelta ya que hoy era su cumpleaños.

Así, la alegría se reflejó en sus rostros, olvidaron las tartas y corrieron a buscar a Vilma.

La encontraron sentada en la mesita de la cocina con las seis bandejas vacías de las tartas a su lado.

— ¡Vilma! —gritaron las dos en cuanto vieron ese espectáculo—. ¿Qué has hecho? ¡Te has comido todas nuestras tartas!

Se echaron a llorar y, casi dando alaridos, se fueron corriendo al despacho de su padre.

— ¡Papá, papá ven a ver esto! ¡Corre!

El alcalde se sobresaltó por las voces de fuera de su despacho.

— ¿Qué ocurre? ¿Estáis bien? ¿Por qué lloráis?

— Vilma... —dijo Aretí.

— ¿Le pasó algo a Vilma? —volvió a preguntar su padre intranquilo.

— Ven a la cocina y lo verás —dijo Garifaliá, y lo cogió de la mano.

El señor Panayotacos fue y lo vio. Vio y lo entendió todo. Lo vio y se acordó de las palabras que tan descuidadamente había pronunciado: «Tienen muy buena pinta. Pruébalas tú también».

¿Y ahora? ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía decir? ¿Cómo les explicaría a las pequeñas que él le había dado una orden equivocada? Pero ya hemos dicho que era una persona muy inteligente y su mente trabajaba bien y rápido. Por eso reaccionó como debía.

— No importa, niñas, compraremos dos tartas como queráis. Parece que a Vilma no le gustó que vosotras agacharais la cabeza apenas visteis las tartas porque hizo un gran esfuerzo para prepararlas y por eso se las comió. Tampoco hemos perdido nada. Las pastelerías están llenas de tartas.

Una vez que estuvieron de acuerdo, las pequeñas dejaron de refunfuñar y empezaron a decidir de qué querían las tartas. El señor Panayotacos, contento con la solución que había dado, mandó a Vilma a descansar para que estuviera preparada para la fiesta de las niñas que empezaba en pocas horas, y él cogió a las niñas y se fueron a comprar, por fin, las dos tartas de cumpleaños.

La fiesta tuvo un gran éxito. Los niños y las madres estaban encantados con Vilma. El señor Panayotacos le daba en voz baja las órdenes adecuadas y ella obedecía siempre. En el jardín resonaban las risas y los gritos de alegría de los niños que corrían, jugaban, se columpiaban y se tiraban por el tobogán. Vilma estaba por todos lados; jugaba, cantaba, bailaba con ellos...

Aretí y Garifaliá estaban muy contentas. De tantas carreras y tantos saltos no se acordaron en ningún momento de que tenían que comer con los niños y cortar las tartas. Sin embargo, el señor Panayotacos se acordó. Así que llamó a las dos mujeres que habían contratado como camareras y ofrecieron en una gran mesa aperitivos, dulces y naranjadas, mientras en el centro, esperaban dos grandes tartas con las velas encendidas.

— Vilma —llamó apenas vio que todo estaba preparado—, coloca a todos los niños alrededor de la mesa. Cantareis todos juntos el cumpleaños feliz a las gemelas y éstas apagarán las velitas de las tartas. Después tú te quedarás allí para servir comida y dulces en los platos de los niños.

Vilma recibió las órdenes e hizo exactamente lo que le dijo el alcalde. Pero el problema fue cuando terminaron de comer los niños y llegó el turno de las madres. Vilma había recibido la orden de servir solamente a los niños, por eso no servía a nadie mayor ni tampoco les permitía picar. La escena era divertida. Alrededor de la gran mesa estaban de

pie unas quince señoras con los platos vacíos en sus manos y cuando iban a coger algo, Vilma de una manera muy educada, les explicaba que todo era para los niños.

El señor Panayotacos, que mientras tanto había entrado en la casa para hacer algunas llamadas urgentes, salió un momento de nuevo fuera y se acercó a la mesa.

— ¿No come usted señora Bretú? —le pregunto extrañado a una mujer.

— No me deja —respondió señalando a Vilma.

— ¿Quién no le deja? ¿Vilma?

La señora asintió y lo mismo dijeron otras mujeres que estaban allí cerca.

«¡Ay, Dios mío!» pensó el alcalde. «¿Qué le habré dicho?» se preguntó y siguió pensando en la última orden. «Creo que le pedí que sirviera a los niños. ¡Ay, qué metedura de pata!». Se volvió entonces hacia Vilma y le dijo:

— Vilma, ya se han servido todos los niños. Atiende ahora, hija mía, a las madres.

Y entonces Vilma cambió la táctica.

— Vengan, señoras, ¿qué quieren? —empezó a preguntarles educadamente y con alegría.

Las señoras se miraron extrañadas. ¿Pero qué estaba pasando? Primero no las deja acercarse a la comida y luego les pregunta educadamente y con alegría qué quieren. Por supuesto, en aquel momento no lo comen-

taron, lo dejaron para otro día que no estuvieran en casa del alcalde.

Al final de la comida, el alcalde dio la orden a Vilma de reunir a todos los niños en la habitación de los juguetes para que les contara cuentos. Y así ocurrió. En el jardín se quedaron solamente los mayores y todos los niños siguieron a Vilma hacia la habitación para escuchar sus cuentos. No les dio tiempo a sentarse cuando Vilma, preparada y dispuesta, comenzó a contarles un bonito pero extraño cuento. Ese cuento era el último de la cinta con cuentos que había colocado Jarílaos en su cuerpo, algo que nadie sabía. Y este cuento no hablaba ni de hadas, ni de los ruiseñores, ni de brujas o héroes valientes; hablaba de un pobre inventor, un científico, que mientras perfeccionaba su invento, una fábrica eléctrica salió volando por los aires por un descuido. Todos, sus jefes y sus parientes, creyeron que lo había hecho a propósito, que al parecer los competidores de la empresa le habían pagado para que su invento no saliera a la luz. Así que lo juzgaron y lo metieron en la cárcel. Afortunadamente, poco tiempo después consiguió escapar y se instaló, pobre y desconocido, en un pueblo en el otro extremo del planeta. Allí, gracias a su mente extraordinaria y a su talento, construyó con el marido de su hija una escultura de madera, un robot. Le pusieron pilas y con ayuda electrónica la hicieron moverse, hablar y comportarse

como una persona de carne y hueso. Gracias a este robot, reconocieron su mérito y adquirió fama y renombre.

Cuando el cuento terminó, muchas madres, que no escuchaban las voces de sus hijos desde hacía una hora, habían ido a buscarlos y le dieron la enhorabuena a Vilma.

— Cuentas unos cuentos muy bonitos, por eso los niños te escuchan como si estuvieran hechizados —le dijo una mujer.

— Bonitos pero muy extraños —dijo otra.

— Extraños pero increíbles —dijo una tercera—. Hay que ver las cosas que ha dicho la muchacha: ¡cómo un inventor iba a conseguir fabricar un robot y hacerlo actuar como si fuera una persona! ¡Qué exageración!

El alcalde que dos minutos antes había entrado en el cuarto de los juguetes y había oído el final del cuento y el comentario de las mujeres, se rió.

«Tiene razón» dijo para sí. «¿Cómo es posible que alguien piense que puede existir un robot así? Yo lo veo, vivo con él y aún así, sigo sin creérmelo. Este Jarílaos es un gran inventor y no debe quedar en el olvido. Algún día, estoy seguro, él y su yerno, que es también un artesano magnífico, se harán famosos. Y entonces nadie podrá decir que el robot de los cuentos de Vilma no existe en la realidad. Y creo que ese día no va a tardar en llegar».



Tiempos extraños, llenos de inquietudes y esperanzas

Jarílaos y Alberto avanzaban tan rápido como podían en la construcción de la nueva Vilma. Trabajaban mucho y con empeño y esperaban encontrar algo que hiciera que su nueva creación fuese más perfecta que la anterior. La madera que con mucho cuidado habían traído del tronco de un árbol del Bosque de los Duendes, poco a poco había tomado la forma de una mujer. Ahora, la carga más grande del trabajo recaía sobre Alberto. Él fue quien hizo la escultura de madera. Por supuesto que Jarílaos lo ayudó pero en muy pocas cosas. Por eso, dedicó su tiempo a hacer nuevos experimentos más especializados para perfeccionar su invento.

Tarjetas de memoria, chips, alambres, cables, pilas de todas las medidas se encontraban mezclados sobre su banco;

y él solamente iba y venía, cogía algo de esto, lo unía con una pila, lo probaba, y soltaba un grito de alegría si conseguía lo que tenía en mente y volvía a empezar con las idas y venidas y las pruebas.

Un día por la tarde llamaron a la puerta de la casa. Era el señor Anestis, el vendedor ambulante.

— ¡Anestis, me alegro de verte! Entra —dijo Cristina—. ¿Nos traes noticias de Estelios?

Anestis entró en la casa y se sentó en un sillón. En sus manos tenía una gorra y la movía confuso.

— ¿Entonces? —preguntó de nuevo Cristina que hacía tiempo que no tenía noticias de su hijo. ¿Viste a Nikitas y a Estelios? ¿Qué tienes que decirnos? ¿Cómo va el niño con el maestro?

Las preguntas le llovían y esto dificultó la tarea a Anestis, que parecía que un gato le había comido la lengua, permaneció sentado y callado en su sitio y ni siquiera respiraba. La alegría de Cristina se convirtió en inquietud.

— Anestis, ¿por qué no hablas? ¿Qué ocurre? ¡Dios mío! ¿Le ha pasado algo al niño? —dijo asustada.

— ¡No! ¡No! —contestó el vendedor ambulante—. El niño está muy bien. ¿Los jefes donde están?

— ¿Quieres que los llame?

— Sí, llámalos. Diles que Anestis los busca.

Enseguida Cristina fue a llamar a la puerta del taller.

— ¡Alberto, papá, venid! Ha venido Anestis.

Inmediatamente salieron los dos de muy buen humor y fueron a la habitación.

— ¿Qué pasa, Anestis? ¿Qué bien que viniste a vernos!
—dijo Jarílaos.

— ¿Tienes noticias de Estelios? —preguntó enseguida Alberto.

— Eh...tengo... —titubeó el vendedor ambulante—
pero no son buenas.

— ¿Por qué?

— Porque el señor Franguistas os comunica que el niño no es bueno para la talla de... No me acuerdo que me dijo exactamente.

— ¿Talla de madera?

— Sí, eso.

— ¿Por qué no es bueno? —volvió a preguntar Alberto, que parecía de repente muy disgustado.

— No sé nada de esto —respondió Anestis— , pero el señor Nikitas me encargó que os dijera que quiere que vaya uno de vosotros al Pueblo Grande para hablar con él del niño.

— Para mandarnos este mensaje, tiene que ser algo grave. Tenemos que ir —dijo pensativo Jarílaos.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Elvira con un botijo lleno de agua en la mano.

— Bienvenido don Anestis. Vi tu carro fuera y supe que estabas aquí. ¿Qué noticias nos traes?

— La noticia, madre, es que Nikitas quiere que vaya alguien al Pueblo Grande para hablar de Estelios porque parece que no se apaña como alumno de Franguistas —contestó Cristina en lugar de Anestis.

— Si el niño necesita que vaya alguien, ve tú, Jarílaos, con Cristina —dijo Elvira—. Decís que en este momento Alberto tiene mucho trabajo así que yo me quedaré aquí con él. Tú y tu hija, id allí para ver qué pasa con el niño.

Estelios, como le había dicho Franguistas, empezó a ir cada mañana a su taller. Durante la primera semana, las clases fueron bien. Estelios era muy inteligente y enseguida entendía todo lo que le decía su maestro. Lo malo era que, aunque había empezado con muchas ganas y mucha ilusión, rápidamente, el maestro y el alumno vieron que este oficio no era para el chico. Sus manos no le obedecían y lo que tallaba se convertía en algo inservible. A pesar de todo esto, insistía y no desfallecía. Franguistas se encontró en una posición difícil. El niño era inteligente y educado, y sobre todo, era el hijo de su mejor alumno. «¿Qué hago? Aunque siga conmigo no destacará nunca, no tiene talento. Si lo echo, desagradaría a su padre y disgustaría al niño. ¿Qué hago? Nunca me he encontrado en una situación tan difícil».

La solución que buscaba el profesor vino de repente una mañana que, desesperanzado totalmente por el niño, se preparaba para decírselo. Franguistas vivía sólo porque estaba siempre volcado en su oficio y en su trabajo, no se había decidido nunca a casarse y formar una familia. Su familia eran las estatuas de madera y los alumnos que habían pasado por su taller.

Entonces, aquella mañana, Estelios, por tercer día consecutivo, luchaba por tallar sobre una pieza de madera una figura que nadie era capaz de decir qué era aquello. Franguistas, que ya había perdido la paciencia, se levantó y se fue a la cocina para prepararse un café y para despejarse. Pero al ir hacia allí tropezó con una pieza de madera que estaba tirada en el suelo. Se inclinó, fue a cogerla pero no encontró el equilibrio y se desplomó en el suelo, arrastrando con él la mesita sobre la que tenía alineadas todas las herramientas que sólo él utilizaba. Se escuchó un golpe seco y a éste le siguieron otros más pequeños como láminas, taladros, tenazas, destornilladores y un montón de objetos grandes y pequeños cayeron rodando a las losas del suelo.

Estelios dio un salto desde donde estaba sentado, y apartando las diferentes herramientas esparcidas, ayudó a Franguistas a ponerse en pie. El maestro parecía estar dolorido porque se levantó gimiendo y enseguida empezó a frotarse uno de los pies, cerca del tobillo.

— ¿Se ha hecho mucho daño? —preguntó preocupado el pequeño.

— ¡Ay! Sí, creo que me torcí el pie derecho.

— ¿Y sus manos?

Franguistas las estiró hacia delante y después las abrió hacia arriba.

— Afortunadamente, están bien.

Estelios ayudó a Franguistas a sentarse en un sillón.

— ¡Ay! ¡Mis herramientas se han estropeado! Me da miedo que no se puedan arreglar, principalmente aquella con el cable.

El pequeño se agachó y empezó a recoger las herramientas una por una con mucho cuidado.

— Estelios, hijo mío, coloca lo que tienes en la mano izquierda en el enchufe —le ordenó el profesor—. Quiero ver si funciona el torno pequeño.

Estelios lo enchufó pero no ocurrió nada. El torno permaneció quieto y parecía que se había roto.

— ¡Oh, no! ¡Qué me ha pasado! ¡Qué torpe soy! ¡Mira lo que he hecho por haber tropezado! —dijo Franguistas irritado consigo mismo—. Y ahora, ¿qué hago? Esta herramienta es mi mano derecha; me la envió un gran amigo desde América. No hay nada parecido aquí. Dámela, por favor.

Estelios se la dio. El maestro vio enseguida la avería.

— ¡No funciona! ¡Está completamente destrozada!
¡Está rota!

El pobre Franguistas, que ante aquel desastre había olvidado su dolor de pie, agitaba, desesperado, una y otra vez en su mano esa pequeña pero significativa herramienta.

Estelios lo observaba callado.

— ¿Me deja que lo vea? —le preguntó de repente—. He pensado algo.

El maestro se lo dio murmurando:

— ¿En qué piensas, pequeño? ¿Para qué quieres tú esto?

Pero el pequeño lo cogió, lo miró por un lado, lo miró por el otro y después fue junto al banco donde él trabajaba. Franguistas, entretanto, se había cogido su cara entre las manos y estaba sentado en el sillón pensativo.

Estelios cogió un destornillador y abrió rápido y con seguridad la herramienta. La examinó muy bien, y después vio que no podía hacer nada, la volvió a cerrar y la dejó en el banco del maestro. Después fue a la cocina, preparó una mezcla en una palangana y se acercó el maestro dolorido.

— Pongase esto en el pie —le dijo y le dio el unguento—. Mi abuela siempre nos lo pone cuando nos damos un golpe en el pie.

— ¿Y qué es esto? —le preguntó cansado Franguistas.

— Vino con pan moreno. Menos mal que tenía de las dos cosas —respondió el pequeño—. ¿Le ayudo a untárselo? Lo haré con mucho cuidado.

Y sin esperar respuesta, puso en el pie del maestro una capa gruesa de ese unguento, cerca del tobillo.

— Ahora necesitamos un trozo de tela para atártela al pie —dijo—.

— Cógelo del cajón de mi banco. Allí tengo muchos trapos inservibles.

Cuando le vendó el pie, el niño ayudó a Franguistas a acostarse.

— Estelios, te lo agradezco; anda, pequeño, vete a casa porque no trabajaremos más. Y por favor, dile a Nikitas que se pase esta tarde por aquí.

Pero en el momento en el que el niño se dirigía hacia la puerta, Franguistas lo volvió a llamar:

— Estelios, ven aquí un momento. Coge esto por los días que has trabajado conmigo —le dijo y le puso en la mano algo de dinero.

El niño protestó:

— Pero, no es necesario, yo tengo que pagarle por las clases, no usted a mí.

—¡Silencio! —dijo de forma tajante el profesor—. Coge esto y vete. Yo sé lo que hago.

Estelios se fue, pero no a casa de Nikitas como cada día.

En su mente tenía clavada una idea y quería llevarla a cabo como fuera. Se fue entonces directamente a aquella tienda grande de herramientas eléctricas y electrónicas que su abuelo había visitado hacía poco tiempo.

Apenas entró, se acercó a un empleado:

— Quería comprar una herramienta así y así —le explicó— que trabaje con electricidad.

— ¿Con un pequeño torno y una ruedecilla afilada, dijiste? No creo que tengamos. ¿Para qué la quieres?

— Para hacer grabados en madera.

— Busca por la parte de la izquierda, en los estantes que están en el centro. Si hay, estarán allí, junto a otras herramientas que tenemos para la talla en madera.

Estelios fue apresuradamente, buscó y buscó... Todas las herramientas que conocía porque las tenía el maestro las encontró allí excepto la que él buscaba. Entonces, el niño empezó a elegir algunas pequeñas piezas por separado; encontró un torno como quería, del mismo tamaño, compró cable, un asa que era un poco más grande que el que tenía la herramienta de Franguistas, algunos tornillitos, otro cable largo, un enchufe y dos o tres artilugios que consideraba imprescindibles. Se gastó casi todo el dinero que le había dado el maestro y corriendo se fue a casa de Nikitas. Estaba deseando ponerse a trabajar.

— Yo lo arreglaré... —dijo para sí—. No me importa cuanto tarde. Lo arreglaré...

En aquel momento no se dio cuenta de que lo que acababa de pronunciar no era más que una frase que decía su abuelo Jarílaos cuando se disponía a empezar un nuevo invento.

Nikitas regresó un poco más tarde.

— ¿Ya estás aquí, Estelios? —preguntó sorprendido el médico porque habitualmente sobre esa hora el niño estaba en casa de Franguistas.

Pero Estelios estaba tan concentrado en su trabajo con las herramientas que no hizo caso a la pregunta de Nikitas y respondió un «sí» sin pensarlo.

Nikitas se acercó.

— ¿Qué haces ahí?

— Lo verás en un momento —contestó el pequeño—. Dentro de nada lo terminaré.

— ¿Qué?

— Te lo explicaré luego.

Nikitas miró lo que hacía Estelios pero no comprendió qué era. Creyó que el pequeño se inventaba un juego de niños y no le dio mucha importancia. Se fue a la cocina, puso en la mesa los cubiertos y los platos y sacó la comida de la nevera.

— ¿Estelios, vienes a comer?

— Si no te importa, no iré ahora. Quiero terminar esto. Además no tengo hambre.

Nikitas se sorprendió. ¿Estelios, que comía a cualquier hora que encontrara comida, no tenía hambre? ¿Qué significaba todo esto?

Así el médico comió solo, leyendo el periódico matutino. Antes de empezar a recibir a los pacientes, fue a acostarse.

Nadie sabe cuánto tiempo había pasado exactamente cuando Nikitas de repente se despertó por las voces de Estelios.

—¡Nikitas! ¡Nikitas! ¡Corre ven! ¡Corre!

Nikitas, blanco del susto, se precipitó hacia donde estaba el chico. ¿Y con qué se encontró? Con un Estelios fuera de sí que daba saltos como un loco.

—¡Lo hice! ¡Lo conseguí! Ahora el profesor no estará triste. Tendrá su instrumento. ¡Míralo! ¡Aquí lo tengo! ¡Lo conseguí!

El médico, que todavía no se había despertado del todo, lo miraba y no lo comprendía. En realidad, pasó bastante tiempo hasta que los dos volvieron en sí y hasta que surgieron las respuestas y las explicaciones imprescindibles.

El chico y Nikitas corrieron a la casa de Franguistas. ¡Lo que ocurrió allí no se puede describir!

En cuanto el maestro vio el torno que tenía el niño, extendió la mano, lo cogió y empezó a examinarlo sin preguntar dónde y cómo lo había encontrado.

— Ayudadme a levantarme para probarlo —dijo enseguida.

Cuando lo levantó y vio que no se diferenciaba en nada de aquel que tenía antes, empezó a preguntar. Por supuesto, cuando se enteró de que Estelios fue el que lo había fabricado, abrazó al niño y lo soltó llorando.

— ¿Hijo mío, tú? ¿Tú conseguiste tal cosa? Nunca me lo hubiera imaginado si no me lo hubiera dicho Nikitas. ¡Qué te puedo decir, hijo mío! No tienes que hacer talla en madera, eso no te va. Tienes que estudiar ingeniería industrial. Eso es lo que tienes que hacer. Sí, sí. Ingeniero industrial o ingeniero electrónico... Las ciencias están hechas para ti.

— Parece que Estelios va a seguir el camino de su abuelo —dijo Nikitas.

— Pero está claro —volvió a decir el maestro—, el niño no tiene las cualidades artísticas de su padre, pero tiene la mente y la habilidad de su abuelo. ¡Esto es lo mejor que podía pasar! Nikitas, avisa a los suyos, que venga alguno aquí para que hablemos. Desde aquí me encargaré de Estelios, de los gastos, de los estudios... de todo.

— Pero... —dijo Nikitas— los suyos no aceptarán eso.

— Por supuesto que lo aceptarán. Estelios estudiará y trabajaremos juntos cuando termine. Alberto no necesita a alguien como el niño porque tiene a su suegro pero yo no tengo a nadie.

Estelios, contento, sonreía de felicidad.

— Creo que os puedo ayudar a los dos: a usted, maestro, y a mi padre —dijo—. Mi abuelo envejece poco a poco...

Franguistas sonrió.

— Por supuesto, pequeño —dijo de forma bondadosa—. Nadie va a impedirte. Estudiarás y después harás lo que quieras.

Al día siguiente, el señor Anestis, el vendedor ambulante, recibió la orden de ir al Pueblo de los Fantasmas para que viniera alguien de la familia del pequeño Estelios al Pueblo Grande. Así ocurrió.



Una propuesta interesante

Sólo quedaba una semana para que terminase el mes que Vilma pasaría en la casa del señor Panayotacos. Las gemelas, por supuesto, no querían pensar en que la muchacha se iría y se volverían a quedar solas. Una mañana que Vilma todavía no estaba con ellas, el alcalde intentó recordárselo pero ellas respondieron enérgicamente.

— ¿Qué estás diciendo papá? ¿Vilma se va? —dijo Aretí dispuesta a echarse a llorar.

— Queremos que se quede con nosotros para siempre —añadió Garifaliá—. Queremos que se quede aquí para jugar con ella y que nos cuente cuentos.

— Venga, papá, no la dejes marchar. Nosotras no tenemos mamá como los demás niños. Queremos tener a Vilma.

— Pero, niñas, por mucho que digáis, eso no ocurrirá. Yo también quiero que Vilma se quede con nosotros, pero ella también tiene familia. Ellos nos la dejaron solamente durante un mes. Se acerca el momento en el que vendrán a recogerla.

— Ella seguro que quiere quedarse con nosotros. Cuando venga, le preguntamos. Si dice que «sí», te la quedas, ¿vale? ¡Venga, papaíto! ¿Te la quedarás? ¿Nos lo prometes?

El señor Panayotacos se encontró en una situación muy difícil. ¿Qué podía hacer? Seguro que los inventores le pedirían que devolviese a Vilma pero sabía que las niñas, y también su hijo, se quedarían muy tristes sin ella.

— No os prometo nada —les dijo—, porque no depende ni de mí ni de la muchacha. Los demás decidirán si quieren que nos la quedemos aunque sea durante un mes más. Pero sabed que si ocurre esto, será la última vez que pase, porque no volverán a dejárnosla. ¿Vale?

— Papá... Tengo una idea —dijo Aretí, cuya mente siempre estaba maquinando algo —para que Vilma se quede con nosotros para siempre ¡cásate con ella! ¡Se convertirá en nuestra madre!

El pobre señor Panayotacos se quedó mudo durante unos segundos. Una imagen se le apareció de repente: él vestido de novio y a su lado, la novia, ¡un robot!

— ¡Por supuesto que no! —dijo cuando volvió en sí—. ¡Eso es imposible! ¡Sacaos eso de la cabeza! —dijo irrita-

do, y con esa idea en la cabeza, se fue con paso rápido de la habitación dejando a las pequeñas que intentaban convencerlo con lágrimas de cocodrilo y refunfuñando.

Pero Aretí y Garifaliá no se rindieron. Puede que su padre no quisiera casarse con Vilma, pero ellas harían todo lo posible para conseguirlo.

Entonces salieron al jardín y se sentaron debajo de un pino grande y frondoso. Creían que entre sus ramas vivía un hada, como les había dicho el jardinero, que las vigilaba siempre. Les había dicho que si eran buenas chicas podían escribirle en una carta lo que querían y después dársela a él. Él procuraría coger al hada y, si estaba de acuerdo, les concedería lo que deseaban. Lo difícil de esta tarea era que no sabían escribir muy bien. Tenían seis años, acababan de aprender el abecedario y la verdad es que no muy bien.

— ¿Aretí, cómo dices que le haremos saber al hada que queremos que papá se case con Vilma? ¿Vamos a decírselo al jardinero para que se lo diga?

— No, el jardinero nos va a regañar, como de costumbre, y nos mandará con nuestros juguetes.

— ¿Entonces? ¿Lo decimos fuerte para que lo escuche?

— Eso no puede ser porque podrían escucharlo también los demás.

Garifaliá se desesperó.

— Entonces no podemos hacer nada con el hada...

Aretí se puso de pie de un salto y empezó a dar vueltas al lado del pino. Iba y venía.

— Pero, ¿qué haces ahora? —preguntó nerviosa su hermana.

— Estoy pensando...

— ¿Y es necesario que des tantas vueltas?

— Cállate, Garifaliá; tú no sabes. Yo he visto a papá dar vueltas cuando está pensando en algo importante. Así le vienen las ideas.

Garifaliá no volvió a hablar, solamente miraba callada ir y venir a su hermana. De repente, Aretí se paró a su lado.

— ¡La encontré! —gritó—. ¡Ya tengo la solución!

La otra niña se levantó de un salto.

— ¿Qué encontraste?

— Encontré la manera de avisar al hada.

— ¿Cómo?

— Dibujaré en un papel un novio con una novia...

— Y un cura —añadió Garifaliá.

— Vale, y un cura. Doblaremos bien el papel y se lo daremos al jardinero para que se lo dé al hada.

— ¿Y dices que ella lo entenderá?

Aretí se rió por la ingenuidad de su hermana.

— Claro, hermanita, y si no lo entiende, ¿qué hada es? Incluso yo entendería lo que me quieren decir si cogiera ese papel.

Alegres por la solución que idearon, las dos pequeñas

corrieron hacia la casa y entraron en la habitación de los juguetes donde tenían sus rotuladores.

— Buenos días —escucharon que decía el loro.

— Buenos días, Kokó —respondieron sonrientes y sin darle ninguna importancia cogieron un folio en blanco y empezaron a dibujar.

Mientras dibujaban, estaban hablando.

— ¿Dices de verdad que el hada puede conseguir casarlos?

— ¡Como sea! Algo así lo hacen las hadas. Escucha lo que te digo... —dijo Aretí.

— ¿Acaso Vilma querrá casarse con él?

— Nosotras convenceremos a Vilma.

— Y yo —se escuchó de nuevo la voz del loro.

Pero junto a la voz, se oyeron algunos pasos. Era el alcalde que, arrepentido de su berrinche por la propuesta que le habían hecho sus hijas, venía a ver si estaban muy tristes o quizás lloraban.

Apenas lo vieron, las gemelas agarraron lo primero que encontraron y lo pusieron encima del papel en el que dibujaban para esconderlo.

— ¿Qué hacen aquí mis niñitas? —preguntó el padre con voz dulce, fingiendo que no veía que tapaban su dibujo.

— Dibujamos papá.

— ¡Ah, bien! —dijo sin entusiasmo—. Yo me voy, así que le he dicho a Vilma que viniera. Cuando terminéis vuestro

dibujo, pedid a Vilma que os cuente vuestros cuentos favoritos y cuando yo vuelva, os traeré un regalo.

— ¿Qué? ¿Qué nos traerás? —preguntaron las dos sin demasiado interés.

— Lo veréis cuando lo traiga, si os portáis bien y os quedáis tranquilas.

Las pequeñas no dijeron nada más y eso impresionó al alcalde. Habitualmente, seguían atormentándolo hasta que se enteraban de la sorpresa. ¿Pero ahora? Parecía como si quisieran que se fuera rápido. Entonces, ¿qué era lo que dibujaban y escondieron apenas entró?

Aquella mañana el señor Panayotacos se fue de su casa lleno de pensamientos. «Tengo que descubrir qué les ocurre a las niñas» pensaba. «Me parece muy extraño... Nunca las había visto así».

Cuando Vilma entró en la habitación de los juguetes, el dibujo estaba preparado y doblado en una esquina de la mesita.

— ¡Buenos días, niñas! —dijo la muchacha.

— Buenos días, Vilma —respondieron alegres las pequeñas.

— Buenos días, Vilma —dijo también el loro—. ¿Quieres casarte?

Las niñas estaban desconcertadas. ¿Qué era lo que el pájaro había pronunciado?

Se volvieron a la vez y miraron a Vilma, pero ella no parecía haber oído nada. Y se tranquilizaron.

Pero esto le dio una nueva idea a Aretí. Pensaba que sería mejor que, además del hada, también podrían convencer a la misma Vilma y luego ésta convencería al alcalde para que se casaran. ¿Pero cómo lo conseguirían? ¡Ah! Aquí estaba la dificultad.

— Vilma, no queremos hacer otro dibujo —dijo sobresaltada Aretí—. Vamos a tu habitación a ver tu ropa.

Garifaliá la miró extrañada. ¿Qué idea era aquella? ¿Para qué quería Aretí ver la ropa de Vilma?

Vilma se puso en pie y fue a su habitación. Aretí detrás de ella colocó el dedo en la boca y le hizo señas a Garifaliá para que no hablara. Las dos chicas la siguieron calladas.

— Enséñanos tu ropa —dijo Aretí a Vilma apenas entraron en la habitación.

Enseguida Vilma empezó a sacar uno por uno los vestidos del armario.

— ¿Para qué los quieres ver? —preguntó en voz baja su hermana Garifaliá.

— Quiero que Vilma se vista con el mejor vestido y que se ponga muy guapa para que le guste a papá —le explicó.

— ¡Ah, entiendo... entiendo! —aplaudió entusiasmada la pequeña.

— Vale —dijo Aretí— ya hemos visto todos los vestidos. ¿Quieres ponerte ahora ese rojo que tanto nos gusta?

Vilma se lo puso en un segundo. Pero el vestido no era lo que buscaban las niñas.

— Vilma —volvió a decir Aretí—, ¿por qué no te pones mejor el verde?

Ese era mejor que el anterior pero tampoco era perfecto.

— ¡Ajá! ¿Qué te parece, Garifaliá?

— Regular. Prefiero aquel celeste —dijo Garifaliá y señaló el vestido celeste claro, largo, bordado con abalorios.

— Vilma —dijo de nuevo Aretí— ¿te pones, por favor, aquel celeste?

Vilma lo sacó muy diligente y las pequeñas se entusiasmaron. Vilma se convirtió en una auténtica muñeca, era como un hada de verdad.

— ¡Ése, Vilma! ¡Te pondrás ése para el almuerzo! —le dijo Aretí.

— Y... ¿no tienes pendientes y pulseras? —preguntó Garifaliá.

— Tengo...

— Enséñanoslo.

Vilma abrió una caja y sacó diferentes joyas. Las pequeñas olvidaron por un momento el propósito que les había traído hasta allí y empezaron a probarse ellas, a mirarse en el espejo y a reírse como tontas. Al final, cuando se aburrie-

ron, se acordaron de que tenían que elegir un par de pendientes para Vilma. Y, en realidad, eligieron los más impresionantes. Se los dieron y ella se los puso en las orejas.

— ¡Estás fantástica! — gritó Aretí.

— ¡Estás muy guapa! — añadió también Garifaliá.

Y se quedaron por un momento calladas para observar la maravilladas.

A la hora de la comida, el alcalde y Nicolás fueron los primeros en sentarse en la mesa. Las niñas llegaron justo después; a Vilma le habían dicho que esperara a que la llamasen. Y, naturalmente, Vilma esperó. El señor Panayotacos, antes de empezar a comer, le dio a su hijo un puzzle y a sus hijas lo que les había prometido: una pequeña cámara de fotos de esas que la foto sale enseguida.

— ¡Os enseñaré a sacar fotos muy bonitas! — les dijo.

— ¿Nos enseñarás ahora? ¡Queremos hacernos una, aquí, en la mesa! — dijo Aretí que se le ocurrió otra idea.

El alcalde cogió la cámara y miró por el objetivo. En aquel momento Aretí llamó a Vilma. Así, en el instante en que Vilma entró magnífica, con el vestido de hada, el alcalde estrenó la cámara e hizo una foto a Vilma. Las niñas se tiraron encima de él:

— ¡Mira! ¡Papá! ¡Qué guapa salió! ¡Está fantástica!

— ¡Y qué colores tiene! ¡Más bonitos que los de una pintura!

— ¿Puedes dárnosla? —preguntó Aretí.

El alcalde les dio la fotografía de la muchacha riéndose con entusiasmo. Dentro de él había una esperanza: «Tal vez se centren en la cámara y se olviden del asunto de Vilma por fin», pensó.

Entre tanto Vilma se quedó de pie en el extremo de la mesa y lo miraba. Durante un instante la miró él también y bastante dubitativo: «¿Qué le ha pasado a Vilma que se ha puesto lo mejor que tenía?» dijo para sí y justo después le dio la orden:

— Vilma, siéntate, no te quedes de pie. Vamos a comer.

Las niñas, que observaban a los dos, parecían contentas. Vilma había permanecido de pie y miraba al padre. Éste, en cuanto la vio tan guapa, clavó sus ojos en ella.

Aretí pellizcó de alegría a Garifaliá que soltó de repente un chillido.

— ¿Qué sucede, niñas? —dijo el padre.

— Nada, nada —respondió sobresaltada Aretí—. ¿Has visto lo guapa que está hoy nuestra Vilma?

— Sí, mucho... —respondió distraído el alcalde.

Las pequeñas se miraron contentas. De repente, Aretí se levantó y corrió hacia dentro. Pero antes de que el señor Panayotacos le preguntase dónde iba, estaba de nuevo en el comedor. Luego, no tuvo lugar ninguna conversación porque

en cuanto sirvieron la comida en los platos, empezaron a comer con muchas ganas, especialmente las dos pequeñas.

¡Estaban entusiasmadas! El plan había empezado a surtir efecto. Tenían que estar constantemente pensando en ello y hacer todo lo posible para casarlos. Solamente así, Vilma, a la que tanto cariño le habían cogido, no se marcharía.

Después de la comida, cuando el alcalde se fue a su habitación a descansar un poco, se dio cuenta de lo que había hecho Aretí cuando se levantó de la mesa: al lado de él, en la mesilla de noche, estaba la foto que el propio alcalde había hecho a Vilma con su vestido de hada azul.

Por la tarde, en el momento en que el señor Panayotacos se estaba preparando para ir al ayuntamiento, oyó un leve golpe en la puerta de su habitación. Era Nicolás.

— ¿Quieres algo, hijo? —le preguntó en cuanto abrió la puerta.

— Sí, ven papá, por favor. Tengo algo que decirte.

El alcalde sonrió; el pequeño tenía un tono serio e intranquilo.

— ¿Qué ocurre? ¿No has conseguido hacer todavía tu puzzle?

— No, no es eso. Se trata de Castanulis. ¿Cuando tú lo compraste sabías que no era un caballo normal? Ahora hace cosas muy extrañas y yo intenté averi-

guar quién era el culpable, y me di cuenta que era lo que yo había pensado desde el principio.

— Entonces, ¿qué has visto?

— Vi que no era del todo real. Por supuesto, mueve la cola y las patas y relincha, pero es como un ser sin vida. Por lo menos, cuando lo compramos corría y brincaba. Ahora, cada día va más lento. Temo que al final no ande nada. ¿Qué hago con él?

El señor Panayotacos comprendió el motivo. «Las pilas se han gastado y tal vez los chips de tanto brincar necesitan que los aprieten. Tengo que cambiarle las pilas y en cuanto pueda, llamo a Jarílaos para que le eche una ojeada», dijo para sí.

— Vale, Nicolás, me encargaré del asunto. Deja que Castanulis descanse unos días y después, estará como de costumbre.

— Sí, pero no es un caballo de verdad, papá, ¿estás de acuerdo? ¿Pero qué es?

El alcalde decidió contarle la verdad porque su hijo sospechaba que Castanulis no era real.

— Escucha, hijo mío: Castanulis parece un caballo normal, pero nos confundió a todos cuando lo vimos por primera vez porque, en realidad, es un robot. Tiene en su interior un sistema, según los últimos adelantos tecnológicos, que ha inventado aquel señor que viste en la fiesta, ¿te acuerdas? Con este sistema es capaz de mover las

patas, la cola y correr; se mueve, hasta donde yo sé, con pilas. ¿Entiendes?

Nicolás movió la cabeza; durante unos instantes se quedó pensativo y después con un tono muy serio dijo:

— Tiene que ser un inventor muy importante este señor, ¿no, papá?

— Sí, hijo mío, mucho más importante de lo que puedas imaginar —contestó el señor Panayotacos y miró su reloj—. Pero ahora, me tengo que ir porque me esperan en el ayuntamiento. En cuanto a Castanulis, no te preocupes, yo lo arreglaré.

Nicolás, aún pensativo, se dio la vuelta para irse:

— Nicolás —dijo el alcalde— no les digas a las niñas lo que hemos hablado. Piensan que Castanulis es un caballo de verdad. Son pequeñas todavía para comprender qué es un robot. ¿De acuerdo?

— Sí, lo sé. Quédate tranquilo, papá. El secreto se quedará entre hombres —dijo el niño y salió de la habitación.

El señor Panayotacos sonrió contento. «Afortunadamente, tengo unos buenos hijos. Te lo agradezco, Dios mío» pensó y salió al jardín para ir a su despacho. Pero allí lo esperaba el jardinero.

— ¡Señor, señor! Esto es para usted. Bueno, era para el... ¡haha!

El alcalde cogió el papel doblado y lo abrió.

— ¡El dibujo que escondieron! —dijo en voz alta.

Dibujados con la ingenuidad e inocencia de un niño, vieron en medio del papel una novia, un novio y ¡un

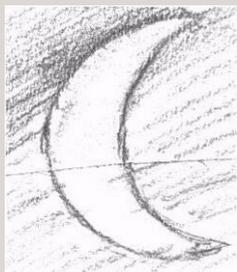
cura! Sobre sus cabezas llevaban dos círculos, tenían que ser unas coronas, y en la parte inferior de la hoja, había una mesa muy colorida en la que se veían algunos dibujos como ramos, esos tenían que ser los regalos para los invitados. En la parte de abajo del vestido de la novia se leía VILMA y debajo de los enormes zapatos del novio estaba escrita la palabra: PAPÁ.

El señor Panayotacos se volvió loco.

— ¡No, no puede ser! —dijo en voz alta—. Quería darles un poco de alegría con Vilma y ¡mira lo que ha pasado! ¿Qué haces ahora, señor alcalde? —se preguntó.

Miró el dibujo una y otra vez. Después, lo dobló, lo guardó en su bolsillo y se fue apresuradamente a su despacho suspirando.

— Será la primera vez —murmuró para sí— que el hada no cumpla sus deseos.



Un trágico descubrimiento

En cuanto Anestis llevó a Jarílaos el mensaje de ir al Pueblo Grande, en la familia reinó la intranquilidad. ¿Qué pasaba con Estelios?

Cada uno tenía su propio punto de vista y su forma de pensar. En el único punto en el que estaban de acuerdo todos era que tenían que traer al niño al Pueblo de los Fantasmas. Eso estaba claro.

Así, una mañana, unos días después de su primera visita, el señor Anestis vino otra vez para llevar a Jarílaos y a Cristina al Pueblo Grande. Además de Estelios, también volvería Vilma. El mes había llegado a su fin y el señor alcalde había prometido devolverla.

Así, se iban dos y en pocos días volverían cuatro.

Esto era el consuelo de los otros dos que se quedaban en el pueblo, porque, de repente, sintieron un gran vacío. Para superarlo, Alberto se metió en el taller para trabajar.

«Intentaré terminar la nueva Vilma», dijo para sí. «Trabajaré duro y la tendré preparada para cuando Jarílaos vuelva. Creo que lo conseguiré. Además, voy por muy buen camino».

La abuela Elvira se dedicó a hacer la limpieza general de la casa. Empezó a arreglarla ahora que no había nadie dentro, a dar vueltas sin rumbo fijo y a ordenar. Era la única forma de pasar tantas horas muertas en soledad.

En el Pueblo Grande, Nikitas y Estelios esperaban impacientes que llegase alguien del Pueblo de los Fantasmas para contarles las noticias. El pequeño estaba muy entusiasmado por su éxito y no veía la hora de darlo a conocer, principalmente a su abuelo. Cada noche, al acostarse, hacía sus planes y sobre todo, en cómo se lo diría a Jarílaos; él mismo casi se echaba a llorar cuando se imaginaba la emoción que le causaría. Después se veía a sí mismo pasar de alumno del colegio a universitario. ¿Y después? Esto lo hacía reírse de alegría y sentirse muy orgulloso. Después haría descubrimientos importantes como su abuelo e incluso mejores que los de él.

Soñaba con todo esto una y otra vez. Se convertía de repente en dulces sueños y manos suaves que le acariciaban la cabeza, lo acunaban y lo transportaban a los países de las

alegrías y a su infinita felicidad, dónde como el héroe de un cuento, conseguías increíbles hazañas.

Por otra parte, Nikitas se sentía responsable del niño que le habían confiado y de Vilma, porque el alcalde se la entregaría a éste cuando terminara el mes acordado. Por eso, pocos días antes de que terminase el mes, decidió recordárselo. Era una mañana soleada y el médico se había despertado de buen humor. Se levantó cantando, se duchó, se afeitó y se encontraba en la cocina preparando el desayuno medio dormido cuando Estelios se levantó y fue a la cocina.

— ¡Oh! ¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó Nikitas al pequeño—. ¿Tienes hambre?

— No, pero soñé con Vilma y pensé que había vuelto —dijo el niño.

— Creo que dentro de nada la podrás ver de verdad —contestó Nikitas— porque pienso ir a Kefalajori para ver al alcalde y... por cierto ¿qué día es hoy?

— Miércoles—dijo el pequeño.

— ¡Bien! Quiero recordarle que el lunes se nos acaba el mes y tenemos que traer a Vilma. Yo voy a ir. ¿Quieres venir?

— Por supuesto que quiero, ¡vaya pregunta! —dijo Estelios.

Así, después de haberse preparado, se pusieron en marcha los dos hacia Kefalajori con el armatoste, como llamaba Nikitas a su coche.

El alcalde andando no tardaba más de diez minutos desde su casa al despacho. Por esta razón, iba al trabajo a pie. Éste lo agradecía porque le daba tiempo a pensar sin interrupción, cosa que era muy difícil hacer en su casa o en su lugar de trabajo.

Así, aquella mañana que cogió el dibujo de las niñas, aunque tenía prisa, se fue andando al trabajo. El día era bueno, pero sus pensamientos no. Eran un caos. Un caos que, aunque intentaba resolverlo, lo liaba más.

No sabía qué sería lo mejor. Las pequeñas ya se lo dijeron claro: «Nosotras no tenemos mamá como los otros niños. Tengamos entonces a Vilma». La casa se convertiría en llantos y lamentos. Y él que tenía una gran debilidad por las niñas, no soportaría eso. ¿Quedarse con Vilma? ¿Cómo podía lograrlo? Sus inventores la querían de vuelta. Además, les había prometido que la devolvería en un mes.

Está claro que no se la dejarían por más tiempo. A pesar de haberles ofrecido mucho dinero, aceptaron con muchísima reparo dejársela durante sólo un mes.

Y... la solución que le habían propuesto las niñas era para reírse. ¿Qué haría el hombre?

Pensaba y pensaba, se acercaba más a su despacho pero ninguna idea se le venía a la mente. A la única conclusión que había llegado era suplicarle a los inventores y volverles a pagar mucho dinero, para que le dejaran un mes más a

Vilma, y quizás durante este mes las pequeñas se aburrían de ella y no se entristecerían tanto cuando se fuera.

Pero como era una persona buena y un buen padre, Dios se compadeció de él y quiso ayudarle. Al entrar en su despacho, un empleado del ayuntamiento le dio un sobre cerrado. El nombre, que estaba fuera, estaba escrito en otra lengua y el sello era del extranjero.

El señor Panayotacos nunca había tenido correspondencia del extranjero. Por eso, dudó mucho cuando cogió la carta. La miró muy bien, leyó el remitente desconocido, la giró durante unos minutos y después, indeciso, abrió el sobre. Dentro había un pequeño mensaje escrito en griego:

Estimado señor alcalde,

Usted no me conoce ni yo a usted. Su dirección me la dio el jefe de nuestra compañía Cyberding Co., que reside en Tokio, Japón, y tiene una sucursal en Grecia. Como bien sabrá, nuestra empresa fabrica televisiones, radios, cámaras de foto, ordenadores y similares de última tecnología. Mi jefe me ha pedido que me ponga en contacto con usted para que me informe sobre el desconocido científico que ha inventado un increíble robot en Kefalojori o en otro lugar cerca de allí. No sé muchos detalles sobre la diferencia que tiene este robot de los que ya existen. Pero por eso, cualquier adelanto nos interesa muchísimo, le ruego que me informe de todo lo relacionado con el robot y si,

como afirma mi jefe, es algo muy especial, iré yo en persona a verlo con mis propios ojos y buscar a su inventor.

Le agradecería que me mandara fotos y todos los detalles que pueda.

Gracias por adelantado.

Un cordial saludo,

Alex Bríner

Jefe de producción de Cyberding Co.

Apenas terminó de leer, el alcalde aplaudió entusiasmado y se puso de pie de un salto, agitando el mensaje como una bandera y gritando fuerte:

— ¡Ésta! ¡Ésta es la solución! Pondré en contacto a los inventores con Alex Bríner pero les suplicaré que me dejen como recompensa a Vilma otro mes más. Creo que el hacerse famosos les daría una alegría tan grande, que no me lo negarán. Lo único que tengo que hacer es hacerle una foto a Vilma y apuntar en una nota que es, cómo llegó, qué hace y todo lo demás. No hay duda que los japoneses se entusiasmarán.

Y era tanta la felicidad del señor Panayotacos por ayudar a estas personas, Jarílaos y Alberto, que tanto lo merecían, pero también por darles a las niñas la alegría de tener a Vilma un mes más. Dio rápidamente órdenes a los empleados y él, casi corriendo, entró en el coche del ayuntamiento y le dijo al conductor:

— ¡Al Pueblo Grande, rápido! Vamos a la casa del médico, del señor Nikitas Filaretu.

Entretanto, Nikitas con Estelios llegaron a Kefalojori y fueron directamente al ayuntamiento.

— ¿Puedo ver al señor alcalde? —preguntó Nikitas.

— El señor alcalde salió hace un momento y volverá dentro de dos o tres horas, según nos dijo.

— ¡Oh! ¡Qué pena! —dijo Nikitas—. ¿Podría decirme dónde está su casa? Es que vengo desde lejos y quiero ver al menos a sus hijos, que son amigos de este pequeño de aquí —y señaló a Estelios.

Al enterarse dónde vivía el alcalde, Nikitas partió hacia allí.

Las pequeñas habían salido en ese momento y jugaban con Vilma en el jardín. Cuando el coche paró allí al lado, corrieron, dispuestas a ver quién había venido a visitarlas. A Nikitas, por supuesto, no lo conocían, pero vieron a Estelios y lo conocieron al instante.

— ¡Garifaliá, Vilma! ¡Rápido, vamos dentro! —gritó Aretí y, antes de que las otras dos comprendieran lo que decía, dio una carrera y desapareció. Naturalmente también la siguieron.

— ¿Pero qué te pasa? —dijo jadeando Garifaliá en cuanto entraron.

— ¿No viste quién vino? Es aquel chico que jugaba con Nicolás y Castanulis en la feria.

— ¿Y? ¿Qué te importa?

— Hermanita, vendrá a recoger a Vilma, ¿entiendes? ¡Vamos, Vilma, rápido, escóndete! Escóndete donde puedas si no quieres marcharte.

Vilma, cuando escuchó esto, desapareció en un segundo.

Entretanto Estelios y Nikitas entraron en el jardín y avanzaron hacia la casa. Allí encontraron al jardinero.

— ¿Hay alguien aquí? —le preguntaron.

— Sí, Vilma con las niñas —dijo él.

— ¿Las puedes llamar, por favor? Las necesitamos —preguntó educadamente Nikitas.

El jardinero entró en la casa.

— ¡Garifaliá, Aretí, salid un momento, os buscan! —gritó.

Pero no hubo ninguna respuesta.

— ¡Aretí, Garifaliá! ¿Dónde estáis, niñas? ¿No me oís? —volvió a gritar.

Pero tampoco hubo ninguna respuesta. Las pequeñas estaban desaparecidas.

El señor Lambros inquieto entró para ver qué ocurría. Como no las encontraba, se preocupó aún más. Las llamaba por aquí y por allí... No estaban en ninguna parte.

— ¡Oh, Dios mío! —dijo fuerte—. ¿Pero qué pasa? ¿Se abrió la tierra y se las tragó?

Pero cuando desesperanzado ya había decidido avisar al alcalde, escuchó un crujido que venía de la habitación de su

jefe. Corrió rápido hacia allí y... ¡qué vio! Debajo de la cama, tendida en el suelo, se encontraba Vilma y ni se movía.

— ¿Te volviste loca, hija? —gritó el jardinero nervioso—. Llevo una hora llamándoos y vosotras, ¿jugando al escondite? Sal rápido y dime: ¿dónde se escondieron las niñas?

Vilma salió de su escondite pero no sabía decir dónde estaban escondidas las pequeñas.

— ¿Sabes o no sabes dónde se escondieron?

—No sé.

— Entonces ve tú a atender vuestras visitas. ¡Ya me cansé de vuestros juegucitos! —dijo de nuevo el jardinero enfadado y se fue rápidamente.

Vilma salió al jardín. Detrás de ella, corrían las dos pequeñas.

— ¡No, Vilma, no! ¡Entra dentro! Te llevarán.

Pero Estelios y Nikitas ya la habían visto.

— ¡Vilma! —gritó Estelios—. ¡Ven aquí! —y corrió hacia donde estaba ella.

Vilma se fue directamente a darle un abrazo.

— ¡Vilma —dijo Nikitas—, y a mi también!

Y Vilma fue hacia él.

Las niñas, cogidas de la mano, se quedaron a verlos. Las dos tenían la cara acongojada y estaban a punto de ponerse a llorar.

— ¿Por qué estáis tan tristes, niñas? —preguntó Nikitas cuando vio sus rostros.

— Porque no queremos que nos quitéis a Vilma —murmuró Aretí.

— Nosotros queremos quedárnosla aquí para siempre —añadió Garifaliá.

— No, eso no puede ser —dijo entonces Estelios sobresaltado—. Ya es suficiente con que os quedéis con Castanulis. ¡Ya vale! Vilma es mía y no se la doy a nadie.

Entonces las pequeñas empezaron a llorar. Lloraban de impotencia, cogidas la una a la otra. Nikitas se emocionó. «Las pobrecitas», dijo para sí, «son huérfanas y les hace falta una madre, alguien que se preocupe por ellas. Por eso quieren tanto a Vilma». Pero tal y como estaban las cosas, Vilma no se podía quedar con ellas. En pocos días regresaría a su casa, al Pueblo de los Fantasmas, junto a aquellos a los que pertenecía.

— Estelios, espera, no te apresures y vosotras, niñas, no lloréis —les dijo con voz tranquila—. Nosotros no venimos hoy a recoger a Vilma. Vinimos solamente a ver a vuestro padre y a hablar con él. Tranquilizaos. Podemos sentarnos aquí al fresco hasta que regrese, porque nos dijeron que se habían ido a hacer algún trabajo.

Cuando las niñas escucharon que no se iban a llevar en aquel momento a Vilma, dejaron de llorar durante un se-

gundo y empezaron a comportarse como las mejores señoras de la casa.

— Si es así, sentaos. ¿Queréis un poco de agua fría?

— Sí queremos, por supuesto que queremos — contestó Nikitas.

Pero Estelios estaba de pie con la ceño fruncido y no decía ni una palabra. Más bien dudaba si lograrían llevarse a Vilma dentro de unos días. El médico le tocó el hombro:

— Venga, Estelios, no te irrites. Ahora dentro de poco, vendrá el señor alcalde y todo se va a arreglar. Tú eres grande ya, no te comportes así.

Lo mejor fue que en aquel momento se abrió la puerta del jardín y entró rápido como un tornado, Nicolás acalorado y al ver a los extraños, se quedó parado.

— Buenos días —dijo—. ¿Viniste a jugar, Estelios? ¡Vamos!

— Anda, ve con tu amigo, Estelios —dijo Nikitas y le dio un leve empujón al niño que permanecía quieto.

— ¿Dónde está Castanulis? —preguntó Estelios.

— Aquí, aquí detrás lo tengo, estamos jugando a la guerra con mis amigos. ¡Vamos!

Estelios miró indeciso a Nikitas.

— Pero... ¿Vilma?

— ¿Qué Vilma? —dijo él—. En cuanto venga el señor alcalde te llamaré.

Nicolás y Estelios se fueron corriendo.

— Garifaliá —llamó Aretí en ese momento a su hermana—, ¿vas a traerle un poco de agua fría al señor?

— ¿Y por qué no vas tú?

— Yo lo dije primero; ve rápido.

— Yo no voy —se enfadó Garifaliá—, que vaya Vilma.

Nada más escuchar esto la muchacha entró en la casa. Pero junto a los escalones de la entrada, el señor Lambros había dejado una bolsa llena de piñones para la chimenea. Vilma no la vio, tropezó con ella y cayó al suelo, provocando un ruido como el de la madera cuando se cae.

Las pequeñas se pusieron a gritar.

— ¡Vilma!

— ¡Vilma se cayó!

Y corrieron las dos junto con Nikitas hacia el lugar. Pero el espectáculo que las niñas tenían enfrente les hizo perder el habla y la razón.

El vestido de Vilma se había levantado; detrás, en su espalda, se había salido la tapa de una caja cuadrada que estaba colocada en su cuerpo y contenía ¡dos pilas!

— ¿Qué es eso? —preguntó aterrorizada Aretí señalando con el dedo la caja abierta—. Garifaliá, ¿qué ves tú? —volvió a preguntar. Ni creía ni podía comprender lo que pasaba.

Nikitas, viendo la situación y no teniendo otra alternativa, intentó darle las explicaciones imprescindibles de la mejor manera que se le ocurrió. Se

agachó, colocó las pilas y cerró la tapa. Después levantó cuidadosamente a Vilma y la puso en pie.

— Vilma —le dijo— diles la verdad a las niñas. ¿Qué eres?

Con voz suave y tierna respondió Vilma:

— Soy un robot.

— ¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Aretí que todavía no se había recuperado de la terrible sorpresa.

— Quiere decir que Vilma no es una persona de carne y hueso, es una persona fabricada.

— ¿Entonces Vilma no está viva? —dijo la niña en voz baja, como temiendo que la escuchara el robot.

¿Qué podía decir Nikitas ahora a una niña de seis años que ha querido tanto a Vilma?

— La vida real la da solamente Dios —intentó explicarle—. Vilma vive como una muñeca y por eso no morirá nunca.

— Y nosotras que la queremos tanto... —murmuró triste Aretí.

— ¡Pero ella también os quiere! ¿Quieres a las niñas, verdad Vilma?

— ¡Las quiero! ¡Las quiero mucho! —dijo ella al instante.

— ¿Pero cómo entiende y habla? —preguntó Aretí.

— ¡Oh! Hija mía ésa es una historia muy larga para explicártela. Creo que por ahora es suficiente con que sepáis que Vilma es una compañera maravillosa para vosotras y que como la queréis vosotras, os quiere ella también. Todo lo demás dejadlo para más tarde.

Nikitas dejó la conversación ahí. Pero las pequeñas se fueron a un rincón y hablaron, hablaron y hablaron en voz baja entre ellas. Realmente era algo impresionante vivir un mes con alguien que se comportaba tan bien con ellas, que jugaba con ellas, que les contaba cuentos e, incluso ¡querían que se casase con su padre!, y de repente, les dicen que la buena y querida Vilma no era nada más que un casi perfecto ¡robot!

¿Es o no es para volverse loco?



Una noticia y ¡qué noticia!

Jarílaos y Cristina llegaron al mediodía al Pueblo Grande y se fueron directamente a casa del médico. Llamaron, volvieron a llamar y nada. Nadie les abría. Ni Nikitas ni Estelios.

— ¡Qué extraño! — dijo Jarílaos—. ¿Dónde se escondieron los dos al mediodía?

— Puede que hayan ido a picar algo — dijo Cristina queriendo mantener la sangre fría ante la preocupación por lo que le podría haber pasado al médico y a su hijo.

— Entonces Anestis —dijeron al vendedor ambulante que esperaba ver si al final entraban o no—, ¿nos llevas hasta la plaza? Allí tal vez los encontremos en algún sitio donde puedan estar comiendo.

Anestis los ayudó a subir de nuevo al carro y se fueron a la plaza.

La plaza estaba bonita y pintoresca, como siempre. Los árboles viejos daban sombra a las baldosas, mientras los cafeterías, los restaurantes con manteles de multitud de colores, las macetas con geranios y rosas y las fuentes rodeadas de flores la hacían única.

Sentado debajo de un platanero que daba mucha sombra se encontraba el alcalde de Kefalojori. En su mesa había una botellita de aguardiente, un platito con aceitunas negras, dos sardinas cortadas en tres trozos, un poco de queso y dos o tres trozos de salchicha casera. De pie a su alrededor, distintas personas del pueblo le daban su opinión y le contaban tanto cosas buenas como malas.

Cuando Jarílaos y Cristina vieron a las personas que estaban reunidos allí, se acercaron para enterarse de lo que estaba pasando. Pero en cuanto apartaron a algunos, se dieron cuenta de que se trataba del alcalde y casi empujando se pusieron a su lado.

— Señor alcalde —dijo Jarílaos indeciso porque no estaba seguro si el alcalde lo recordaba.

— ¿Tú? ¿Tú en el Pueblo Grande? —gritó el alcalde sorprendido—. Vine aquí porque quería encontrar al médico para decirle que te necesito.

— ¿Pasa algo con Vilma?

— Exactamente, se trata de ella pero siéntate, porque tenemos mucho de que hablar.

Jarílaos y Cristina se sentaron y empezaron a comprender de qué quería hablar el alcalde.

— Entonces querido amigo, conseguí, como te había prometido, un buen comienzo. Hablé de ti a un jefe de una gran compañía de producción de artículos electrónicos. Mira los resultados —dijo el señor Panayotacos desdoblando la carta que le dio a Jarílaos—. Léela.

Jarílaos cogió la carta, la leyó y la volvió a leer para estar seguro de que la había comprendido bien y después, de repente, se levantó, se echó en el regazo del alcalde que lo observaba desde su silla y empezó a besarlo en las mejillas.

Cristina se quedó boquiabierta.

— ¡Papá! ¡Papá! —empezó a tirarle para despegarlo del regazo del alcalde—. ¿Qué te pasa? Cálmate.

Jarílaos con lágrimas en los ojos se sentó.

— No sé como expresarle mis agradecimientos, señor alcalde —empezó a decir—. Tengo que pensar la manera de recompensarle por todo lo que ha hecho por mí. No se imagina la alegría que me da que se haya dado a conocer mi invento. ¿Qué le puedo decir? No tengo palabras.

El señor Panayotacos lo dejó hablar. Jarílaos estaba dejándose llevar por su alegría y su emoción. No era para menos. Un artista insignificante y un inventor desconoci-

do podrían hacerse famosos de la noche a la mañana en la era del desarrollo tecnológico y de los avances.

Cuando las primeras emociones se calmaron, el alcalde se acordó de lo que quería pedirle a Jarílaos.

— Y sabes, Jarílaos, ahora que te he explicado por qué te buscaba, tengo que decirte algo más. Quiero que me hagas un favor.

El señor Panayotacos empezó a contar todo lo relacionado con los niños, con su orfandad, con el amor que le tienen a Vilma y con la desesperación de que el mes termine.

— Por eso, para que a las pequeñas no les duela su pérdida —dijo finalmente—, quería pedirte que me digas cuánto dinero quieres para que me la dejes un mes más.

— ¿Ella es el favor que me pide, señor alcalde? —dijo enseguida Jarílaos—. ¡Ni lo mencione! Nosotros no queremos dinero. Dejaremos a Vilma en su casa hasta que se la enseñemos al jefe que le escribió. Después, ya veremos. No puedo decirle nada por ahora pero... he pensado algo.

Entonces cuando hablaron y se pusieron de acuerdo, el señor Panayotacos se levantó.

— Es hora de irme —dijo—. Ahora ya no es necesario buscar al médico porque te he encontrado a ti, Jarílaos. Apuntaré los detalles que me pidieron desde Japón y mandaré una fotografía de Vilma que ya tengo preparada en mi mesilla de noche. —El alcalde recordó a Vilma al

mediodía con el vestido bordado de hada y la fotografía de la mesilla de noche y se rió moviendo la cabeza—. Para que lo entendáis —explicó a Cristina y a Jarílaos que lo miraban dubitativos—, tengo que deciros que esta locura la han hecho mis hijas para no perder a Vilma, que se empeñaron en que me casara con ella. ¡Comprendéis lo que he sufrido!

— ¿Qué? —gritaron los dos al unísono—. ¿Que os caséis?
Los tres empezaron a reírse.



Vilma para todos y todos para Vilma

Después de que esperaran mucho tiempo a que regresara el señor Panayotacos, Nikitas y Estelios decidieron irse; el alcalde no aparecía por ninguna parte. Los pacientes ya esperaban al médico en la consulta y Estelios, aunque jugó un poco con Nicolás y los otros niños, no estaba de buen humor. Por una parte, el hecho de que Estelios no podía montar a Castanulis sin pedirle permiso a su amigo, y por otra parte, que las pequeñas quisieran quedarse con Vilma, lo habían enfurecido. Con mucha alegría escuchó que Nikitas lo llamaba para regresar al Pueblo Grande.

Pero las pequeñas se alegraron cuando los vieron partir. Aunque Nikitas les dijera que no habían venido a llevarse a Vilma, y aunque la propia Vilma les dijera que era un

robot y no una persona de carne y hueso, para ellas lo que tenía más valor era que no querían perder a Vilma bajo ninguna circunstancia. ¡La querían tanto!

Después de que Nikitas le escribiera una nota para que las pequeñas la dejaran en el despacho de su padre, el médico y el niño se despidieron de las gemelas y de Vilma. Ellas no sabían leer bien, pero si pudieran, leerían el siguiente mensaje:

Estimado señor alcalde,

El hijo del inventor y yo vinimos a verle por el asunto de Vilma. La verdad se le desveló a las niñas debido a un suceso casual. Creo que conseguí explicarles la situación de la mejor manera posible. Tal vez ahora sea más fácil el regreso de Vilma. La esperamos.

*Un cordial saludo,
Nikitas Filaretu*

Nikitas y Estelios se fueron. El único que se entristeció fue Nicolás, porque le había caído bien el niño y quería jugar más con él. Aretí y Garifaliá, muy contentas, empezaron a bailar.

— ¡Se fueron! ¡Se fueron! ¡Se fueron! —cantaban y bailaban.

En ese momento se acordaron de Vilma.

— Garifaliá, ¿dónde está Vilma? —preguntó angustiada Aretí.

Garifaliá miró a su alrededor.

— No sé. Estaba aquí hace un momento. ¿Qué ha pasado?

— ¿Crees que se fue con ellos?

— ¡No! Vi que entraron en el coche sólo los dos.

— Eres una mentirosa. ¿Cómo dices que los viste marcharse si nosotras estábamos en el despacho de papá para dejar la carta que nos dio?

— ¡Ah, sí, es verdad! ¿Entonces, dónde está?

Enseguida la alegría por la partida de los dos se transformó en preocupación. Sin mediar palabra, se lanzaron las dos a la casa llamando:

— ¡Vilma, Vilma! ¿Dónde estás, Vilma? Ven rápido.

Corrían tan rápido que por poco tiraron a Vilma, que en aquel momento salía del despacho de su padre, al suelo.

— ¡Ah! —suspiraron aliviadas—. ¿Estás aquí, Vilma?

— Aquí, aquí —dijo ella con un paño en la mano.

— Ven ahora, ¿qué estás haciendo? Ven con nosotras.

— Limpiar, ¿no lo ves? —dijo Garifaliá.

Aretí se acordó de que su padre, antes de irse, le había dicho a Vilma que limpiara un poco el despacho, que estaba lleno de polvo.

— ¿Terminaste con el despacho de papá? —volvió a preguntar.

— Ya he terminado.

— Entonces, vamos todas a columpiarnos y a tirarnos por el tobogán. ¡Vamos!

El alcalde no tardó en llegar. Estaba contento y esto se reflejaba en su rostro. Dios lo había ayudado a encontrar la mejor solución a su problema. Y, hasta ahora, todo le salía a pedir de boca.

En cuanto abrió la puerta del jardín, escuchó desde lejos risas y voces.

«Mis niñas», pensó, «están tan contentas con Vilma. Realmente, este invento vale mucho. Creo que le encantará a los japoneses. Voy a ver a las pequeñas y luego me sentaré a escribir al señor Bríner. Este asunto tiene que zanjarse cuanto antes».

En cuanto lo vieron, las niñas pararon de jugar y corrieron hacia él.

— Papá, vino un señor con aquel niño que estaba en la fiesta y preguntaron por ti —dijo Aretí.

— Sí, sí, vinieron y nosotras lloramos —añadió Garifaliá.

— ¿Por qué llorasteis? —se preocupó el señor Panayotacos.

— Porque temimos que se llevaran a Vilma.

— Porque sé cuánto la queréis —dijo feliz el señor Panayotacos—, lo arreglé todo para que se quede un mes más con nosotros. ¿Estáis contentas ahora?

— Sí, papá, te lo agradecemos. Pero nosotras queremos que se quede para siempre—dijo Garifaliá.

— No seáis caprichosas. No puede quedarse para siempre, no es nuestra.

— Nosotras queremos una para nosotras —añadió Aretí.

— Bueno, eso lo veremos más tarde, mientras tanto... —dijo el alcalde y acarició sus cabecitas—. Ahora, poneos a jugar.

Las pequeñas besaron al señor Panayotacos, y muy serias, fueron a buscar a Vilma que las esperaba de pie al lado del tobogán.

El alcalde entró en el despacho y se sentó enseguida a escribir al jefe de producción de Cyberding Co., como había planeado. Naturalmente, Vilma, que había limpiado y quitado el polvo a la habitación, había tirado todos los papeles a la basura, incluso el mensaje de Nikitas. Así, el señor Panayotacos no se enteró de que las niñas sabían que Vilma no era una persona sino un robot. Cuando terminó la carta, que hablaba muy bien de los inventores y del invento, se fue al dormitorio para coger de su mesilla de noche la fotografía de Vilma con su traje de hada para mandarla junto con la carta, como le habían pedido. ¡Pero la fotografía no estaba allí!

El señor Panayotacos se asustó.

«¿Quién habrá cogido la fotografía de mi mesilla?» se preguntó. «Las pequeñas es imposible. Vilma no lo haría nunca sin la orden precisa. ¿La mujer del jardinero que

hace las tareas del hogar? Pero ella la había visto una y otra vez y no la había tocado nunca. ¿Qué ha pasado?»

El asunto se complicó porque el alcalde tenía que mandar con la carta la fotografía de Vilma. Y como no encontraba la foto que habían colocado las pequeñas en su mesilla, tenía que sacar otra. Por supuesto, la cámara de fotos la tenían las niñas; seguramente la dejaron tirada en alguna parte de la habitación de los juguetes. Fue hacia allí y en el momento que estaba fuera de la habitación, escuchó voces, golpes y crujidos que provenían del interior. ¿Quién estaba allí? Se paró vacilante y esperó un poco fuera. Pero otra vez un golpe extraño y un murmullo lento...

No dudó más y ¡zas! Dio un golpe y abrió la puerta. ¿Pero qué fue lo que vio que le hizo perder la razón y el habla?

En el suelo, estaba tendida bocabajo Vilma, desnuda. Todas las partes del cuerpo donde se guardaban las pilas estaban abiertas y su contenido se encontraba alineado en el suelo.

— ¡En nombre de Dios! —exclamó—. ¿Qué hacéis ahí?

Las niñas pegaron un salto. Volvieron sus rostros atemorizados y miraron a su padre con los ojos de par en par.

— ¿Qué es lo que hicisteis? —siguió gritando el alcalde—. ¿Os volvisteis locas? —se tocó con la mano la frente

y se dio un golpe—. ¿Pero qué os ha pasado? ¿Estáis locas? ¿La habéis destrozado!

— Es un robot, papá —siguió Aretí—. Garifaliá y yo intentamos ver qué hay dentro del cuerpo de Vilma; queremos fabricar una igual para nosotras y que sea para siempre nuestra —explicó su hija con voz temblorosa.

— ¡No queremos darla! —añadió Garifaliá—. Pero tampoco queremos que te cases con ella.

— ¿Por eso cogisteis la foto de mi mesilla de noche? —preguntó el señor Panayotacos que poco a poco encontró respuestas a sus preguntas.

— Sí, por eso.

— ¿Y dónde la tenéis?

— En nuestra habitación. Nos gusta Vilma y la queremos, aunque sea un robot.

Mientras Aretí decía eso, Garifaliá se echó a llorar y se tiró sobre el cuerpo de Vilma gritando:

— ¡Queremos a Vilma para siempre! ¿no lo entiendes? ¡Te decimos que la queremos para nosotras!

— ¡Sí, sí! ¡Para nosotras, para nosotras! —añadió también Aretí a punto de llorar.

Al pobre señor Panayotacos, que había vuelto a su casa lleno de alegría porque había encontrado una solución para Vilma, se le complicaron otra vez las cosas. Estaba tan sorprendido que ni siquiera se le pasó por la cabe-

za preguntarles a las niñas cómo habían descubierto que Vilma era un robot.

Ahora se había encontrado con dos problemas. El primero y el peor era cómo arreglar a Vilma. Le era imposible imaginar que ella, la sonriente muchacha que hablaba, cantaba, contaba cuentos, corría y jugaba con sus hijos, era aquel cuerpo de espaldas, aquel cuerpo lleno de cortes triangulares y cuadrangulares, donde todavía estaban los restos de cables, chips y pilas. Y al lado, tirado en el suelo a la derecha y a la izquierda, un montón de pequeños objetos, otras pilas, otros cables... ¡Anda, ahora hay que encontrar una solución!

¿Qué podía hacer el hombre? Le entró una gran desesperación. ¿Cómo podían arreglar al robot? ¿Quién podía reconstruirla?

— Niñas —dijo a las pequeñas— salid inmediatamente de la habitación y buscad algo para jugar.

— ¿Y Vilma? ¿No va a jugar con nosotras?

— ¡Por supuesto que no va a jugar, la habéis destrozado! Además, como castigo, por meteros donde no os llaman, os quedaréis sin Vilma hasta que se arregle, si es que se arregla. Id a jugar al jardín y sin rechistar —le dijo serio—. ¿Os habéis enterado? Sin rechistar.

Las niñas se fueron cabizbajas y él cerró la puerta y cogió su llave.

— Ahora... —murmuró— ¡qué lío!

Contentos, Cristina y Jarílaos se quedaron sentados un poco más en la plaza y esperaron a que llegara la hora en que que Nikitas y Estelios regresaran a casa. Naturalmente, la única conversación que mantuvieron fue sobre la gran suerte que habían tenido porque esta gran empresa se interesara por su invento. Estaban haciendo muchos planes y tenían muchos deseos. Era tal su alegría que el tiempo pasaba y casi se habían olvidado de que tenían que ir a buscar a Estelios y al médico, especialmente Jarílaos, estaba en la gloria.

— Por fin, hija mía, mi mérito se reconocerá y recuperaré mi fama, que creía perdida para siempre, simplemente por un descuido. También se reconocerá el mérito de Alberto. Verás lo bien que viviremos todos: con todos los lujos del mundo y con nuestra fama. Estelios se convertirá en el mejor en su oficio porque tendrá todo lo necesario para realizar sus estudios.

En cuanto oyó el nombre de su hijo, Cristina volvió en sí:

— Si él quiere eso... —dijo—. ¿Pero no deberíamos irnos ya, papá? Quizás, Nikitas y el niño ya han vuelto.

— Sí, sí, vamos. Tengo prisa por contarles la noticia — dijo Jarílaos.

Pagaron lo que habían tomado y se pusieron en marcha charlando hacia la casa del médico.

Entretanto, Nikitas y Estelios habían regresado. Ninguno estaba contento. El médico pensaba que sería mejor haber hablado con el alcalde sobre Vilma para acordar el día en que irían a recogerla. Estelios estaba melancólico porque había visto a Castanulis que ya no era suyo y por lo que había deducido por su comportamiento, las niñas difícilmente le devolverían a Vilma.

Se sentaron los dos calladas a comer lo que había sobrado del día anterior. No habían terminado todavía de comer cuando sonó la puerta. El médico miró su reloj. ¿Pacientes tan temprano? Estelios se levantó a abrir.

— ¡Mamá! ¡Abuelo! —gritó y se tiró a sus brazos.

En ese momento llegó Nikitas para darles la bienvenida.

— Llegasteis justo a tiempo —dijo, y miró a Estelios—. Acabamos de regresar de Kefalajori, habíamos ido a buscar al alcalde...

— Al alcalde nos lo encontramos nosotros, y no en Kefalajori sino aquí, en la plaza —dijo Jarílaos.

Y sin esperar nada más, les contó todo lo que había ocurrido. Les contó lo del encuentro con el señor Panayotacos, lo de la carta y el interés de la empresa por su invento, lo del acuerdo que había hecho con el alcalde para dejarle más tiempo a Vilma.

— ¿Y nosotros? —preguntó con voz triste Estelios—. ¿Finalmente nosotros nos quedaremos sin Vilma?

— No te preocupes, muy pronto tendremos dos Vilmas —dijo orgulloso Jarílaos—. Tu padre ya termina una segunda. Y después me encargaré yo de ella.

— ¡Y yo! —gritó el pequeño.

— Todavía no os hemos contado nuestras buenas noticias —entró en la conversación Nikitas—. Tu nieto, Jarílaos, es el mejor en electrónica. Por eso os avisamos para que vinierais. La escultura de madera no le va, como dice su maestro Franguistas, pero si le das alambres, cables, pilas y chips hace maravillas.

El médico, muy orgulloso, como si fuera el padre del niño, contó con pelos y señales todo lo que le había ocurrido en el taller de Franguistas. Les contó de cabo a rabo todo sobre la herramienta del maestro y lo bien que la había arreglado Estelios. Cuando todos estaban sentados alrededor de la mesa, charlaban animados y hacían planes, llamaron otra vez a la puerta.

— Ya son casi las cuatro. Empiezan a llegar mis pacientes —dijo Nikitas y se levantó para abrir.

Pero se quedó boquiabierto cuando vio delante de él al alcalde de Kefalojori.

— Señor Filaretu, buenos tardes. Perdone las molestias.

— No pasa nada, señor alcalde, pase. No es ninguna molestia.

El alcalde parecía muy nervioso. Se fue directamente hacia Jarílaos que, entretanto, se había levantado.

— Jarílaos, no sé que decirte... —empezó—. Ha ocurrido algo inesperado, algo terrible. Estoy sinceramente, desesperado.

Jarílaos se puso blanco como la pared. En aquel momento las palabras del señor Panayotacos resonaban en su cabeza como si le pegaran martillazos. Pensó que las palabras del alcalde eran el fin de todos sus sueños.

— Mis niñas han cometido un gran error —continuó el alcalde—. Desmontaron a Vilma para ver qué tenía dentro y para fabricar una nueva que fuese suya para siempre.

— ¿Qué? —gritó Estelios—. ¿Desmontaron a Vilma? Nadie podía creer lo que estaban oyendo.

— ¿Cómo la desmontaron? —preguntó Jarílaos cuando se recuperó del asombro.

El señor Panayotacos les explicó lo que había visto al entrar en la habitación de los juguetes.

— ¿Cómo podía imaginarme, con el cariño que le tenían, que sabían que era un robot? —dijo.

Entonces habló Nikitas.

— Bueno, ¿no ha leído el mensaje que le dejé?

— ¿Qué mensaje? No recibí ninguno —contestó el alcalde.

Entonces, empezaron las explicaciones mutuas y las piezas del rompecabezas comenzaron a encajar unas con otras. Poco a poco todo parecía estar claro. Pero por en-

cima de todo, como conclusión, estaba la necesidad de las niñas de tener una compañía, alguien que les hable, que juegue y se preocupe por ellas.

— ¿Y ahora? —concluyó el señor Panayotacos—. ¿Qué hacemos ahora?

— Iría con usted, señor alcalde, a arreglar a Vilma pero, mire, me encuentro aquí sin herramientas, sin nada.

— Abuelo, puedes encontrar las herramientas en la gran tienda donde yo las compré. Allí hay todo lo que utilizas —dijo Estelios.

— Entonces, te lo ruego, vamos, señor Jarílaos —dijo el alcalde—, vamos a comprar las herramientas que necesitas y nos dirigiremos directamente a Kefalojori. Hazme el favor.

Jarílaos se levantó enseguida, y junto a él, Estelios.

— ¿Puedo ir yo también para ayudarte, abuelo? —preguntó y la impaciencia por la respuesta se reflejaba en su cara.

— Por supuesto que vendrás —contestó enseguida el abuelo—. De ahora en adelante serás mi mano derecha.

Así, algunas horas más tarde, abuelo, nieto y alcalde abrieron con llave la habitación de los juguetes y entraron. Ni ellos mismos podían creer que todos aquellos alambres, los chips, las pilas y los cables que estaban liados en el suelo habían salido del cuerpo de la muchacha.

— ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es esto? —dijo Estelios en cuanto lo vio.

Todavía Jarílaos movía la cabeza con desesperación.

— ¡Menudo destrozo! — comentó—. Es como si empezase todo el trabajo desde el principio.

El señor Panayotacos se movía como un loco.

— ¿Y ahora? ¿Qué hacemos ahora, señor Jarílaos? ¿Puedes repararlo o no?

— Lo arreglaré, señor alcalde, pero no aquí. Vilma tiene que ser trasladada a mi taller, en el Pueblo de los Fantasmas.

— Mi desesperación no se puede describir — tartamudeó el alcalde—. Me siento muy mal. ¡Soy el causante de esta catástrofe!

— ¿Qué le vamos a hacer, señor Panayotacos? Usted tampoco quería que esto sucediese — intentó consolarle Jarílaos—. Solamente, le ruego que avise si puede a Anestis, el vendedor ambulante del Pueblo Grande, para que venga a recogerlos y nos ayude a trasladarla.

— ¿Pero qué dices, señor Jarílaos, volveréis en el carro? Os llevaré yo mismo con mi coche — reaccionó el alcalde.

— Muchas gracias pero no es posible, señor alcalde, porque en las calles del Pueblo de los Fantasmas solamente los animales y los carros pueden pasar.

El señor Panayotacos movió la cabeza triste y pensativo. No era alcalde allí, pero tenía que encontrar al alcalde de aquel pueblo. Pensaba ayudarle a abrir un buen camino, por donde pudiese pasar un coche.

— Vale, señor Jarílaos, entonces llamaremos a Anestis para que venga mañana a recogeros junto con Vilma. Entretanto, yo mandaré la carta y la fotografía a Japón.

Así, al día siguiente, Cristina, Jarílaos y Estelios junto con Vilma, volvieron en el carro de Anestis al Pueblo de los Fantasmas. A pesar de toda la alegría que tenían con la noticia del alcalde, ahora en sus corazones afloraba una pequeña pena. Y esa pena era por Vilma. Habían llevado a una Vilma guapa, fuerte y sonriente a la feria y ahora la devolvían a su pueblo tullida y hecha trizas.

Uno puede decir que Vilma era sólo un robot, un juguete sin vida. Pero todos estaban muy unidos a ella, como se unen las personas a los recuerdos que les regalaron sus seres queridos, como las niñas se unen con sus muñecas o los niños a sus castillos y sus soldados.

Vilma era para ellos una parte de sus vidas. Por eso, el abuelo Jarílaos tenía que concentrar todas sus fuerzas para volver a hacerla tal y como era antes.

A la vuelta, Jarílaos, Alberto y Estelios se dedicaron en cuerpo y alma a su trabajo. Por una parte, tenían que arreglar a la estropeada Vilma, y por otro parte, tenían que terminar a la nueva Vilma. Si se organizase una reunión con el representante de la gran compañía extranjera, como imaginaba Jarílaos, tendría que mostrarle el invento terminado.

Solamente este pensamiento le animaba. Animaba sus manos, su alma... Y así animaba y ayudaba a toda la familia. La animaba con sus palabras y su optimismo. Tenían sueños y gracias a ellos, subían a las cimas de las montañas, a las nubes e incluso más arriba, allí donde solamente los sueños de los hombres pueden construir sus nidos.



Un sueño que se hace realidad

Se acercaba la Navidad; el paisaje del Pueblo de los Fantasma se había cubierto de nieve y se preparaba para dar la bienvenida al año nuevo. El sol se había olvidado de aquel oscuro pueblo de barrancos y las personas salían de sus casas tapados hasta las orejas solamente si era una gran necesidad. Todos los meses de verano y de otoño se abastecían con provisiones, con leña para las chimeneas, con troncos y cortezas de los árboles para la talla en madera. Los meses de invierno eran meses de trabajo y preparación. Por esta razón, y porque hacía un frío que pelaba, todos se quedaban en sus casas encerrados y trabajaban más que en todas las demás estaciones. Todo lo que preparaban lo vendían, como cada año, en la feria del Pueblo Grande.

Jarílaos y Alberto habían establecido su propio plan de trabajo y lo seguían fielmente; desde el día de su encuentro con el alcalde había pasado bastante tiempo. El entusiasmo por el reconocimiento disminuía según pasaba el tiempo pero seguían intentando creer que sus deseos se harían realidad algún día. Aunque no tenían señales de vida de la empresa que había mostrado interés por su trabajo, no estaba muy desilusionado porque tenían confianza en su invento y en sus manos.

— Escucha Alberto —dijo una mañana Jarílaos a su yerno—, independientemente de lo que ocurra proseguiremos con nuestra Vilma. Ya tenemos preparadas la primera y la segunda. Hasta el día de la feria, calculo que tendremos otras tres o cuatro. ¿Qué dices?

— Sí, padre, tendremos todas esas.

— Entonces, creo que podemos alquilarlas todas en la feria y ganar mucho dinero, ¿verdad?

— Eso creo yo también —asintió Alberto.

— Si hacemos lo mismo dos o tres años más, al final habremos fabricado casi veinte Vilmas.

— Entonces, las cosas cambiarán. Podremos trasladarnos al Pueblo Grande, para abrir una agencia de alquiler de «acompañantes para niños» y nos quedaremos para siempre allí. ¿No estás de acuerdo, Jarílaos?

— Por supuesto que estoy de acuerdo. Una razón por la que quiero que esto ocurra es para que Estelios pueda

entrar en alguna escuela técnica buena, ahora que es pequeño, y más tarde, si quiere, podrá seguir sus estudios en la Politécnica —dijo Jarílaos.

— Ayer que estuve hablando con las mujeres, parecían estar entusiasmadas con nuestros planes.

— En cualquier momento, yerno mío, nuestro mérito se verá reconocido; escucha lo que te digo.

Parece que Jarílaos tenía razón; y ese «cualquier momento» que dijo no tardó en llegar porque días más tarde de esa conversación, se escuchó la voz de Cristina fuera del taller:

— ¡Papá! ¡Alberto! ¡Estelios! ¡Venid, venid! Ha llegado el señor Anestis.

Los tres soltaron las herramientas y se apresuraron para salir.

— Anestis, bienvenido. ¿Nos traes alguna noticia?

Anestis, sonriente como si supiera el significado de lo que traía, les dio un sobre cerrado.

Jarílaos lo agarró con manos temblorosas, lo rasgó rápidamente y lo leyó en voz alta:

Querido Jarílaos,

Siento haber tardado tanto tiempo en escribirte. Ha sido necesario escribir muchas cartas y realizar muchas llamadas de teléfono entre yo y el jefe griego y entre éste y su empresa. Desafortunadamente no he podido encontrar la manera de avisarte antes, pero debes saber que mañana a las 2 del mediodía, se

encontrará en el ayuntamiento el representante japonés de Cyberling Co. Quiere ver a Vilma él mismo, antes de que venga el jefe de producción o antes de que tú vayas allí para firmar el acuerdo. Trae a Vilma, que espero que ya esté reparada, y venid. Por lo que me dejaron entrever, tu invento les interesa mucho. ¡Buena suerte!

Saludos a toda la familia. Te espero.

Jorge Panayotacos

Alcalde de Kefalojori

Lo que pasó después no se puede describir. ¡Abrazos, besos, lágrimas, sonrisas! Todo junto. Cinco personas, cinco criaturas puras de Dios, unas veces lloraban, otras veces reían; unas veces, sacaban los pañuelos y otras veces, se santiguaban.

La primera que volvió en sí fue Elvira.

— Anda, ¿a qué esperáis? Vamos, Jarílaos, y tú, Alberto, preparaos. Comeremos y nos iremos con Anestis porque nos espera un largo camino y está lleno de nieve.

— Sí, señora, el camino está lleno. Me costó mucho llegar. Pero el señor alcalde me había dicho que os tenía que traer la carta como fuera. Por supuesto, me explicó a grandes rasgos lo que os escribió y así que me dije: «Anestis, ve. Si tu caballo no sale adelante, tú irás a pie. ¡Vaya noticia!».

Jarílaos se abalanzó y tenía tanto entusiasmo que agarró a Anestis del cuello y empezó a darle besos. Fue una escena llena de lágrimas.

Finalmente, Elvira y Cristina empezaron a poner la mesa. Estelios se había pegado a su abuelo como si le quisiera decir algo. Pero Jarílaos, no se daba cuenta. Él estaba en las nubes; ya no estaba en el Pueblo de los Fantasmas, se imaginaba en el avión que iba a Tokio.

Alberto, que se tranquilizó antes, se ocupó primero del niño.

— ¿Quieres algo, Estelios?

— Sí, quiero ir con vosotros al Pueblo Grande —dijo él.

— ¿Y nosotras? —entró Cristina en la conversación antes de que nadie pudiera contestar—. ¿Nosotras nos quedaremos solas, las dos mujeres? —dijo, y le guiñó el ojo a escondidas a Alberto.

— Por supuesto que no —dijo él al recobrar el sentido—. El tercer hombre de la familia se quedara protegiéndoos.

Estelios tragó saliva; no dijo nada pero quería estar en ese encuentro tan interesante del japonés con su Vilma.

Jarílaos y Alberto llegaron al ayuntamiento de Kefalajori media hora antes de la cita con el japonés.

Los dos estaban claramente emocionados y nerviosos. El único que todavía permanecía tranquilo era el médico, que los llevó hasta allí. Por supuesto, en el camino había

preparado, sin decirles nada, un plan, que quería comentar solamente con el alcalde.

Cuando llegaron allí, el secretario les hizo pasar al despacho del alcalde, Nikitas sugirió no bajar todavía a Vilma hasta que hablasen con el japonés y después se la enseñarían. Todos estaban de acuerdo y así yerno y abuelo se sentaron en dos cómodos sillones y esperaron al alcalde y al extranjero.

Pero Nikitas no se quería sentar; se quedó de pie junto a la ventana y miraba la pequeña plaza que había frente al ayuntamiento.

No pasó mucho tiempo cuando llegó el coche del alcalde. Entonces, el médico, sin mediar palabra, abrió la puerta del despacho, salió fuera y fue a su encuentro. Por supuesto, Jarílaos y Alberto no tenían ni idea de lo que Nikitas tramaba.

Después de un ratito entró en la habitación el alcalde. Tras los saludos y darse las gracias, se sentaron un poco a hablar.

— El japonés está al llegar; su hotel está aquí cerca —les informó el señor Panayotacos—. Ha llegado hoy por la mañana y se irá mañana. Si le gusta Vilma, que estoy seguro de que le va a gustar, tendremos tiempo para poner en orden los últimos detalles.

— ¿Y en qué lengua nos entenderemos? —preguntó Jarílaos—. ¿Habla inglés?

— Inglés pero también griego; ¡estos japoneses son sorprendentes!

Antes de que el alcalde pudiera terminar de hablar, llamaron a la puerta y el secretario abrió al extranjero.

Entró el japonés, un señor bajito, menudo, de edad desconocida, un hombre con gafas, vestido con traje oscuro y con una carpeta en la mano. Después de las presentaciones, muy profesional y sin miradas amigables, empezó una conversación incómoda.

— Señores, nuestra empresa, a través del señor alcalde, se enteró de que habéis inventado un robot excepcional. Según nos enteramos la tecnología de este robot está cerca del nivel de Cyberding Co. Por eso hoy..

Antes de que pudiese proseguir, llamaron a la puerta de nuevo y una muchacha muy bien vestida y bellísima entró.

— Señor alcalde —saludó y a continuación preguntó— ¿desean tomar algo los señores?

Jarílaos y Alberto se quedaron boquiabiertos. El alcalde, que parecía estar informado del plan, les sonrió y dijo en seguida:

— ¿Qué quiere, señor Tochi?

— Un té, gracias —dijo el japonés.

— ¿Quiere leche o limón en su té? —le preguntó la muchacha.

— Leche, por favor —dijo de nuevo el extranjero, y la miró con una media sonrisa como si estuviera seduciéndola.

El alcalde y los demás pidieron café y la muchacha dijo «gracias», cerró a continuación la puerta y se fue. El japonés, como una máquina automática, empezó a hablar de nuevo de aquello que se había dejado en el tintero.

— ...Por eso, como decía, me encuentro hoy aquí: para examinar en profundidad cómo se puede incluir en nuestra propia producción ese robot que construisteis.

Entonces interrumpió Jarílaos.

— ¿Pero cómo que se incluirá en vuestra producción? ¿Qué quiere decir usted?

— Quiero decir que haremos conocido vuestro invento, si consideramos que tiene un gran valor, os nombraremos inventores excepcionales y venderemos vuestro producto con los nuestros. Será así más o menos. Ya hablaremos de los detalles del acuerdo.

Llamaron a la puerta de nuevo. Esta vez, la bella muchacha entró con una bandeja. Sirvió el té al japonés y café a los demás.

— Ahora que terminaste de servirnos, Vilma —dijo el alcalde—, siéntate con nosotros si quieres. Pero primero te presento al señor Tochi.

Vilma le tendió la mano y el japonés se levantó y le dio la suya.

— Encantada —dijo la muchacha.

— Igualmente —dijo el japonés y volvió a dedicarle una media sonrisa. Y volviéndose hacia el alcalde le preguntó—: ¿la señorita trabaja para ustedes?

— ¡No! —exclamó Jarílaos—. Es nuestra hija.

— ¡Ah! Si... —volvió a decir el extranjero y miró de nuevo a Vilma—. ¿Vive aquí, en Kefalojori?

— No. Vive en un pueblo vecino —respondió Alberto.

— Pero ahora, por lo que parece, va a viajar al extranjero. ¿Verdad, Vilma? —preguntó el alcalde.

— Sí, sí, viajaré. Iré a Japón. ¡Me gusta mucho ese país! —dijo Vilma.

Esta vez el japonés se rió abiertamente.

— ¿A Japón? ¿A qué ciudad exactamente va?

— A Tokio.

— Pero allí voy yo también dentro de pocos días. ¿Y cuándo se va? —preguntó muy alegre.

Vilma no contestó. En su lugar, el alcalde le dio la respuesta.

— Creo que, querido señor Tochi, no tendrá ninguna objeción en acompañarle. Le sacaremos el billete el día que usted se vaya. ¿De acuerdo?

— ¡Con mucho gusto! Con mucho gusto acompañaré a una muchacha tan guapa —dijo de nuevo el japonés, y la miró amigablemente—. Y ahora, señores, volvamos a

nuestro tema. ¿Dónde se encuentra su robot? ¿Podemos ir a verlo?, porque ésa es, como les dije, la razón por la que me encuentro hoy aquí. Mi jefe espera mi informe.

— Estoy aquí —se escuchó una voz—. ¿No me ve? —Y antes de que el japonés llegara a entender de dónde venía la voz, Vilma se encontraba a su lado, bellísima y sonriente—. Soy un robot —continuó—, ¿me llevará con usted?

Si el terremoto más grande del mundo hubiese tenido lugar o si una nevera completa con agua congelada se hubiese vaciado encima de su cabeza, el señor Tochi no hubiese reaccionado así.

Mirando a Vilma, que estaba de pie a su lado y que había dicho esas palabras, empezó a mover su cabeza como un loco; soltó las gafas en la mesa contigua y empezó a frotarse los ojos y a pellizcarse para comprobar que aquello no era un sueño.

Pasaron dos o tres minutos hasta que logró balbucear:

— ¡No es posible! ¡No! ¡No es posible! ¡Increíble! Esto supera cualquier fantasía, cualquier tecnología, cualquier... cualquier... cualquier...

Buscó intentando encontrar las palabras, pero estaba tan confundido, que no sabía ni lo que decía.

El alcalde, viendo la situación, le dio enseguida a Vilma una orden:

— Vilma, por favor, tráele rápido al señor un vaso de agua.

Y en aquel mismo momento salió del despacho para volver al poco tiempo con el vaso lleno de agua que le pidió el señor Panayotacos. Se acercó al japonés y con su encantadora sonrisa le dijo:

— Aquí tiene, señor Tochi.

Con la mano temblorosa y los ojos clavados en ella, cogió el vaso; era tanta la conmoción que al intentar beber, se le cayó la mitad encima.

Entonces Vilma corrió rápidamente hacia el exterior de la habitación y volvió con una servilleta. Se acercó y empezó a secarlo.

Pero parece que los japoneses no están acostumbrados a tantas sorpresas, porque antes de que la muchacha terminara su trabajo, el señor Tochi se había desplomado en la silla, balbuceando:

— ¿Estoy dormido o despierto? ¡Me voy a volver loco!

Todos se inquietaron, especialmente el médico porque el japonés se había desmayado, y corrieron a su lado. Vilma cogió un papel y empezó a abanicarle.

Cuando el japonés pareció volver en sí y abrió los ojos, vio que lo estaba cuidando el robot, se desmayó otra vez y los demás intentaron reanimarle.

No pasó ni una semana del encuentro en Kefalojori y vinieron las buenas noticias: el señor Jarílaos Mentikidis, el señor Alberto Sismanidis y Vilma viajarían muy pronto a

Japón. Un sobre con papeles, todos traducidos al inglés, se les entregó para que estudiaran las condiciones, para que cambiaran o añadiesen algo si no estaban de acuerdo. Así estarían preparados para firmar el contrato cuando llegaran a Tokio.

Entre todos estos documentos, había una carta de felicitaciones para Jarílaos y Alberto. Ahí, además de las palabras halagadoras, que eran muchas, había un encargo: en una ceremonia especial durante la inauguración de la gran Exposición Internacional de Productos Electrónicos, los dos griegos serán proclamados los «Mejores inventores del mundo». También los condecorarían y, según decía la carta, habían ya encargado un himno particular que se escribiría solamente para ellos y se convertiría en el símbolo de la inteligencia, de la capacidad y del ingenio humano en combinación con la tecnología punta.

Puede que al avión subieran solamente el inventor y el artista, pero toda la familia volaba con ellos. Esta vez, no subieron a las nubes por el entusiasmo de Jarílaos. Siguieron todavía más arriba. Dejaron abajo la tierra y llegaron a los planetas. A los planetas que el abuelo inventor planeaba visitar. Además, junto con su nieto, estaba diseñando el cohete espacial adecuado.

Desde hace muchísimos años este pensamiento le pre-

ocupaba. Él mismo confesó que lo tenía desde que trabajaba en América para la empresa Yuvifirst, antes de que ocurriera el accidente. Este plan le vino entonces a la mente. La idea le había conmocionado tanto que no hizo bien la unión de los alambres y los cables y se produjo la explosión. Pero ahora, con la nueva empresa con la que colaboraba, tendría todos los medios y toda la ayuda necesaria para llevarlo a cabo. El famoso inventor del robot perfecto, de Vilma, fabricaría también el perfecto cohete electrónico. Un cohete pequeño y económico para uso familiar, que todos podrían comprar y aparcar fuera de casa. En lugar de tener el fin de semana para dar un paseo por el campo, podrían dar un paseo y conocer junto con la familia uno de los muchísimos y muy interesantes planetas.

Los planes de Jarílaos se desarrollaban poco a poco en su memoria y le parecían tan reales que casi podía palparlos. Se mezclaban con su entusiasmo y con sus sueños y se convertían en gotas de felicidad que lo inundaban.

Ya había llegado el momento de poner en marcha este increíble invento que se le había ocurrido.

Esto no le preocupaba a Jarílaos, no era algo que pudiera hacer de la noche a la mañana. Él haría los diseños definitivos, pondría a prueba los materiales, construiría

un cohete improvisado de prueba y mientras tanto, Estelios, su querido nieto, habría crecido, estaría preparado para ayudarlo y repartir la fama con él, como ahora sucedía con su padre.

Abuelo y nieto, ¡dos famosos inventores! ¡Tener imaginación y poder soñar es un regalo de Dios!



Un regalo para siempre

La Navidad llegó. Kefalajori se había puesto sus mejores galas para recibirla: estaba vestido de blanco. Por todas partes se veían a grupos de niños que hacían gorditos muñecos de nieve, y muchos aldeanos que salían de la iglesia.

Entre estos, estaba el alcalde con sus tres hijos. Todos con sus gorros, iban a casa para desayunar. Allí, en el comedor, adornado torpemente por el señor Panayotacos y las pequeñas, estaba el árbol de navidad. Cuando llegaron, Aretí, que siempre era la primera en tener todas las ideas, empezó a hablar con su padre:

— Entonces, papá, Garifaliá y yo pensamos abrir los regalos antes de comer, en el caso de que este año Papá Noel nos haya traído algún regalo. ¿Nos dejas?

— Sí, papá, por favor, déjanos —añadió Garifaliá—. Además, no tenemos mucha hambre..

— Yo estoy de acuerdo con las niñas —interrumpió Nicolás—, yo tampoco tengo hambre.

— Despacio, niños, no os apresuréis —dijo el señor Panayotacos—. Tengo que deciros que esta mañana cuando me levanté no vi regalos debajo del árbol. Quizás este año Papá Noel ha decidido no traeros regalos porque tenéis muchos juguetes, y se los llevará a los niños pobres que no tienen.

— ¡Venga ya, papá! ¿Qué estás diciendo? —protestó Nicolás—. Sabemos quién es nuestro Papá Noel y..

— Y sabemos que nos trae regalos como sea —añadió mimosa Aretí—. Lo que queremos es que nos dejes abrirlos. ¿De acuerdo?

— Bueno, bueno, ya veremos —dijo dubitativo el alcalde—. De momento, vamos a andar más rápido porque hemos tardado mucho con las felicitaciones que nos han dado en la iglesia y..

El señor Panayotacos cortó la conversación de forma tajante y aligeró el paso.

Los niños seguían hablando en voz alta entre ellos. Ninguno se dio cuenta de que el padre miraba cada poco tiempo su reloj.

El jardín de la casa estaba lleno de nieve. Los árboles parecían que estaban adornados para mostrar que era Navidad y la celebraban junto a los hombres estos días.

El señor Panayotacos abrió la puerta de la casa y se santiguó.

— Feliz año nuevo, niños —dijo emocionado, y empezó a besar una por una las cabecitas que pasaban por el umbral y entraban.

— ¡Felicidades, papá, felicidades! —gritaron los niños, y corrieron al comedor donde les esperaba el árbol de navidad con las lucecitas encendidas.

¿Pero qué triste escena era ésa? Debajo del árbol, el lugar donde desde hace años ese día estaba lleno de regalos, ahora estaba vacío.

Enseguida, los tres niños miraron hacia atrás, queriendo entender por qué Papá Noel no se acordó de ellos. Pero, el señor Panayotacos estaba de pie casi riéndose y los miraba:

— Papá... —dijo primero Aretí, y señaló el espacio de los regalos vacío.

El alcalde se encogió de hombros.

— Tal vez no os ha llegado todavía el turno —dijo—. Se habrá retrasado en algún lugar. ¡Hay tanta nieve!

No había podido terminar de hablar cuando llamaron a la puerta. Los niños corrieron a abrirla. Fuera, delante de ellos, un viejecito Papá Noel tiritaba de frío.

— Hola, niños —murmuró temblando—. ¿Puedo entrar?

— ¡Entra, entra! Ven, Papá Noel —lo invitaron y le miraban las manos, que sostenía solamente una enorme caja,

y en su espalda no había ningún saco con regalos, como mostraban todos los dibujos de Papá Noel.

El viejecito se sentó y el señor Panayotacos le preguntó si quería tomar algo caliente para recuperarse.

— Quiero un poco de té con leche —dijo.

Los tres niños se quedaron de pie alrededor de él, callados. Se lo comían con los ojos. Observaban su barba, su traje rojo, su gorro, el bigote grande blanco y sus ojos y se pararon a ver la caja enorme que tenía apoyada encima de sus rodillas.

Entonces cuando bebió dos o tres tragos calientes, llamó a Nicolás.

— Tú ven aquí, hijo. Esto es para ti —le dijo, y le dio la caja grande.

Nicolás cogió la caja con alegría. En cuanto pudo levantarla porque parecía que era muy pesada, la apoyó rápidamente encima de la mesa y rompió en un santiamén el envoltorio.

— ¡Qué guay! —gritó—. ¡Qué bonito! ¡Muchas, muchísimas gracias, Papá Noel! ¿Cómo sabías que quiero ser arquitecto?

Papá Noel movió la cabeza.

— Yo observo a todos los niños —dijo.

En la tapa de la caja estaba dibujada una ciudad pequeña; con puentes, avenidas, pisos, casitas y un montón de cosas más, incluso coches y trenes.

Cada niño podía construir y levantar esta ciudad con los materiales que estaban dentro de la caja.

¡Nicolás se volvió loco!

Las pequeñas corrieron a su lado. Miraron la tapadera, vieron las cosas que estaban dentro de la caja y volvieron a su sitio. Para ellas no tenía ningún interés ese regalo.

Pero en aquel momento, cuando Aretí estaba preparada para preguntar si les había traído Papá Noel sus regalos, llamaron a la puerta.

— Abrid, niñas —dijo el señor Panayotacos.

— Abrid y ved vuestro regalo —añadió Papá Noel.

Las niñas corrieron a abrir la puerta y allí fuera, con un chaquetón gordo y un gorro de piel en la cabeza, estaba... Vilma.

— ¡Vilma! ¡Vilma! ¡Vilma! —exclamaron las dos y se tiraron en sus brazos.

— Soy vuestro regalo del año —dijo riéndose la muchacha—. Vine y me quedaré para siempre a vuestro lado. ¡Ya no me iré nunca más!

Las pequeñas la cogieron por la izquierda y por la derecha, daban saltos de alegría alrededor de ella, y daban besos a Papá Noel, a su padre y a Vilma.

Vilma miraba a las niñas con ojos brillantes de alegría.

El señor Panayotacos, que estaba presente en la escena, dice que en algún momento Garifaliá cogió a Vilma, y

le dijo bajito, muy bajito, pero todos los que estaban allí pudieron escuchar lo siguiente:

«Vilma, ya que te vas a quedar con nosotras para siempre, quiero que sepas que serás la mejor, la más maravillosa y la más valiosa amiga y te querremos con todo, con todo nuestro corazón».

Entonces, el señor Panayotacos afirmó que por la mejilla fría de Vilma, rodó una lágrima delicada y pura que cayó en el abrigo lleno de nieve y se convirtió en una perla transparente y cristalina.

Siendo realistas y teniendo los pies en la tierra, nos podemos preguntar: ¿es posible que este último robot, además de pilas, tarjetas de memoria, alambres y cables, tenga un tierno corazoncito?

